

The Project Gutenberg EBook of Novelas y cuentos, b
y S. Estébanez Calderón

This eBook is for the use of anyone anywhere at no
cost and with
almost no restrictions whatsoever. You may copy it
, give it away or
re-use it under the terms of the Project Gutenberg
License included
with this eBook or online at www.gutenberg.org

Title: Novelas y cuentos

Author: S. Estébanez Calderón

Release Date: April 15, 2008 [EBook #25074]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK NOVELAS Y
CUENTOS ***

Produced by Juliet Sutherland, Chuck Greif and the
Online
Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

COLECCIÓN UNIVERSAL

N.os 46 y 47

S. ESTÉBANEZ CALDERÓN

(EL SOLITARIO)

Novelas y cuentos

Precio, 0,60 ptas.

MADRID-BARCELONA

MCMXIX

ES PROPIEDAD

Copyright by Calpe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.--MADRID
.

[Nota del transcriptor: La ortografía del libro impreso está conservada.]

* * * * *

ÍNDICE

A Don Luis Usoz y Río

Cristianos y moriscos.--Cap.	I
--	II
--	III
--	IV

Los tesoros de la alhambra

El collar de perlas. I

-- -- II

-- -- III

-- -- IV

-- -- V

-- -- VI

Novela árabe. Carta I.--De Abenzeid a Velid Naza

r

Del mismo al mismo

Carta de Velid a Abenzeid

Catur y Alicak o dos ministros como hay muchos

Don Egas el Escudero y la Dueña Doña Aldonza

Híala, Nadir y Bartolo

El Fariz

_Don Serafín Estébanez Calderón, político y conspirador, novelista,

historiador y poeta, nació en Málaga en 1799, y murió en Madrid en 1867.

Hizo célebre su seudónimo_ El Solitario, _que usó desde 1831, dejando el

que hasta entonces había usado de_ Safinio.

_Por la época en que escribió tuvo sus puntas de romántico, aunque nunca

lo fuera de los más convencidos. Sus obras--y especialmente las_ Escenas

andaluzas, _colección de artículos costumbristas--muestran bien a las

claras su castizo españolismo y su amor por nuestras letras antiguas._

Las Novelas y cuentos _que publicamos en este volumen tienen, por los

asuntos, por el ambiente y por los trágicos desenlaces, todo el aire

romántico de las obras de sus contemporáneos; pero son, por su lenguaje,

por el giro de las frases, lo más cercano a las producciones de los

siglos de oro. Hay en el estilo de_ El Solitario _una preocupación grande por imitar a Cervantes, y, como él dice anunciando sus novelas, procura mostrar "su originalidad en que sus obras y partes componentes no se presenten afeadas con el moderno, vandálico, bárbaro idioma que hoy suplanta a la propiedad y hermosura de nuestra lengua"._

La preparación que como arabista tenía Estébanez Calderón, y su amor a Granada y a toda Andalucía, lleváronle a escribir novelas y cuentos cortos, con argumentos ya históricos, ya fantásticos; pero todos relacionados con el mundo musulmán. Entre los que publicamos, sólo en el cuento Don Egas el escudero--_imitación algo cómica de la lengua medioeval--dejan de ser árabes sus personajes._

De la mejor de estas novelas, Cristianos y moriscos, _dice Cánovas del Castillo en su obra_ El Solitario y su tiempo: _"Si alguien quiere conocer lo que a la raíz de la conquista de Granada era un pueblo de la serranía de Ronda, de la Ajarquia de Málaga o de la Alpujarra, y por qué manera se pensaba en él y se vivía, no tiene más que recorrer las páginas de aquel librito delicioso. Y de seguro, si es de veras conocedor de los anales de España en tal tiempo, y particularmente de los del reino de Granada, dirá para sí algo parecido a lo que en el_ Censeur Européen _de fin de mayo de 1820 escribió el célebre Agustín Thierry a propósito de_ Ivanhoe; _es, a saber: que

había más historia
allí que en las genuinas historias." _

A DON LUIS USOZ Y RIO

Cosa difícil por cierto será, querido amigo mío, el
que esos desairados
rasgos de mi pluma y esas fantasías de mi imaginación abatida logren de
la severidad y corrección de tu gusto y de tus conocimientos en los
primores y galas de nuestro feliz idioma la indulgencia de que tanto
necesitan los frutos de mi estéril ingenio. Cosa será, por cierto,
difícil; pues en época como la presente, en que por todas partes y en
todas las lenguas de Europa se ven brotar obras de imaginación, hijas de
ingenios esclarecidos, que se afanan por coger una hoja de laurel en
senda tan áspera, a puro ser batida y trillada; es preciso achacar antes
a lance de buena fortuna, que no a deliberado fruto del talento y del
estudio, el crear, el escribir por tal estilo, que merezca los honores
de la lectura. Mas no todo lo que se escribe se escribió con el
estudiado objeto de mantener la atención pública, con la pretensión de
crear en los otros nuevas sensaciones, con el prurito de hacerse
notable, de hacerse mirar, como ventana de donde sale disparado cohete
volador. No, amigo mío: se escribe por fiebre, por enfermedad; se
escribe también por consuelo, por desahogo, por ver

dadero remedio.

¿Quién podrá explicar a cuál de los dos instintos deban referirse esas inspiraciones que vas a leer? ¿Ni quién puede jamás, en medio de las borrascas de la vida, explicarse, comprenderse a sí mismo, darse cuenta de los resortes que han movido a su mente, ni de las ideas que han presidido a sus inspiraciones? Nadie, amigo mío. Tú, empero, leyendo esas mis fantasías nacidas en un suelo de azahares, en un país de ilusiones y recuerdos, retratando las desventuras de una nación desgraciada, los infortunios de altos personajes traídos a menos, a la muerte, y al vilipendio por el desdén y la crueldad de la mala suerte, sabrás distinguir la realidad de la ficción, lo que son memorias lejanas de lo que son ecos de sensaciones más inmediatas, de impresiones acaso palpitantes todavía. Tu sagacidad sabrá hacer tal distinción, y de todos modos un leve signo de aprobación tuya, un movimiento solo de simpatía de parte de tu corazón, llenará al mío de placer y de cierto linaje de agradecimiento, que me enlaza con el sentimiento de la gloria y del porvenir.

EL SOLITARIO

*

*

*

*

*

CRISTIANOS Y MORISCOS

NOVELA LASTIMOSA

CAPITULO PRIMERO

Otros declararon a sus naturales las cosas extrañas y peregrinas por interpretación, y perpetuaron las propias para un claro ejemplar en la memoria de las letras, dando a cada cual su medida como jueces de la fama y testigos de la verdad.

LUIS DEL MARMOL.

Fresca y apacible tarde del otoño hacía, y como domingo alegre después de vísperas, por gustoso recreo se derramaban allá en los ruidos y ejidos del lugar los habitantes rústicos de cierta aldea, cuyo nombre, si no lo apuntamos ahora, es por hacer poco al propósito de la historia que vamos relatando. Baste sólo decir que el tal lugar estaba en lo más bien asentado de la Andalucía, para saber que era rico, y que no distando sino poco trecho de la ciudad de Ronda, disfrutaba del sitio más pintoresco y de más rústica perspectiva que pueden antojarse a los ojos que se aficionan de las escenas de riscos, fuentes y frescuras.

Aquellas buenas gentes, digo, unas subían a las más altas crestas de los montes, para divertir los ojos en la sosegada l

lanura del mar, que
allá al lejos se parecía; otras se entraban por entre las arboledas y
frutales de tanto huerto y jardín como cercaban la aldea, y aquí o allá
grupos de mancebos granados o muchachos de corta edad se entretenían en
jugar al mallo y en tirar la barra, o en soltar al aire pintadas
pandorgas con la mayor alegría del mundo.

Entretanto, ciertas personas más graves y de mayor autoridad, como
desdeñándose de participar de aquellos entretenimientos, o comunicarse
con tales gentes, buscaban separadamente su recreación, paseándose por
cierta senda muy sombreada de árboles y apacible por todo extremo.

Esta senda era la que conducía al principal pueblo de la comarca, y por
ello, y por no ser tan ríscoso el terreno por aquella parte, ofrecía
cierta apariencia y espaciosidad muy de molde para emprender un buen
paseo, que por tácito consentimiento de los paseantes, tenía su término
en una blanca capilla,alzada a San Sebastián por el buen celo de los
cristianos viejos que habitaban entre los moriscos de aquellas
quebradas.

El césped que crecía al pie de los tapiales de las heredades contiguas
ofrecía asiento en todo lo largo del camino, y los ramos y follaje que
rebosaban por cima de los setos y bardales, formando una bóveda de
verdura, templaban los duros rayos del sol, o las asperezas del viento

en las estaciones rígidas del año.

En cierta anchura que abría la senda a distancia igual de la aldea y de la bendita capilla, al lado de una fuentequilla fresca, de clara y sonante agua, y bajo la frondosa sombra de dos nogales hermosos, estaba sentado un personaje, no de la mejor catadura, y que por ser sujeto de razonable influencia en este cuento, no será fuera de propósito presentarlo en este punto con ayuda de cuatro pinceladas.

Su estatura estaba entre los dos extremos, ni muy alto ni muy bajo, bien que si se tomaba en cuenta cierta curvatura de la espalda, que bien le embebía y menguaba dos pulgadas, más se alejaba de ésta que no de aquella medida: ciertas muletas que al lado tenía, mostraban no conservar sus piernas un paralelo bien exacto, y un parche que le obscurecía el siniestro ojo lo daría por tuerto, a no ser que lo encendido, bermejizo y fontanero del otro no lo pusiese casi casi en opinión de ciego, para todo el que tropezaba con tal figura.

El traje no era de gala, y distaba mucho de lo profano, pues del zapato hasta la rodilla no había más adorno que una pierna viva, que si bien tostada por el aire, daba lástima, por sus formas y su vigor, que adoleciese el amo de aquel achaque de la cojera. Desde la rodilla reinaban unas medias calzas de mal pardillo, condecorado con los cuatro

títulos de revuelto, roto, raído y remendado, y con esto y un mal gabán pasado con mangas por los hombros se cumplía la buena traza de aquella persona, si es que no contamos un zurruncillo como de pastor que le adornaba las espaldas.

La cara de este mendigo (pues tal nombre antes que cualquiera otro merecía) estaba muy lejos de parecer tan triste como su mal porte pedía; muy al contrario, y con gran maravilla del que lo viera, mostrábase alegre y nada desalentado, y más bien avenido con las burlas que no con lástimas y quejumbrierías. Estaba sentado con gran sosiego, halagando con una mano el lomo de un buen gozque, que le servía a un tiempo (rareza extraña) de sincera ayuda y de amigo desinteresado, mientras que risueñamente así hablaba con un muchacho, que frontero de él se veía sentado, respondiendo a las curiosas preguntas que le enderezaba el de las muletas.

--Con que dime, Mercado, ya que tus ojos lince por medio de tu bien cortada lengua me enteran y dan razón de lo que mi vista menguada no alcanza alrededor suyo, dime, repito, ese que pasó tan mesurado, ¿es el recién venido para completar las dos docenas de cristianos viejos que viven entre esta canalla morisca?

--Sí, hermano, éste es, Pero Antúnez el viejo.

--¿Este es el que presta un celemín, y recoge dos fanegas de grano de

los perros descreídos?

--Hermano, sí.

--He ahí una usura, respondió el soldado, que ningún mal acarrea ni al cuerpo ni al alma. ¿Y el otro que le acompañaba era Juan Molino, el corchete ganzúa, que lleva cuenta de los moriscos que ni van ni vienen a la iglesia?

--Sí, hermano.

--¿El que la hace pagar gallina por falta, o maravedí por descuido?

--Sí, hermano.

--Bueno, bueno; he aquí el primer corchete que no ejecuta el mal, cumpliendo con su empleo. ¿Y pasó también la dueña Bermúdez, la que endotrina a las cristianillas nuevas, y las pellizca si no le toman sus aleluyas, y las repellizca si no la dan sendas blancas por ellas?

--Sí, hermano, ya pasó.

--¿Y el arcabucero Jinez, y el soldado Pinto, y el herrador Ortuño, todos han ido su paso, eh?

--Sí, sí, hermano.

--¿Y ninguno ha dicho, buen ciego, hermano Cigarra, tome ahí esa tarja, o relámase con ese buen cuartalejo de pan?... Vaya, vaya, fuerza será dejar el paso libre a estos cristianos viejos, y ponerse delante de los

que no tienen tanta enjundia de rancio en la caridad; pero, ¿quién que tenga sangre pura castellana alargará la mano ante estos miserables aljamisados, que por ladinos que sean, siempre huelen sus pensamientos a Mahoma, como sus palabras a la algarabía? Más vale morir por hambre... Pero alto allá, Mercado hijo, gente suena... Principiaremos las lástimas por si ablandamos la dureza de algunos de estos hombres de pedernal.

--Sí, hermano, respondió Mercado, pasos se sienten, y no haría mal en repetir la retahíla.

Y de como esto oyó el del gabancillo y muleta, el manco y de entrambos ojos mal parado, aquél emparchado y éste manantial y bermejizo, así comenzó a perorar:

--¡Oh, caballeros, gente honrada, acudan a socorrer a un león de España, que aquí y allá y por diversas regiones y apartados países ha dado bizarras muestras de su persona en muchos encuentros y batallas, asaltos y escaramuzas; el que siempre acompañó al rayo de la guerra, el glorioso imperante D. Carlos, y que se encontró en cuanta jornada de importancia ha tenido lugar de diez años para acá; al que se halló, tuvo parte y puso mano en aquella famosa de Pavía, rindiendo a más de cuatro que decían _mon dieu_, y al que miró no de lejos aprisionar al rey Francisco, y no quiso su mala estrella ponerle tan cerca que le cogiera alguno de aquellos diamantes tamaños como nueces qu

e llevaba al cuello,
cosa que al rey de los lamparones no le hubiera hecho mayor mal, y a mí
estorbara estos pesados trabajos! ¡Señores, al soldado pobre que ha sido
blanco en su cuerpo de sendas rociadas de arcabucería, botes de las
lanzas y cintarazos de los infantes! ¡Al soldado, señores, al soldado
que forzó sobre el campo de batalla a decir _viva España_, y en
distintas y endiabladas lenguas, al francés, al tudesco, al esguízar,
al italiano, al turquesco y cuantos soldados hay en el universo mundo;
al estropeado, mal parado y peor herido arcabucero Moyano del Cigarral!
¡Caballeros, gente honrada, acudan, alivien, ayuden y den socorro al más
granado de la compañía del bravo Francisco de Carvajal, al arcabucero
Moyano!... Pero, Mercado hijo, nadie mosquea; ¿es que vuelven atrás, o
que se traga la tierra a los paseantes?

--No, hermano; los pasos del que viene siguen muy repositados, y suenan
muy al compás; pero el ramaje, que tanto se inclina y enmaraña por este
sitio, roba al alcance de los ojos lo que permite al sentido de las
orejas.

--Si vienen con mucha pausa, es sin duda el doctor y boticario
Gorgueran, el médico, que cura por igual todos los miembros del
doliente.

--El médico, si anda a compás, tose sin medida, y ya por este son le
hubiera yo conocido.

--Pues si él no es, será el notario Candurgo, cristiano viejo venido de Berbería.

--No será él, pues a serlo, vendría entonando algún buen salmo, para probar que sabe latín y que es de los buenos y añejos.

--Pues, diablo, será el sacristán, tercera autoridad y persona grave del pueblo.

--Nones y más nones, que a ser él, ya entenderíamos algún ofertorio, que por buen ejemplo vendría entonando.

--Puesto--respondió Cigarral--que ni viene el doctor, ni suena el notario, ni asoma el sacristán, trinidad y compañía la más grave que está al comienzo y cabeza de este pueblo, no hay más que decir, sino que esa persona que autorizadamente marcha, y paso pasito llega, no es ni puede ser menos, y sin ofensa de parte, que el sardesco lucero, jumento principal de don Antonio Gerif, que a esta hora y cotidianamente pasa, en conserva de algún sirviente, por regalos, frutas y flores de la huerta que el rico Antón posee con tantos jardines allá en el río.

Y era así, como sospechaba el buen entender del estropeado Cigarral; pues decir esto y salir de entre las ramas y verdura que ocultaban la vista un jumento lozano y de cabeza entonada, fué todo un punto, y allí mismo, y sin más parecer ni mejor licencia, dió al

aire el cuello, y
mostrando una boca risueña soltó dos o tres golpes
de diapasón, que, si
no muy armoniosos, no por eso dejaron de ser repeti
dos y revocados por
la ninfa Eco, y llevados de monte en monte. Y nada
de este cuadro
ofrecía por sí algo de extraordinario, pues este nu
evo interlocutor, que
tomamos la libertad de ofrecer al leyente, como sie
mpre, a la propia
hora y en el mismo punto y sitio tomaba algún desca
nso, saludaba por las
más veces con toda su garganta aquel asueto a su fa
tiga.

--Víctor, Víctor--dijo Cigarral--, así haya consuel
o con esta visita,
como bien me suenan a mis orejas estos ásperos soni
dos. Plegue a Dios
que lleguen tiempos en que el clarín de la fama no
sepa repetir sino
estos sones de mi buen amigo, y sírvale de premio t
al corona, por las
buenas obras de que me es portador.

Y no se engañaba en esto tampoco el cojo soldado, p
ues saltando quien
cabalgaba en el rucio, así le decía, entregándole a
lgo de vianda y
algunos otros regalillos, que para entretenimiento
de los dientes le
sacó de los serones que adornaban al rucio; regalil
los que bien pudieran
despertar el paladar de un penitente, no que de hom
bre tan apetitoso
como el soldado.

--La hermosísima María--le dijo--me encomienda os d
é estas limosnas, que
hoy domingo son más abundantes y de mejor gusto que
otro día: mucho se

encomienda a vuestra memoria, y aún más a las oraciones que digáis a la Santísima Virgen.

--Llegue ella al cielo--respondió el estropeado--como yo la subiré y ensalzaré, y encomendaré con palabras y pensamientos, hasta donde alcance mi humilde merecimiento, puesto que ni todo el lugar en junto, ni cada su morador apartadamente, ni el cristiano viejo por caridad, ni el morisco por el respeto que se debe a un soldado de S. A., como yo, me han dado tanto en un mes como esta hermosísima doncella en un solo día. Lástima es que la naturaleza al sacarla del vientre de su madre, la dotase de tanta hermosura, dejándole así poco que hacer al resplandor de belleza que lleva consigo la caridad; pero cierto es que si la mujer es hermosa por sí, con la ayuda de su blando corazón y piadosa condición, menos que hermosa, es un ángel sobre la tierra, y arcángel será la hermosísima María.

--Amén, amén--respondieron a una el muchacho Mercado y el mensajero del asno, quien, al seguir su paso, le dijo al soldado:

--Con algo de desabrimiento habláis de nosotros, pobres moriscos, y a fe que no sino moriscos son estos bocados que coméis, y no sino morisca es esa María que tanto alabáis y que todos bendecimos.

--Buen Ferri--respondió el soldado--, yo no hablo mal de la gente de tu

nación sino por esas malas voces que corren de vuestra mala creencia;
por lo que toca a María, ángel es y ángel se estará
, y libre se
encuentra de tan negra mancha; yo la fío y la confío,
y desde el niño
Mercado, monaguillo de hopa y bonete, que esto escucha,
hasta el
licenciado y cura Tristán, y los dos beneficiados,
darán la vida por
ella. Esto en cuanto a fe y creencia, que por linaje
y sangre, quien
tiene como ella sangre de reyes, ninguna mácula le
puede caber. ¿Quién
no respeta a los Granadas y Benegas?[1]. Con que así,
hermano Ferri,
sosegáos, y no echéis a mala parte lo que apunto y
digo, que honrado
sois, y honrado me conocéis, y, sobre todo, agradecido.

[Nota 1: El apellido _Venegas_ es árabe; por consiguiente, debe
escribirse _Ben-Egas_. Los que le llevaban, por ocultar el origen
moruno, escribieron _Venegas_, y algunos después _Vanegas_.]

--La paz de Dios te acompañe, soldado--dijo el Ferri--; Dios es grande,
Dios es misericordioso, y mira por los suyos.

--Al diablo por estos tornadizos--dijo el estropeado o Cigaral así como
vió trasponer al morisco hortelano--; al diablo por estos tornadizos,
que siempre responden con sentencias y palabras de compás y medida, que
huelen todavía al Alcorán, como pólvora al azufre, y como vasija al
primer caldo que encerró en ella. Pero, Mercado, al to allá y no

murmuremos, que, a fuer de agradecido, más hace el morisco con ser mensajero dadivoso que yo con callarle sus puntas y collares. Quédate conmigo, monaguillo insigne, que quiero con parte de estos regalillos pagar la buena gracia con que me acoges y hospedas toda noche en tu encogido aposento, librándome así del frío que derrama el zaguán de la iglesia o las plagas que derrama y llueve el mesón único que permite gallardamente el señor duque a estos infelices vasallos. Todavía, amigo Mercado, habrás de pagar tu costa en este banquete, vaciándome algunas de las vinajeras que habrás puesto, cual sueles tú, a recaudo, como varón prudente, pues sabes que el agua del cielo no siempre baja cuando hace sequía, y que para entonces sirven y tienen su acomodo y aplicación los aljibes y depósitos, y aunque no tanto, siempre me contentaré con una buena azumbre para mí solo, pues a ti ningún provecho pueden hacerte estas bebidas ardientes, que en la primera edad previenen y disponen a los muchachos para ser sanguinolentos y coléricos, faltando así a la mansedumbre y humildad, que tanto nos encargan nuestros padres y maestros. En cambio, partiré contigo todos estos adminículos y bastimento, y te alcanzaré, como mejor pueda, sendos jarros de agua de la fuente alta de la plaza, para que te refrigeres y tomes todo placer a la comida.

--Admito--dijo el de la hopa--, amigo Cigarral, tan cordial convite, y

en lo del vino nada me advierta, bastándole saber que muy bien sé y se me alcanzan las franquicias, gajes y libertades del oficio del dispensero y sisón, para renunciar a lo más bueno y mejor parado de lo apartado, y puesto a seguro por estas mis manos, a hurto del sacristán. Pero entornad la parla inoficiosa, que ya vuelven de la capilla por lo alto del pueblo todos los paseantes que fueron para lo bajo; y siendo así que poco o más nada les entra ni vuestra humildad, ni menos penetran vuestras plegarias estropeadas, soldadescas y lagrimosas, poned en campaña las buenas partes de vuestro gozque Canique, que lo que vos no alcanzáis, acaso lograrán sus buenas gracias, saltos, danzas y donaires.

--Así sea--dijo Cigarral.

Y dándole dos palmadas a su gozque Canique, éste se aliñó y preparó diligentemente para algo de importancia.

En tanto iban allegándose los paseantes, y en cuanto los sintió a tiro el estropeado, así dijo al gozque:

--Salid, don Canique, can honrado y placentero, y dad cuatro vueltas de villano o de Bran de Inglaterra por lo alegre o autorizado, según más os conviniere, ante los altos señores que os miran, todo por darles gusto y placer.

Y esto diciendo, con dos tejoletes que movía entre el meñique y pulgar

de la siniestra, y un tris con tras que sacaba de los palos de las muletas, formaba una como manera de compás, que el can bailador se esforzaba por coger con sus patillas traseras lo más galanamente posible. Lo que no lograrian las lástimas, lo alcanzaron las danzas y saltos caninos, cual presumió Mercado, y todos los vinientes se pararon formando corro, admirando y celebrando los donaires de la alimaña. El estropeado, con algo más de aliento, ya cautivada la atención de su auditorio, proseguía diciendo:

--Ahora, don Canique, haced la salva por el Rey de Francia y los otros Príncipes de la cristiandad.

Y el perro daba tres ladridos alegres.

--Ahora, haced la medida al señor Emperador, vuestro Señor natural.

Y el perro cruzaba las manillas y bajaba humildemente la cabeza.

--Y ahora--repetía--cantad las alabanzas a don Luteo y otros canes de herejes, peores y peorísimos que vos.

Y el avisado can amulaba como un diablo del infierno.

--Ahora emplead las súplicas y pedid albricias, comenzando por el más rico y concluyendo por el más dadivoso.

El perro, que debía haber un mal espíritu en el cuerpo, así como esto oyó, se puso a los pies de aquel Pero Antúnez, usur

ero honrado, que,
como ya se apuntó, prestaba un celemín, y recogía d
os fanegas. El buen
avaro, bien como se vió señalado y proclamado por e
l más rico del
auditorio, dió un paso atrás, y poniéndose entramba
s manos en los
bolsillos, daba al diablo al perro, y apellidaba aq
uello por algo de
brujería. El perro, aunque seguía en sus genuflexio
nes y zalemas, nada
alcanzaba; hasta que enfadado el cojo por la esterili
dad del tiempo, y
la mezquina condición de tanto estante y ningún don
ante, así dijo a su
cofrade, sirviente y amigo:

--Pues, amigo Canique, lo que no dan ni prestan, fu
erza será tomarlo;
entrad a saco a estas buenas gentes, como allá en a
ntaño en el asalto y
saco de Roma; mas contad y advertid que no les habé
is de tomar sino de
lo superfluo y profano, dejándoles entera la piel,
y menos interesar
algo del tegumento de las carnes, y sin detracción
alguna, que todo lo
demás, camisa inclusive, os lo fallo y declaro por
buena y legítima
presa.

Decir esto, y como cobijarse el maligno gozque con
ligereza y travesura
del mismo diablo, fué todo un punto, no habiendo ar
remetida en que no
dejase alguna prenda por despojo bajo la salvaguard
ia del soldado,
volviendo a la carga más desesperadamente, brincand
o, latiendo,
lanzándose y agazapándose, siempre huyendo y siembr
e burlando los quites
y reparos de aquella gente salteada. Esta, ya por l

o intempestivo del
asalto, y ya por la placentera traza del amo y sirviente, no acordaron
en lo que les acontecía, hasta que vieron a los pies del soldado quien
el lenzuelo del bolsillo, quien la caperuza, cual la gorra, y hasta la
dueña Bermúdez miró con escándalo sus venerables tocacas, siendo prenda
pretoria del burlador soldado. Este tocó a recoger diciendo:

--Alto y parad, hermano Canique: bien lo habéis hecho, y ahora
rescatemos estos trofeos, quiero decir que nos los rescatarán,
trocándolos por blancas y ochavos, no de otra suerte que hizo vuestro
capitán y el mío, Francisco Carvajal, en aquel de Roma. Y no os parezca
mal esto, señores, ni se me amostacen por tal niñería, que mi capitán
Francisco de Carvajal en aquel saco de Roma, como yo dije, no
encontrando su parte de despojo, pues se entretuvo harto en pelear, al
revés de otros que medran más, mientras menos se refriegan con los
enemigos, tomó traza y medio para enmendar el disfavor de la fortuna;
pues encontrando con uno como vos, seor Candurgo (hablaba con el notario
del lugar), que era el notario de la santa Dataría, le pidió 200.000
escudos, que no dándoselos el italiano, puso a pique de poner fuego a un
monte de papeles que de la notaría sacamos sus soldados a la inmediata
plaza, para hacer lumbradas y candelarias; pero el notario, que daba
mucho importancia a tanto papel, y que por ello le había amagado por

aquel flanco mi capitán y vuestro señor, Canique, queriendo conservar las buenas cosas que allí se guardarían, sin más espera, y como deuda que tiene aparejada ejecución, le contó los 200.000 escudos a mi capitán Francisco Carvajal, que ahora en gracia de Dios y por méritos de sus manos, conquista y arregla esos imperios del Perú.

Los circunstantes, que no se maravillaban menos de aquella taravilla que de las artes caninas del don Canique, mitad enfadosos, mitad placenteros, rescataron por este o aquel ochavo o blanca cada uno la parte que perdieron de despojo, si exceptuamos al usurero Antón, que enroscándose como sierpe y guareciéndose en sí propio contra el suelo, cual erizo breñal, se libró de ser prendado en el primer asalto, y que ahora durante la plática se escurrió silenciosamente, dándose albricias que por su industria y buen ánimo pudo libertarse de todo empeño y de toda multa.

El campo quedaba ya del todo en todo despejado, según entender del soldado y del muchacho de la hopa; pero aquél, alzando los ojos, vió que tenía ante sí a otra tercera persona extraña, que sin duda había ocupado lugar al concluir el asalto del perro, y el saco de los paseantes.

Este nuevo personaje, vestido por aquella manera, mitad morisca, mitad castellana, que aun usaba la nación vencida, bien mostraba cuya era su estirpe; si bien el buen porte de sus arreos, lo ve

nerable de su barba,
y el respeto que derramaba su persona, mostraba por
otra parte no ser de
vulgar condición. Este personaje fué el primero que
rompió el silencio,
diciéndole al soldado:

--Mal hacéis en despojar, ni aun en burlas, ni por
un ardite, a vuestros
cristianos viejos; pues tenéis a tiro modo más llan
o de medrar,
tomándolo todo de los moriscos. Lo que perdone la f
arda, lo que dejen
las socaliñas y lo que olviden las derramas, tomadl
o vos antes que otros
de vuestros compatricios; tomadlo, que según vuest
os doctores y
políticos entendidos, estamos a merced, y lo que no
s dejéis, eso debemos
agradecer. Con todo ello, bien me place el donaire
con que habéis
burlado a tanto cristiano viejo. Entretanto, si que
réis vos venir esta
noche, entrad en mi casa, y asistiréis a la fiesta
que doncellas y
mancebos celebran hoy por el natalicio de mi sobrin
a, tu bienhechora.
Quedad a Dios, y si mi sobrina María salta del puen
te acá, decidla que
paso voy, para que pueda alcanzarme, pues no me ven
drá mal la ayuda de
su brazo para subir el último recuesto.

El venerado D. Antonio Gerif, pariente de los destr
onados reyes de la
Alhambra, siguió el camino diciendo estas palabras,
acompañado de una
inclinación respetuosa del soldado y del muchacho;
pues este poder
tienen los grandes infortunios de las personas elev
adas, que imponen el
respeto hasta a los mismos enemigos.

Entretanto que esto pasaba, el de la hopa revolvía una al parecer como bolsa que divisó en el suelo, allí en el mismo sitio donde el usurero Antúnez se atrincheró, encorvándose y encogiéndose para no ser salteado por los tropeles del Canique.

Ya el muchacho se disponía a forzar insolentemente la bolsa, y revolverla y registrarla sin comedimiento alguno, cuando el soldado, levantándose de su asiento, que ni tenía cojín ni respaldo, diligentemente se acercó al muchacho, increpándole su intento, diciéndole:

--Alto allá, y entrégue me ese despojo, trofeo de mi sirviente Canique. El esclavo adquiere para su señor, según toda buena regla de derecho, y nadie me disputará el señorío que ejerzo sobre mi perro; y mirad, Mercado, en prueba de ello, cómo reclama con su inquieto latir, lo que le pertenece de derecho.

El monaguillo repugnaba y tomaba el largo, el cojo insistía y le daba caza a pesar de su manquedad de piernas, y el can, como práctico ya en tal guerra, brincaba y saltaba a las espaldas del muchacho, conociendo bien que no hay como amenazar la retirada para perturbar al enemigo.

Nadie sabe dónde hubiera ido esta disputa, si Mercado, viéndose en tanto apremio y asedio, no hubiera dicho:

--Repórtese, señor Cigarral; su amigo soy, y prenda
s tiene de ello: si
vuestro sirviente hizo el despojo, yo lo he restaur
ado con mi hallazgo;
y bueno será que, si encontramos por sano y bueno e
l alzarnos con la
presa, partamos como buenos hermanos, partiendo así
las asechanzas al
diablo, que quiere invadirnos y ponernos en rifa. A
demás, que cualquiera
de entrambos que se disgustara haría mal tercio y p
eor obra al
compañero, llevándole nuevas al usurero de la bolsa
perdida.

Parecieron tan elocuentes tales razones al uno, y l
e mostró tal fuerza
el último argumento, que afirmándose en las muletas
y asegurando en
tierra el zoquete que le sobrellevaba la pierna, as
í dijo alargando la
mano al monaguillo:

--Tus palabras, niño, son tan discretas como razona
bles; en lo de la
partija, si hay materia partible, estaba concedido
sin ser demandado,
pues tanta estimación me merecen tus buenas gracias
: y como estaremos
juntos hasta tarde, en tanto tiempo haremos toda co
mposición, es decir,
que en tu aposentillo, una cosa tras otra y por su
orden, iremos
ejecutando lo de la cena, lo de las vinajeras y lo
de la visita y
partija de la bolsa; a no ser que nos asistan razon
es que muevan a
principiar por la bolsa, por preferencia a su linaj
e y calidad, en lo
cual no podrán agravarse ni los bastimentos ni la
bebida.

Acaso no concluyera tan presto este coloquio burlón
como maligno, a no
ser que el perro, dejándolos de un salto, no arranc
ara a correr con toda
su carrera hacia un sitio señalado de esta escena.

Para mejor inteligencia deberá entenderse que el te
rreno, que por allí
formaba una falda espaciosa, estaba dividido por un
hondísimo tajo,
practicado por la acción lenta de las aguas, o por
alguna otra explosión
rabiosa de la naturaleza allá en los remotos siglos
. De lejos no se
advertía esta abertura horrible; pero de cerca pare
cía un anchísimo foso
por donde pasaba un río entero, que desde lo alto s
ólo se escuchaba
mugir pausadamente, divisándose apenas una como faj
a de plata, sin más
distinción ni claridad; pues tal y tanta es la altu
ra desde donde se
mira.

Por lo más encumbrado, en tiempos antiguos, practic
aron los moros
cultivadores de aquellas fértiles asperezas, un pue
ntezuelo o arcaduz,
estribando entre las peñas de aquellos abismos, por
donde hacían pasar
las aguas de un lado a otro, para regar los jardine
s y verjeles de la
parte inferior. Este puente acueducto se había roto
y derrumbado por su
clave, ya por la injuria del tiempo, o ya por conse
cuencia de las
revueltas pasadas; mas los aleros del arco, no esta
ndo sino separados
por vara y media o dos varas, muchas personas de ag
ilidad y soltura, por
librarse del cansancio y fatiga de bajar un gran re
cuesto, y volver a

subir la rambla empinada que conducía a la aldea, de un salto ligero, salvando así el tajo, se miraban casi casi tocando a las primeras casas. Aunque el salto no era peligroso, todavía helaba de temor el ver lo profundo del abismo, las negras bocas que se abrían en las paredes cavernosas del tajo y el haber de andar cuatro o seis pasos por el pretil no ancho del puente y arco dividido.

El verdín de la humedad resbalaba mucho; pero unos cuantos golpes de espadaña y juncia, nacidos entre la fábrica y mantenidos por la frescura, prestaban ayuda y apoyo para los atrevidos pasajeros, y hacia este sitio salvaje y pintoresco fué adonde vieron partir Cigarral y Mercado al tercer interlocutor de la escena, el insignificante gozque Canique.

Allí dirigiendo los ojos, y a pesar de lo que ya andechecía, vieron desprenderse desde el bosquejo obscuro de la ribera opuesta una como sombra aérea, ligera como el viento, que, deslizándose sobre el pretil del arco destruído, y salvándolo de un vuelo, no que de un salto, se acercaba ligeramente entre los saltos y caricias del gozque.

--Ya sabía yo--dijo el soldado--que la acometida al egre del perro no pudiera ser sino por la llegada de la hermosísima María; él paga con sus fiestas y escarceos sus obligaciones de agradecimiento, así como yo las guardo en lo más íntimo del corazón, para manifestarlas en tiempo que

puedan ser de algún útil.

En esto llegó aquella tan celebrada por hermosa, tan amada por su piadosa condición y tan respetada por su religiosidad, y cierto que así como llegó y descorrió el velo que pendía de las tocacas de su cabeza, mostró maravillosamente que aún pasaba su belleza al encarecimiento de la fama. Su traje era aún el usado por la nación veneciana; esto es, toda la profusión oriental, realzada por los golpes de gracia y caprichos añadidos por los moros de Granada, que hacían de su vestido un adorno tan lindo como peculiar a aquel país. El pelo recogido, las trenzas vagando por las espaldas, daban una picante extrañeza a su rostro, iluminado dulce y melancólicamente con ojos del linaje del Yemen. Dos leves y riquísimas girándulas de oro y esmeralda, pendientes de sus breves orejas, mostraban la riqueza de su dueño, así como una cruz que adornaba su joyel, mostraba la creencia de la doncella.

--Dios os guarde--dijo.

Y los cielos parecía que habían hablado por su boca; tal fué su acento de armónico y delicado, y el soldado, con su mejor gracia posible, replicó:

--Si no Dios, al menos los ángeles están en nuestra compañía; vuestro sirviente, dama hermosa, ha cumplido con vuestro divino encargo, y mirad lo que mandáis, que obligación tengo de obedecer.

ceros, aunque
menester fuera ir a las tierras del Catay, o a la noche de la Noruega;
mandad, señora, y no reparéis en este entorpecimiento de mi persona,
apoyada en rodriegones de palo; mandadme, que tal fuerza haría la
voluntad, que todavía se hiciese obedecer cumplidamente de la ligereza
del cuerpo.

--Os lo agradezco en el alma, bravo soldado; pero esas tierras apartadas
que por mí queríais visitar, no se miran holladas por los tercios
españoles. ¿No es cierto?

--Doncella--replicó el soldado--; yo no sé qué rincón del mundo no
habrán ya visitado mis compañeros; pero cuando yo dejé las banderas del
Emperador, quedaban nuestros tercios en Alemania, por restos para pasar el
Danubio, y el que obedecía al bravo como mancebo Lope de Zúñiga, ya os
he dicho...

--Adiós, soldado--le dijo la doncella dando un blando suspiro--. Adiós.

A pocos pasos de distancia volvió hacia el soldado, y le dijo:

--Esta noche hay velada en la casa de mi tío; podéis allá ir a recoger
limosna. De este modo miraréis bien como cristiano viejo (y la doncella
se sonreía agradablemente) que estos festejos distan mucho de las
zambras y supersticiones con que los mal intencionados acusan a los de
mi nación.

--Sí, iré, hermosísima María--replicó el estropeado
--; pero entendí
que, aunque el mismo fiscal del diablo soplara y ac
usara a cuantos
moriscos hay desde El Cairo hasta aquí, sólo así co
mo os viera en un
lugar bastaría para sobreseer y desistir de todo pe
nsamiento sospechoso,
cuanto más que de otras demostraciones más vigorosa
s, pues donde vos
estáis, bien así como la noche de la luz, han de ir
a mil leguas
Mahomilla y don Satanás.

No pudo oír replicar el soldado, pues María ya tras
puso por entre las
sombras de los árboles desde la primera palabra, y
la blanca alcandora
que vestía flotaba entre el verde obscuro de los ra
mos.

María se acercaba hacia la aldea diligentemente, pa
ra ayudar con su
brazo los cansados pasos de su tío en el subir el r
ecuesto fatigoso que
ya hemos apuntado.

Llegó al apoyo de piedra que servía de arranque a l
a subida, sitio donde
siempre era esperada, y no encontrando al anciano t
ío, ocupó, mientras
aguardaba, aquel asiento, entregándose a las imagin
aciones que la
soledad, lo apacible de la hora y la edad breve de
diez y ocho años
llevan siempre consigo en el blando corazón de una
mujer.

A un lado y otro volvía los ojos con tierna inquiet
ud, hasta que,
dejando ir su diestra y linda mano debajo del pecho

, y con la siniestra
manteniendo la hermosura de su mejilla, fija la vis-
ta en la luna, que ya
parecía entre los cielos, estuvo extática un breve
instante, hasta que,
dando un blando aliento, y casi sin abrir los labio-
s, y como si esta
armonía se le deslizara furtivamente por ellos, can-
tó esta cantinela,
por aquel tono triste y penetrante de los cantares
moriscos:

CANTINELA

¡Dónde estás,
dónde estás, amigo mío!
Ora acaso gala y brío
mostrarás
cabe el Elba o Reno frío.

Fiera lid,
fiera lid y sus azares
tú prefieres, o ir por mares,
bravo Cid,
a este suelo de azahares.

No más ya,
no más ya tu mente amada
en placer embelesada
llorará
los vergeles de Granada.

Pienso en ti,
pienso en ti con dulce empeño
cuando el plácido beleño
me da, sí,
con tu imagen blando ensueño.

Otra flor,
otra flor de más belleza
prenda acaso tu fineza

con su amor:
¡Ay, mi Dios, qué cruel tristeza!

Mientras yo,
mientras yo, apartada y sola,
canto y lloro con mi viola:
"No irás, no,
del pecho de tu española."

Al llegar aquí, la titulada doncella sintió una mano desconocida que la llamó en el hombro, y estremeciéndose y volviendo el rostro, miró entre las ramas levantarse las blancas tocas de un turban te, y luego un mancebo saltar gallardamente ante sus ojos, diciéndola:

--No te asustes, prima, esposa y señora mía; tú, hermosa Zaida, como te nombra el corazón mío, o bellísima María, como te nombran nuestros altivos vencedores, queriendo así los soberbios, trocándonos los nombres, arrebatarnos los títulos y mote de nuestra elección; tú, Zaida mía, has visto llegar la luna de Rajeb, término puesto por nuestro tío para este enlace afortunado, única dicha que les resta a los dos vástagos de los Reyes de Granada, a los descendientes de los Califas del Oriente y sucesores de los Omiadas de Córdoba. Este término deseado lo vi llegar en estas costas de Berbería, donde buscaba apoyo para sacudir la funesta servidumbre que nos agobia; desde allí, alegre con mil promesas, y más alegre con las esperanzas de mi ventura, me embarqué en una goleta, que antes de ahora me hubiera echado en estas playas de

España, a no tener que esquivarse de las Galeras de Leiva, que han vuelto de Sicilia. Al fin, hace tres días que tomé tierra, a despecho de los corredores y atalayas de la costa, y llegando como llegué a esta aldea, donde sabía que era aguardado de los míos, y abrazando a nuestro tío en esas casas que se ocultan entre las alamedas, he venido a presentarme a tus ojos, ya para llevarme yo mismo las albricias, si tal merezco, o para anticiparme a la pena, si es que mi desgracia no alcanza otro premio.

Luengos instantes estuvo la hermosa morisca, fijos los ojos en la tierra, sin articular palabra alguna, hasta que, pasando la mano por la frente, como si pidiera ayuda a su discreción, algo más sosegada, le respondió al mancebo de esta manera:

--No sé, primo y señor, cómo es (si vuestra memoria no os ha abandonado) que os atrevéis a entrar por las puertas del alma mía, llamándome por otro nombre que el de María, único que reconozco, único que quiero, y sólo por el que responderé de hoy más hasta la muerte. Esta irrevocable determinación mía bien os mostrará cuál sea mi pensamiento en esas locas esperanzas de coronas y de imperios. Si es que nuestra miserable nación ha de emprender algún día el imposible de su libertad, aguarde a que los vencedores castellanos adolezcan de la misma enfermedad y corrupción que desmayó a los moros de Boabdil, y tomen este largo plazo, y conténtense

o resígnense al menos con él, ya que no supieron, o
no pudieron, o, por
no lo decir, no quisieron defender su libertad y su
independencia,
dejando para un "mañana" incierto lo mejor que pare
cía en un "hoy"
seguro de seguras y firmes esperanzas.

No quiera Dios que mi nombre ni la sangre de donde
vengo entren a parte,
para provocar tamañas desdichas sobre nuestros anti
guos vasallos, y
menos para arrebatarnos la mísera fortuna que les r
esta, dándoles, en
cambio, la servidumbre y la muerte. Si alguna esper
anza pueden tener las
que nuestro tío ha podido inspirar sobre mi posesió
n, fuerza será que
abandonen vuelos tan locos y osadías tan temerosas,
por lo mismo que son
tan atrevidas. No alhambras, no coronas quiero; no
ansío ni por esclavos
ni por tesoros; no anhelo por las fiestas ni por la
s zambros; quietud
quiero, mi hogar me basta, los bienes de mis padres
me sobran en parte;
y puesto que mi dicha me ha dado una en una religi
ón santa, en ella
quiero morir a trueque de los mayores bienes, ya qu
e bienes queréis
llamar a los que, si se consiguen, han de comprarse
en tantos duelos,
fuerzas, lágrimas, hogueras y muertes. No, primo; s
i os pude considerar
árabe lejos de mis ojos, abanderizando el Africa, c
onfiándoos en la fe
berberisca y combatiendo inútilmente en la Goleta y
Túnez estos mismos
castellanos que queréis vencer en nuestro país, nun
ca presumí que en
ánimo morisco, quien nació ya cristiano, viniese a
ofrecer su amor a

quien no quisiera ver un príncipe en un amante, sino sólo un caballero.

--No más, Zaida--le interrumpió el mancebo--; tu palabra última revela cuanto pasa en tu corazón. Esa fe de que tanto blasfonas acaso se sostiene más en ti con la memoria de un caballero que no con las pláticas de las misiones; más con el recreo de los papeles y endechas, que con la lectura de catecismos; pero no cuentes con burlar a nuestro tío ni burlar las esperanzas mías.

¡Vive Dios!...

Algo más de colérico hubiera dicho el moro, a no haber llegado el viejo Gerif, quien, apoyándose en aquellos dos reales vástagos de su familia, los hizo andar hacia la aldea, él pensando en las grandezas pasadas de su estirpe, el mancebo en su engrandecimiento futuro y María en el bien pasado, las angustias presentes y en lo incierto del porvenir.

CAPITULO II

En tanto de esto, el estropeado y Mercadillo, sentados en la celdilla del campanario, noble aposento del monaguillo, a la pavorosa luz de una de tantas candelillas como sisaba el muchacho, entrados ambos repasaban los papeles y envoltorios de la bolsa que olvidó el honrado usurero. Al cabo

de buena pieza no pudo más el soldado, y dijo:

--¡Vive Dios! que todo el dinero lo tiene el bueno de Antúnez situado a ganancias, tal es la esterilidad de su bolsa. Pero en trueque papeles a carga: no queda más remedio... nóminas... listas de préstamos... no resta más senda, Mercado amigo, que aplicarle a este prestamista la receta que mi capitán Francisco de Carvajal le aplicó al susodicho notario romano, el de los 200.000 escudos. O múltese Antúnez, o sus papeles sufrirán el auto de fe más riguroso que ha visto Toledo. Pero alto allá: este otro papel es de fresca data, y envuelve otro papel cerrado y sellado con blasones y armerías. Antúnez no se contenta ya con la delgada usura de los aldeanos, y presta también a los grandes señores. Pero leamos; y en seguida así leyó el soldado:

"Mi buen Antúnez, he llegado con órdenes de Su Majestad a la Aljecira en las galeras de Leiva: vuestras cuentas las he aprobado: no por ellas, sino para asunto de importancia quiero estar a recaudo en esa aldea y en vuestra casa, a hurto de todo curioso, por dos o tres días. Ese billete entregadlo, y vuestra vida me responde de vuestra fidelidad.--_Don Lope de Zúñiga._"

--Mejor dijera, dijo el soldado, vuestro dinero me responde, y fuera mayor encarecimiento. Pero este don Lope y de Zúñiga, y viniendo con órdenes, y en las galeras de Leiva, no puede ser si

no el superior de un
tercio y amo mío; y ahora recuerdo, Mercado hijo, q
ue oí decir que tenía
heredamiento por estos rincones de Andalucía. Este
don Lope, amigo
Mercado, es el más valiente hombre del mundo, capaz
de dar el último
maravedí, como la última estocada, si aquél le obli
ga u éste le ofende.
Y te digo esto para que moderes esa curiosa picazón
que leo en tus ojos
y que quisiera penetrar e insinuarse por los poros
y resquicios de este
cerrado billete; bien así como si fueses pegajosa h
umedad que todo lo
traspasa. Modera, repito, esa picazón, pues no nos
valiera, si
hiciéramos tal demasía, aunque nos sepultásemos en
el nicho último de la
honda bóveda de las ánimas. Entretanto resolvamos y
fallemos qué hemos
de hacer para obligar al que mata, es decir a don L
ope, para agradecer
a la hermosa, quiero decir, a María, y para multar
al honrado usurero.

Grandes debates tuvieron, y divididos en pareceres
se mostraban
entrambos amigables componedores, hasta que cansado
s por el fastidio,
más que no convencidos por buenas razones, ejecutor
iaron por capítulo
principal, primero callar tal descubrimiento con la
debida discreción,
teniendo presente entre varios fundamentos la sober
bia condición y brazo
fuerte de aquel misterioso don Lope. En segundo, qu
e el billete buscaría
el soldado medio aquella noche en la fiesta para po
nerlo en manos de
María; y último y final, que el rescate que se logr
ara por los demás

papeles del honrado Antúnez se dividiría entre los dos, el soldado y el de la hoba, salvo el quinto, que antes de todo debería sacarse en pro y beneficio del gozque Canique, que tanta parte tuvo en aquella buena ocasión.

El soldado recogió sus ayudas y muletas, aseguró el zoquete que mantenía la siniestra rodilla, y en conserva de su gozque en derezó derecho a la casa de Gerif, donde se admitían en fiesta aquella noche los principales moriscos de la aldea.

La casa de Gerif era de apariencia; la puerta de entrada salía a uno como vestíbulo ancho y espacioso, sostenido en redondo por arcos moriscos, formado cada uno por cuatro pilastras arabescas. En medio surtían tres fuentes de agua cristalina, encerradas en cercos de álamo y albahaca puesta en tiestos de búcaro y azulejos: macetas de amáraco y verdones halagaban el olfato o la vista, según fuer a el sentido que quisiera recrearse en tales plantas; y como al frente hubiese tres puertas que daban a los huertos y jardines, y como éstos iban subiendo en anfiteatro a medida de lo que allí se enriscaba la sierra, se gozaba desde el vestíbulo de la mejor vista del mundo entre doseles de enredadera y celinda, entre pirámides de verdura o entre obeliscos altos de jazmines, álamos y cipreses.

Los pimpollos de las parras y los ramos de la madre selva asaltaban

desordenadamente aquella estancia, trayendo hasta en medio de ella los colores de la púrpura y los olores del ámbar, pareciendo todavía más encantada esta escena con los golpes de luces y luminarias que iban por las cornisas de las columnas, con las girándulas que se mecían en los arcos y con los fanales pintados y faroles caprichosos que se sostenían de los ramos y pimpollos de los huertos.

Mucho concurso llenaba ya la casa cuando llegó el soldado a los umbrales.

Las costumbres árabes, alteradas antes que puestas en olvido, y las usanzas castellanas admitidas y siempre repugnadas, daban mucha extrañeza a este festejo.

Las doncellas moriscas con sus tocas en la cabeza, con sus velos arrojados sobre el hombro, con sus alcandoras pintadas, con sus carcajes de oro al comienzo del borceguí y sus brazaletes de piedras en las manos, ponían el colmo a su aliño con el alheño de los ojos.

Este afeite, ideado para dar mayor realce a los ojos, daba al rostro femenino una expresión de voluptuosidad irresistible para los moros españoles, y nunca fué posible arrancar este uso hasta que aquella infeliz nación fué descuajada de sus hogares.

Entre la turba alegre de aquellas bellas orientales, y sobre los almohadones de damasco, se hallaba María o Zaida, c

omo la nombraban los
moriscos celosos, y que miraban en ella un vástago
de sus pasados reyes.
María sola descuidó el afeite de sus ojos, ya por d
espreciarlo como
ocioso, o porque fiase más en el poderío de los suy
os.

En la parte inferior, y separados enteramente de la
s que ellos llaman el
cielo en la tierra, estaban los mancebos adornados
con los bordados más
ricos y con toda la ataujía oriental.

Los añafiles y atabales, los albugues y tamboriles
resonaban alegremente
por la estancia: algunos mancebos ya habían dado mu
estras de su destreza
ensayando los asaltos y bailes que tanto tenían de
desenfado árabe, como
de galantería castellana.

El primo de María, Muley para los moriscos y don Fe
rnando entre los
españoles, como desdeñando de emplearse en tan frív
olo pasatiempo,
sirviéndole de arrimo una de las columnatas, no pen
saba sino en sus
proyectos, y sólo parecía asistir en la zambra por
el ahinco con que
derramaba a veces la vista en su hermosa María. El
mancebo, venciendo
por su riqueza a cuantos le rodeaban, sobresalía po
r su gentil estatura,
descollando sobre los más aventajados en todo lo al
to de la cabeza.

A este propósito llegaba nuestro estropeado a la pu
erta, y allí encontró
dos castellanos que así hablaban:

--No hay duda, amigo Juan, sino que esta zambra tie

ne más apariencia que lo usual y ordinario. Se suena que cierto mozo principal ha tomado tierra en esas calas de la costa, viniendo de Berbería, y que a su buena venida es este festín y zambra. A fe a fe que todavía no ha entrado ni un cristiano viejo; y ¿cómo han de venir si no los llaman? Y ¿cómo han de ser llamados, si los descreídos quieren estar solos para sus prácticas y maquinaciones? Vamos, hermano, que vos como alguacil, y yo como persona de autoridad del pueblo, debemos dar cuenta de todo al alcalde de nuestro Ayuntamiento.

Y al partirse, y reparando en el soldado, añadió el otro:

--Este Cigarral todo lo asalta y con todos se comunica: bien va, y será recibido a las mil maravillas, que a falta de otras hechicerías, bien podrá prestar a la chusma las buenas habilidades de su gozque.

Entretanto, el estropeado entró seguido de su perro, y sin cuidarse del mal ojo y sobrejo con que muchos le miraban, soltó sus palos y tomó asiento en el suelo entre la gente inferior de la familia, poniendo por trinchera de sus rodillas al perro, que asentado con mucha compostura sobre sus piernas, se apoyaba en las zarpas delanteras alzando el cuello, levantando las orejas y mirando atentamente a su bienhechora María, a quien saludaba de su mejor modo, moviendo mansamente la cola. Acaso el agradecido perro la hubiera saludado más s

eñaladamente desde
lejos y a despecho de la fiesta, si no sintiera la
mano de su señor, que
según sus cuentas le mandaba quietud y silencio, y
así todo quedó
tranquilo.

María se sonrió blandamente al ver entrar el soldad
o; éste, contento con
tal distinción, bajó humildemente la cabeza con tan
ta cortesía como
reverencia, y al alzarla se encontró con la vista d
e Muley, que lo
miraba con ojos de desprecio y de una cólera mal re
primida; pero el
soldado, con gran enojo de algunos y mayor maravill
a de todos, no huyó
su rostro de tan feroz mirada, antes bien la provoc
aba con su gesto
maligno y burlador.

Acaso la zambra se hubiera turbado desde aquel punt
o, a no ser porque
María, dejándose vencer de tanto rogar y tanto supl
icar, no pulsara la
vihuela y entonara maravillosamente, por lo blando
y expresivo, el
siguiente:

ROMANCE

En un alazán brioso,
por entre bravos jarales,
huyendo, huyendo Jarifa,
en grupas va con su Zaide.

El caballo va contento,
contentos van los amantes:
el corcel, por ir saltando;
los dos, por ir a gozarse.

Cabalgan los dos, cabalgan

por entre oscuros breñales,
que quien a hurto camina
de ocultas sendas se vale.

La vuelta van de la playa,
huyendo el odio de un padre,
para echarse en un esquife
y en Tremecén repararse.

Ya llegan a la alta cumbre,
ya ven azular los mares,
ya ven mecerse las velas,
ya piensan hollar la nave.

Mira, mira, dice el moro;
mira, mi amada, cuál salen
inquiriendo nuestras huellas
los jinetes del algarbe.

No temas, ella responde;
no temas, mi bien, mi Zaide,
que un encanto aquí me asiste
que presto a los dos nos salve.

Es un listón prodigioso,
fadado con hados tales,
que dos que con él se ciñan
cierto invisible se hacen.

Probemos, Zaide, probemos;
usemos mágicas artes,
y en su insensata pesquisa
nuestros verdugos se cansen.

Desdobra el listón Jarifa,
con él se anuda a su amante,
cuando de presto, ¡oh, qué espanto!,
ven una sierpe soltarse.

El fiero dragón se enrosca,
los ciñe en negros dogales,
el pecho para oprimirles

y los pies por cautivarles.

Que tal listón receloso
dar hizo a Jarifa el padre
para que hallase la muerte
donde sus gustos buscasse.

Llega el rey enfurecido,
vibrando el sangriento alfanje,
y abrióle el pecho a Jarifa
y el cuello dividió a Zaide.

La algazara en los plácemes y vivas fué grande, los
instrumentos
redoblaron sus ecos y las bendiciones llovían sobre
doncella tan
hermosa, tan coronada y cumplida con cuantas dotes
halagan los sentidos
y cautivan el alma.

El soldado no podía resistirse en tanto a la admira
ción que le movía
aquella estancia y aquella riqueza; allá en su imag
inación todo lo
confería con las mejores y más ricas cosas del mund
o que había
contemplado, y para sí decía:

"Estos moros denles agua, y os sacarán verdura de u
na peña; denles
verdura, y os darán un jardín, y con jardines y su
idea allí os
levantarán una alhambra donde mismo se os antoje el
pedirla. Ellos dicen
que su paraíso no es sino verjeles; pero entretanto
, y por lo que
acontecer puede, no son sus moradas sino otros tant
os paraísos.
¡Descreídos! ¡Y nosotros siempre astrosos y sin ten
er un árbol donde
gozar la sombra y la frescura!"

Mientras esto él imaginaba, un suelto mancebo danza
ba en medio del cerco
lo más galanamente posible. Hería el suelo tan blan
damente, que no
parecía sino que se deslizaba por sobre el paviment
o, o que algunos
hilos invisibles le sostenían de arriba y le colump
iaban al son de la
música. Con la mano diestra mostraba un adufe revue
lto con listones de
colores, y que engarzando mil campánulas y pequeñue
los y sonantes
címbalos, correspondían, ya viva, ya suavemente, co
n la armonía de los
músicos. A veces el danzador, en medio de su carrer
a, pasaba y repasaba
ligeramente el adufe por debajo de sus hombros, a v
eces lo lanzaba
perdidamente por los hombros, y como si estuviese a
tado a la voluntad
del mancebo, siempre le venía a las manos limpia y
galanamente. Los ojos
se perdían en tantas ruedas, sesgos y revueltas; in
voluntariamente todos
seguían el cadencioso moverse del que danzaba, y to
dos, inmóviles en sus
asientos, todavía se engañaban fantásticamente, cre
yendo cada uno ser el
bailador, que no el que real y ciertamente llevaba
la danza.

Cada cual de aquel concurso, tanto hermosas como ga
lanes, fué dando,
para contento de todos, cumplidas muestras, aquélla
s de sus gracias y
éstos de sus destrezas, aplaudiendo siempre y cordi
almente el soldado a
todo, como si tuviese mayor placer en ello, por lo
mismo que recogía
aquellas visualidades por el encogido arcaduz de un
ojo sólo, y éste
también lisiado y enfermizo. Pero también tuvo que

ponerse en plaza y
público anfiteatro, pues no faltando quien adivinas
e las buenas gracias
del gozque, los chistes del amo y las retahilas que
relataba, todos
apremiaron al estropeado para que divirtiese la fie
sta, no pudiendo
excusarse éste de tanto ruego, ya por la demanda y
ganancia que pudiera
haber, ya por cierta idea que le bullía en su magín
.

Ello es que todo era hacerse consejos y consultas s
obre aquel negro
billete del don Lope, y de ver cómo podría hacerle
llegar a verdadero
recaudo, según y conforme al deseo de su dueño.

Según las veras y ahinco con que trazaba esta trama
el soldado, bien
parecía tener alguna estrecha obligación que le ind
ucía a ello; pero de
ello, quier que fuese, es cierto que pidió la vihue
la, y después de
acordada y de dar las palmadas a su gozque, comenzó
éste a saltar de
buena manera y el amo a tocar por la escuela más ex
tremada del mundo;
hubo lo del Rey de Francia, lo del saludo al Empera
dor, el besar las
plantas de la más hermosa, el señalar las que estab
an de boda y otros
donaires de tal parecer.

En todas las gracias del gozque se veía una prefere
ncia señalada por su
bienhechora María, no habiendo vuelta en que no die
se muestras de
sumisión o contento cuando pasaba cabe la hermosa m
orisca. Cuando la
señaló por la más bella nadie paró atención en ello
, pues cada cual en

su imaginación aprobaba lo mismo, y era fácil imaginarse que el gozque estaba ya adiestrado en el donaire; pero cuando la señaló también por estar de boda, y que como queriendo huir de ella y como buscando otra en quien hacer señalamiento, y no encontrándola, volvió a María, y la señaló definitivamente, el gozque dejó entonces escapar un gemido tan lastimoso, que erizó el cabello a todo el concurso. Pero esta impresión fué pasajera y como relámpago en noche serena; así pasó como fué olvidado enteramente en la memoria.

El soldado, llamando a sí el perro, prosiguió:

--Ahora, don Gozque, vais a ser mensajero del amor, oficio que requiere examen de destreza y título de fidelidad; cuidado con trocar los frenos, que de tan lastimoso descuido suelen provenir grandes desaciertos, y en ello vuestro buen nombre debe quedar a salvo de cargo y responsabilidad. Tomad la posta, y tanto dure vuestro viaje como la música y letra de vuestro amo.

Y esto diciéndole, y pasándole la mano por la boca, como si le pusiese algo en ella, y después inclinándose a su oreja como para encomendarle alguna cosa, lo dejó ir, agarrándose él a la vihuela, la que, rasgueando diestramente, cantó con ella.

MOTETE

Mensajero,
corre y ve,

corre y ve presto y artero,
y de ausente caballero
 llévale
 a su amor
el billete más sincero.

 No está lejos,
 muy más fiel,
muy más fiel a tus consejos:
Busca ansioso los reflejos
 de un clavel
 que dejó
entre búcaros y espejos.

El gozque corría desesperadamente en torno de los festejantes; dió tres vueltas, y a la tercera, cuando cesaba la cantinela de su amo, saltando delante de María, provocando las caricias de ella con sus donaires y juegos, no descansó hasta que aquellas blancas manos de espuma y armiño viniesen halagosamente sobre su figura canina, y entonces, como si tuviese un instinto superior a su naturaleza (tanto puede el arte), lo dejó caer y depositó entre las manos de la doncella el billete que tantas ansias y anhelos había arrancado a diversas personas.

María, que muy bien entendió la inteligencia del cantar, y que ni una mínima palabra de él dejó ir de su memoria, viendo las señas casi discretas del perro, recordando que por aquel mismo tiempo en que estaba debería tener nuevas de su ausente, percibiendo en aquel punto un papel entre sus manos, y, más que todo, sintiendo levantarse en su alma mil esperanzas de contento y gusto, no pudo resistirse

de tomar aquel
mensaje, y, lo que es más, de tomarle encubiertamen
te y sin dar sospecha
a nadie. Su discreción alcanzaba la tempestad que h
ubiera alzado si a la
borrascosa condición del primo, y al receloso natur
al del tío, y al odio
de todos los moriscos para con sus vencedores, hubi
era venido a juntarse
una sospecha, verificada al punto con la prueba ple
na de un billete.

Muley o don Fernando (pues cualquiera de estos dos
nombres no da ni
quita nada a lo riguroso y altivo de su condición)
seguía con el alma,
que no con los ojos, todo el curso de aquella farsa
; y si bien es verdad
que si no vió el embutir del billete en la boca del
gozque, ni el pase
del tal depósito a las manos de María, siempre sosp
echó que allí
hubiese algo que se escondía de la atención común.
Por lo mismo, y para
salir de tanta incertidumbre, puso en obra al punto
el pensamiento que
le sugirió su recelosa sospecha.

--María--dijo dirigiéndose a la hermosa prima--, ho
y es el día de tu
natalicio, y ésta la hora de media noche, hora en q
ue tantos prodigios
suelen verificarse. Las doncellas de nuestra famili
a es fama que en tal
día y en igual hora pueden sacar ciertas maravillas
del mundo invisible,
o curar alguna dolencia rebelde según quieran y seg
ún las fórmulas
sabias y poderosas que empleen. Pues bien, no hagas
nada de prodigioso,
pero prueba (pues a ello debe moverte tu natural co
mpasión), prueba,

repito, tal poder en ese lisiado pobre, y ya que, a
unque cristiano
viejo, asiste a nuestros regocijos, saque de ellos,
además de la
limosna, un bien que en balde querrían dárselo los
suyos.

Así como habló Muley todos fueron de su parecer, y
allí fué rogar a
María y Zaida, pues cada cual la nombraba según su
mayor o menor afecto
a la religión santa, y muchos la llamaban por entra
mbos nombres.

María repugnaba honestamente tal empeño, pero las s
úplicas fueron
tantas, el objeto se lo presentaron por tan piadoso
y tanto de
encarecimientos y halagos fueron y vinieron, que al
fin, dándose por
rendida, y confiando en la negativa del soldado, qu
e como cristiano
viejo no admitiría tales prácticas, replicó:

--Puesto que a despecho de mi gusto habréme de venc
er a lo que se me
pide, todavía no me prestaré a ello si el mismo sol
dado no me lo permite
no callando, sino que quiero oírle yo misma la súp
lica de su boca.

--Hermosa María--le replicó alegre el soldado--, no
sólo deseo que
toméis parte en este consuelo mío, sino que os lo s
uplico lo más
rendidamente posible, que aunque yo no tengo en muc
ho tales prácticas,
le doy en trueque tal encanto a la belleza, y tal f
uerza y poder a la
intercesión de un ángel, que sólo con que vos pongá
is mano en ello ya me
cuento por curado y franco y libre de lisiadura y d

e ceguera.

A esto oír se levantó María entre turbada y pesarosa, y desdoblando un listón, lo pasó por la rodilla manca del soldado, a quélla que apoyaba sobre el zoquete de madera, y asimismo, relatando en silencio unos como versos o nóminas, ató luego los dos cabos del listón, diciendo:

--Mendigo, así te engarce tu rodilla como enlazados quedan estos dos cabos; y decir esto y levantarse el soldado, arrojando el palitroque de la rodilla, y repetir a gritos ¡milagro, milagro!, fué todo un punto.

Todos quedaron absortos; unos dudaban, los más se afirmaban en la verdad de aquellas prácticas, y María, apartada al lado, y espantada de semejante maravilla, se deshacía en protestas, de que ella no tenía parte en aquella máquina diabólica, prometiendo no repetir más nunca tan pernicioso ejemplo, y asegurándose con la mano puesta en la cruz del joyel, parecía que ella buscaba un testigo que certificase de su inocencia. Entretanto, el soldado, a voz de contrapunto, clamaba así:

--Otra palabra, bella María, y de todo punto desaparece mi triste lisiadura, y otra y última intercesión, y desaparece mi ceguera.

Los del baile aplaudían, muchos preguntaban, todos respondían, gritaba el soldado y saltaba y latía estruendosamente el perro. Todo era

algazara, todo confusión; de repente ábrense las puertas de la calle, y
vense entrar por ellas el Ayuntamiento de los cristianos viejos con todo
el aparato de justicia; el alguacil Molino, de vanguardia, y la dueña
Bermúdez, en la rezaga.

--Mirad--dijo ésta--, ¡oh, reverenda justicia!, dónde están mis
endotrinadas; huyen mi enseñanza saludable, y se entregan a sus zambras,
y no advierten en traer con ellas a la prudencia y virtud personificadas
en una dueña; los luengos mantos espantan a los almizares y alcandoras;
vigilancia, alerta, reverenda justicia.

--Callad, dueña Bermúdez--dijo el alguacil--; aquí hay algo de mayor
cuantía que vuestros chismes dueñescos; aquí hay prácticas, aquí
nóminas; luego debe haber multas.

--_Utique_--replicó el notario.

--Pues mirad ahí, por sí mismo--prosiguió el honrado alguacil--, la
pierna de palo del soldado Cigarral, curado de golpe y por persona que
no tiene ni puede tener título para ello. ¿Qué es esto, señor? Es
fuerza ver fin y punto a las contemplaciones; también suenan ciertos
rumores de moros berberiscos saltados en la playa, y que se abrigan en
estos contornos. ¿Qué es esto, señor, no hay justicia? ¿Se han de
permitir por más plazo los tratos y contratos de los rebeldes, la
murmuración y las sediciones? ¿Qué es esto, señor? ¿Señor, dónde

estamos?

Nadie sabe dónde hubieran llegado los apóstrofes y acriminaciones del multador alguacil Molino, corchete ganzúa, según el buen dictado e intitulación del soldado, si una inesperada peripecia no le cortara el rápido vuelo de su elocuencia.

El suceso fué un bien asentado golpe de revés en la pecadora boca, que dió con el orador y su elocuencia en tierra, y volviéndose el caído y todo el concurso a ver de qué mano se había disparado el ballestazo, vieron salir por delante de todos el airado cuanto venerable Gerif, quien buscando con la vista al alcalde para encomendarle sus quejas, así como tropezó con él, así le dijo:

--No creyera yo que donde estáis vos tomara, en son de reprimenda, la palabra persona tan mezquina de condición como de menos valer por su ejercicio, y tanto más tratándose de agravio con persona de mi calidad.

Yo, por ser quien soy, por alcalde del Ayuntamiento de los míos, si vos lo sois de los cristianos viejos, y por las honras que el Rey quiere que sean guardadas a los hijos y parientes de los reyes, bien puedo festejar a quien se me antoje, no admitiendo en mi compañía sino a quien me iguale, o a los que por estrecho de amistad me obliguen a ello.

Fué interrumpido aquí el ilustre Gerif por el alcalde del Ayuntamiento

viejo por mil excusas y cortesías, las que subieron de punto así que vió a María ser como el astro que presidía aquel sarao.

--Bien habéis hecho--añadió a Gerif--en corregir de tal modo al alguacil por su demasía, siendo mi venida por curiosidad y festejo, y de modo alguno por enmienda ni admonición.

Calmóse entonces la alarmada ira de los unos y el odio ardiente de los otros, vistiéndose otra vez los aceros de las espadas y dagas, ya casi desnudas y prestas a encender en fuego aquella que principió dulce y apacible fiesta.

CAPITULO III

Trocada en sosiego la inquietud pasada, las cosas volvieron a su orden primero, recobrando la fiesta la turbada alegría. Los nuevos entrantes tomaron su lugar, según y conforme a su calidad y condición, logrando al fin la dueña Bermúdez el verse presidiendo la banda de aquellas palomas, no tan blandas y obedientes como ella quisiera.

El buen Antúnez, el usurero honrado, también fué de los entrados de antuvión, buscando medio, si no para hallar el perdido envoltorio, al menos para dar parte de todo a María, y conferir con ella qué artes podrían trazarse para recobrar cosa de tanto interés

s. El, pensando tan
ahincadamente en ello, manifestaba a los que le con-
ocieran su flaco,
cuánto esmero ponía aquel vampiro de la hacienda aj-
ena para ver
aprobadas sus cuentas, y que las diese su amo y señ-
or don Lope por de
buena data.

Así que, ganando un lugar y desliziéndose por aquí,
y pasando por acullá,
haciéndose el poste a veces, afirmándose otras, y s-
iempre mejorando de
puesto, ello es que al fin se puso a tiro silencios
o del objeto de su
viaje, término y blanco del correo perdido, la herm-
osa María. Esta, que
en algún intervalo se procuró tiempo para leer el b-
illete, ya se miraba
por él instruída de la venida de su amante a Algeci-
ras, y de cuán
próximamente habría de llegar oculto a la aldea. As-
í que al punto que el
perdidoso le habló de su desgracia, la morisca le c-
onsoló con la noticia
de que ya el papel estaba en sus propias manos, que
no fué menos que
volver el alma al cuerpo de aquel pobre y restañar
la herida por donde
sospechaba él que perdiera su hacienda, y con ella
la vida.

Ya iba el usurero, como quien por el sedal busca el
pez, a preguntar de
dónde vino el hallazgo del billete, para introducir
al punto la petición
de su bolsa perdida, sus papeles y apuntamientos: t-
al iba a preguntar,
cuando de pronto o como viniendo de los cercos huer-
tos, se dejaron oír
las puntadas más blandas y dulces, y el instrumento
más celestial que

aquellos habitantes habían oído; tal era la extrañeza y la dulzura de la música.

--Alto allá--dijo para sí el soldado--; esto que suena es arpa, y quien la toca, fuera de ser de los diestros, ha cursado mucho por los castillos y torres góticas de Alemania.

Entretanto, cesando de sonar sola y señera el arpa, sus tonos llegaron de nuevo a la fiesta, casados con las razones de esta.

BALADA

¡Ay de mí!
¡Ay de mí, dulce tesoro!
Por ti solo, a quien adoro,
dejo, sí,
gloria, lid, clarín sonoro.

El laurel,
el laurel de la victoria
no borró, no, nuestra historia,
ni amor fiel
nunca, nunca en mi memoria.

El azul,
el azul de bellos ojos
y la faz de albores rojos
a un gazul
no le curan sus enojos.

Que de allá,
que de allá región tan fría
con ilusa fantasía
volará
al jardín de Andalucía.

¡Ay, Dios!, quién;
¡Ay, Dios!, quién un sol no deja
por besar con blanda queja
de su bien
una mano por la reja.

Tú, clavel;
tú, clavel, con tus dos soles
me hallarás en tus crisoles,
el más fiel
de los nobles españoles.

Cuáles fueran los pensamientos y contrarias resoluciones que estos
acentos levantaron en los ya recelosos e inquietos
corazones de las
diversas personas del festejo, no es cosa que se su
jetaría a fácil
explicación: basta decir que María esperaba, que el
soldado reía, que
amenazaba Muley, que Gerif se inquietaba, el usurer
o temía, y que todos,
ya curiosos, no ansiaban por mejor cosa que ver con
los ojos aquella
persona que tan bien halagaba los oídos con su cant
o y su destreza.

Muchos se dispersaron diligentemente por ver quién
primero introduciría
aquel cantor en el festejo; pero aunque tantos corr
ieron y rondaron la
casa, fué vana toda diligencia, y así se volvieron
como habían ido.

Muley, disimulando el mal reprimido coraje que le h
ervía en el pecho,
venciéndose por aclarar sus sospechas, o reprimir l
as muestras de su
cólera, se acercó al estropeado ya medio sano, y en
voz baja le dijo:

--Mira, soldado; en todo lo que aquí se pasa hay al

go de oculto, que
conozco y no alcanzo: si yo me hubiera dejado ir a
la mano de mi enojo,
ya hubiera descendido el castigo, antes que la disc
reción mía quisiera
satisfacerse de las artes que aquí se juegan; pero
puesto que mi
discreción ha hablado, quiero oírte decirme qué men
sajes tienes con
Zaida, con María quise decir, y quién puede ser esa
persona que cantó
poco ha.

El soldado escuchó sin la menor turbación del mundo
hasta el fin el
razonamiento de Muley, y sin dar importancia ni a l
o que oyó, ni a lo
que él decía, respondió:

--María, como se llama (y no Zaida como tú la mal n
ombraste), es mi
bienhechora, y los agradecidos con los bienhechores
tenemos ciertas
obligaciones que no se pueden revelar. No sé, aunqu
e bien sospecho,
quién sea ese cantor que tanto te asusta; pero pues
to que tú hablaste de
discreción, yo la tengo bastante para no afirmar si
no aquello que no sé
ciertamente y sin duda alguna; mas siendo cierto qu
e entrambos somos
discretos, callémonos y soseguémonos, que, o yo me
equivoco mucho, o la
voz de ese cantor, de oírla hemos, no tan lejos y m
ás a orilla de
nosotros.

Y haciendo una breve pausa el soldado para dirigir
la vista hacia donde
aguzaba las orejas el gozque que al lado tenía, vol
viéndose con aire
maligno y de triunfo a Muley, que le miraba con dos

ascuas de vidrio que
no con dos ojos, le dijo a éste riéndose:

--Hele ahí--Muley.

Y todos revolvieron la vista hacia las puertas de los huertos, y vieron llegar airosa y sosegadamente, mitad de caballero y mitad de camino, al mancebo más bizarro que pintarse pueda la imaginación. El talle era galán, la estatura aventajada, el rostro hermoso, y con una gravedad en él, y tal autoridad en su frente, que bien mostraba, con todo de estar en sus floridos años, los cargos de cuenta que habría desempeñado. Una ropa corta de fino paño pasada por los hombros le cubría hasta la rodilla; las calzas eran a la francesa, que solían llamar de _Francisco I_, y las botas eran de gamito de Flandes: todo mostraba que venía del lado allá de Europa, y cuando no, bastaría a certificarlo su arpa pequeña que traía en la mano, y ayudando a sostenerla por los hombros con una banda encarnada.

--Caballeros y doncellas--dijo--: no os parecerá de escortesía que un pasajero, que a la dicha camina por aquí, haya osado o turbar vuestro regocijo con su presencia; pero bien se podrá perdonar a un español que vuelve de tierras extrañas el deseo de gozarse en los festejos de los suyos, y mucha nobleza me muestra este aparato para que no confíe hallar agasajo en vuestra cortesanía.

--Caballero--le replicó el anciano Gerif--, seáis e

l bienvenido; y
puesto que nos honramos con vuestra persona, bien o
s podéis regocijar en
este concurso cuanto cumpla al gusto vuestro, pues
el valor de vuestra
persona nos paga colmadamente favor tan corto.

Muley hubo de reportarse de nuevo con la hospitalid
ad concedida por el
tío al incógnito pasajero, y rabioso y despechado c
uanto más se veía
obligado al disimulo, se derribó otra vez sobre el
arrimo de las
columnas, atalayando como un neblí desde el cielo c
uanto pasaba en
derredor suyo.

Nuevo y mayor aliento tomó el festejo con la llegad
a del caballero,
necesitándose de la turbación agradable de los sone
s de los acentos y de
la blanda algazara del festejo para que María pudie
se esconder, bajo la
fuerza del disimulo, las más contrariadas impresion
es que probaba en
aquel punto. Ella, clavando los suyos en el entrado
, no hacía sino
seguir el corriente de cuantos hermosos ojos había
en el concurso, que
unos por curiosidad y otros por afición, todos se f
ijaban en el
caballero; pero María miraba en él algo más que no
un viajero vulgar.

La banda roja que sujetaba el arpa y un anillo que
le vió brillar en la
sinistra mano, le bastara a probar que tenía delan
te a don Lope, si
ella ya con su vista no hubiera recogido aquella ga
lana figura, para
conferirla con el retrato que llevaba en su corazón
, sacando de todo en

claro que quien se hallaba delante era verdaderamente su antiguo y fiel amante, tantas veces pregonado por la fama en Italia y Alemania, y tan altamente estimado por el emperador Carlos V. Para mayor placer suyo, pues ya sin duda alguna estaba bien segura de quién era, hubo de oírle las endechas siguientes, que al mismo son del arpa cantó el caballero, vencido de tanto encarecimiento como se le hacía.

ENDECHAS

Galán que te marchas,
por muerto te cuenta,
que amores ausentes
no hay cosa más muerta.

Son, sí, los amantes
una vida entera,
dos cuerpos y un alma
que un nudo los sella.

Pero en los dos ellos
hay tal diferencia,
que muere el que es ido
y vive el que queda.

Acaso el estante,
porque bien parezca
duelos por tres días
al ido celebra.

El lienzo a los ojos
acerca o aleja,
mojado por ellos
en llanto de fuerza.

Por cumplir se viste
las tocas más negras,

tocas que al domingo
en galas se truecan.

Memorias pasadas
se van como niebla,
finezas del día
sol es que penetra.

Y airoso mancebo
que el coso pasea,
y tercia la capa
y ronda la reja.

Terceras mediando
(mal hayan terceras)
los ganados juro
del ausente hereda.

Las glorias presentes
el olvido engendran,
fabrican mudanzas
las nuevas ternezas.

Y en tanto el ausente
gime, llora y pena,
y en acento triste
cantando se queja:
_Mal haya quien fía
en mujer que queda._

La intención que el cantor dió a los últimos versos
fué tan ahincada, el
acento tan blando y las circunstancias tan claras,
que María, sin estar
más en sí, dejó asomar a sus ojos las lágrimas más
tiernas y de más amor
y ternura; pero acaso al volver la cabeza, y al enc
ontrar la airada
vista de Muley, que ni un átomo perdía del canto ni
de las lágrimas, fué
tal el susto que sobrecogió a la ya tan combatida a
mante, que temerosa y

confundida se sintió tomar de tan cruel desmayo, que apenas tuvo tiempo de dejarse caer en los brazos de las doncellas que alrededor estaban.

De un salto se hubiera puesto a los pies de la hermosa el rendido caballero, si su voluntad no hubiera impedido un brazo vigoroso que le sujetó, así como sucedió el desmayo, y se preparaba para acercarse a la desmayada.

--¿Quién sois vos?--gritó con voz de tigre Muley--.
¿Quién sois vos para venir a turbar los festejos de la gente principal, y poner asechanzas a las esposas de quien vale más que vos?

--¿Quién ha de ser--dijo el usurero, que conociendo a su amo quería así ganarle sagazmente el ánimo--, quien ha de ser, sino el noble caballero don Lope Zúñiga Dávalos Guzmán y Pacheco, heredero ricamente en estos contornos, señor de las villas de Alchor y Ferreyra, Merino que fué de la Reina, paje del Rey, comandante de tu tercio, querido del Emperador, y... no se oyó más; pues Muley, con un bote que tiró a don Lope, principió el estruendo más espantoso.

Don Lope, que verse sujetado, apostrofado, desasirse, tirarse a fuera y poner una daga en la mano, todo fué uno, no hubiera escapado de alguna grave herida del furioso golpe de Muley, a no llevar vestido bajo la ropa un fuerte jaco milanés. Reparado así tal golpe, la revuelta comenzó encendidamente, pues los moriscos a una voz decían:

--_Favor a nuestro príncipe Muley, muerte a los castellanos._

Don Lope, aunque sin espada, manejaba la daga tan viva y diestramente, que en derredor de su persona parecía haber abierto ancho foso en cuanto alcanzaba su brazo armado, que le ponía a cubierto de los más briosos; pero el furor de Muley le estrechaba mucho, y su peligro crecía a cada instante. Los cristianos viejos que allí se encontraban, prevenidos por la mano y no dispuestos para tal revuelta, apenas podían desembarazarse de la multitud morisca, y de la estrechez del lugar. En esto, que todo fué obrar en un átomo de tiempo, se oyó la voz del soldado, que dijo:

--Hermano Cigarral, la curación que principió María, conclúyala el peligro de mi amo y señor.

Y decir esto, y arrojarle de sobre las muletas, y despejarse con la una mano este ojo enfermizo, y garfiarse con la otra, y arrojar aquel negro parche, y tirar por el caballete de la una muleta, y sacar una terrible espada, y tirar del otro palo, y repetir otro igual acero, fué cosa hecha antes que vista.

--En vuestra ayuda soy, y a vuestro lado me tenéis, don Lope--dijo el soldado--; acordémonos de Pormán y cierra España.

Con esto, y por esto, aquellos que parecían miembros tan doblados,

enrevesados y encogidos, mostraron tal elasticidad y vigor, que abriéndose calle el soldado con tanto desenfado como bizarría, revuelta una capa al brazo se le vió, sin saber cómo, al lado del valiente caballero, ya armado éste con una de aquellas espadas de máquina que sacó el soldado.

Era de ver, en tanto, la confusa gritería, las lástimas de las mujeres, los parasismos de éstas, los ruegos de aquéllas y los llantos y aflicciones de todas. Cuáles caían, cuáles se apresuraban por coger a hurto las puertas, buscando seguridad en la fuga, y cuáles, éstas eran las más principales, formando corro alrededor de María, manifestaban querer dividir una suerte común, rogando a unos y suplicando a otros que difiriesen para otro caso tanto encono y tanta pelea.

Dos espadas tan diestra y poderosamente manejadas pronto ladearon la victoria a la banda cristiana. Muley, a despecho de todos, contenía a los suyos, reparándose y mejorándose como más a cuento podía; pero un enemigo, con quien no contaba, le puso a la merced de sus contrarios. El pícaro gozque, como si entendiese el peligro en que se encontraban los suyos, o porque estuviese adiestrado también para jugar tales piezas, ello es que desde el comienzo de la danza no se entretenía sino en pasar y repasar, enredar y tropezarse entre los pies de los moriscos, derribando a muchos, embarazando a no pocos y procu

rando al fin la
prisión de Muley, pues atravesándose muy al propósi
to a las espaldas del
moro, cuando éste rompía en retirada, se enredó mis
erablemente y cayó en
tierra, sin más poderse recuperar. Todos cargaron s
obre él; pero las
espadas de sus dos contrarios, ya amigables custodi
os, le libertaron de
todo insulto.

--Levantaos--le dijo don Lope.

--No hará tal--replicó el alcalde--sino para entreg
arse a merced de la
justicia, tanto y más cuanto que corren voces de ve
nir don Fernando
Muley de las costas de Berbería.

El Gerif, a cuyo desplacer tuvo principio tan grand
e revuelta, y que por
más demostraciones que hizo no pudo apaciguarla, qu
iso interponer su
respeto para excusar de la prisión a su sobrino; pe
ro todo fué en balde,
pues las sospechas de que andaban en tratos de rebe
lión, y apellidarle
Príncipe durante la refriega, eran capítulos de no
fácil enmienda. Sin
embargo, la autoridad de don Lope alcanzó el que Mu
ley asistiese como
prisión en la propia casa del alcalde, mientras él
acallaba los unos y
podía prestar favor a los otros.

Hecha cata y cala de los botes, fendientes, estocad
as, tajos y mandobles
de la revuelta, resultó como casi siempre, ser mayo
r la salva que el
provecho; quiero decir que todo se redujo a no much
os levantes de
espadas y a cuatro abolladuras de cabeza. El miedo

de ofender a las
mujeres no permitía a los combatientes herir con el
acierto que hubieran
empleado a medirse cuerpo a cuerpo y en campo raso.
Sin embargo de
ello, se dejaban sentir unos lamentos tan tristes,
que todo el mundo
creyó haber acontecido mayor desgracia; pero tales
duelos y lastimerías
no eran más que los sollozos de la Bermúdez y los g
ritos del usurero: de
aquélla, por otras tocas que acababa de perder, y d
e éste, por mirarse
roto y manchado en todas las galas.

CAPITULO IV

Era la misma hora, era el propio lugar y frontero a
l puente aquel roto,
debajo de los hermosos nogales y al lado mismo de a
quella fuente clara,
se miraba un hombre sentado, pero de muy distinta t
raza a la del mendigo
ciego y lisiado con quien nos comunicamos en conoci
miento al comienzo de
esta historia.

Este personaje, muy al contrario, parecía gozar de
la mejor agilidad de
sus miembros, se hallaba en lo más duro y viril de
los años, que no
llegaban a los cuarenta, y con muestras tales de ro
bustez y fuerzas, que
si causara empacho viéndole saltar y defender delan
te de uno algún
puesto o calle, en trueque haría el más confiado de
l mundo a quien lo
trajese consigo y mirase al lado.

Unas calzas de gamuza muy traídas y llevadas, aunque todavía de buen servicio, le tomaban aquellas piernas, antes tan de rúbrica y garabato; unos follados de colores se sujetaban a una veste soldadesca, que llegaba en medias mangas a la mitad del brazo, tomadas las vueltas anchas con colorado tabí. La veste se cerraba sobre un colete fuerte y robusto, que abultando algún tanto las espaldas, concluía en la misma muñeca defendiendo el brazo. Una valona azul, si no erizada, al menos con mucho engrudo, le encanutaba el cuello; y un sombrero campanudo de copa, galán con plumas, ancho de faldas, y éstas tomadas por delante con cuatro puntos de sirgo dorado, ponían cabo y fin a la tal figura. Estupenda filisberta toledana, tenía entre las rodillas, apoyándose las manos en ella, una daga flamenca le parecía en la cintura, y en su traza picaril y en su catadura aviesa y maligna, cualquiera le juzgara de la genealogía y linaje de los famosos Rinconete y Cortadillo.

Sentado como se hallaba, así y en media voz, y ésta ronquilla, y más asomada a lo bronco que a lo apacible, se entretenía cantando de esta manera:

MORETO

Nací muy pobre,
¡oh qué dolor!
Bien, pobre aun soy,

mas esto es hoy
mañana no.

Que quien desprecia,
¡viva el valor!,
en lid la muerte,
al fin la suerte
lo coronó.

Lid haya y guerra
sí, ¡vive Dios!,
bien corra el dado,
y de soldado
a conde iré.

Navarro y otros,
¡son más de dos!,
soldados fueron,
por do subieron
yo subiré.

Mi Rey D. Carlos
¡entre en París!
y Dios y él solo
de polo a polo
han de reinar.

Y por premiarnos,
¡grano de anís!,
tal bizarría
ya Dios envía
de orbes un par.

Capitán tente,
¡bravo español!,
Pizarro aguarda
que una alabarda
falta al Perú.

Que lo que vale,
¡o miente el sol!,
un pica bravo,

¡oh insigne cabo!,
lo sabes tú.

Iré a esas tierras.
¡vamos allá!,
me haré de oro,
de algún rey moro
que venceré

O para colmo
¡gusto será!
de suerte tanta,
con una infanta
me casaré.

Tendré esclavillos,
¡ah!, ¡ah!, lá, lá,
rubís, topacios,
cuatro palacios
y un gran confín.

Y señor noble
¡lará, lará!
con mayorazgo,
de algún hartazgo
moriré al fin.

Al darle a tales coplas, cantadas, como suele decir se, a palo seco, sin compás ni ayuda de instrumento alguno, y sólo con la buena o mala compañía de su áspera garganta, hele ahí que asoma por alto de la senda un galán y sobremanera bizarro caballero, que siendo el mismo que la pasada noche se presentó en fiesta, todavía se ostentaba ahora con todos los arreos de galas, plumas y argentería convenientes a la gentileza y calidad de don Lope de Zúñiga.

El ciego con vista y lisiado sin manquedad, ahora n

uevamente restaurado
en todo el valor de sus piernas y bien corregido y
enmendado en el
desembarazo de sus miembros, así como vió llegar al
caballero,
destocándose el sombrero y ahinojándose reverenteme
nte, le comenzó a
decir:

--Perdón, perdón, y mil veces piedad para el buen M
ateo del Cigarral,
soldado pica que fué de la compañía de Francisco Ca
rvajal en Italia,
arcabucero después en el tercio de Zamudio, y despu
és continuo de la
ilustre persona del ilustrísimo caballero don Lope
de Zúñiga. Yo me
confieso, señor, que sin enmienda a los pasados yer
ros cobré a vuestra
orden los cien ducados en Gante del burgués Guillel
mo Goffren:
confiésome asimismo que sin mandato, ni contraseña
de maese de campo,
ni otro superior, con más arrojo que discreción los
puse a lidiar,
usurpando el título que no tenía de señor de ellos,
en aquel negro
negociado de palo y pinta. Confiésome (y es la peor
confesión), que no
embargante mi pericia y consumada experiencia, fuí
roto, vencido y dado
tan a merced, que a no ser por un real de a ocho qu
e me dieron de
barato, sabe Dios lo que fuera de mi estómago, quie
ro decir de mi
persona. ¿Cómo, señor, después de tan infeliz jorna
da volveros a
presentar mi pecadora catadura? ¿Cómo llevaros a ju
icio mi conciencia
tan sucia, como limpias y escuetas las guarduñas man
os? Llorando mi
desgracia, recordando mis muchos merecimientos, ten

iendo los galardones
atrasados, doliéndome de los golpes futuros y despi
diéndome en mente no
sólo de vos, sino de aquellos cautivos cien ducados
, tan llorados como
perdidos, resolví volverme para España y buscar par
tido en esas
aventuras de las Indias.

No pagar feudo a mesones y hosterías, no siendo tan
devoto para romero,
y sospechando que mi vestido de soldadesca me reclu
tase a fuerza viva
para esas banderas de Italia, resolví cobijarme uno
de tantos disfraces
como aprendí y estudié con la noble caballería de l
a industria. Largas
han sido mis peregrinaciones, aventuras curiosas me
han asaltado, y con
ellas os entretendré las horas de camino o los ocio
s de viaje, éstos por
mar o aquéllas por tierra, si es que merezco por mi
atrición y
contrición _timore et tremore_, volver a tomar asie
nto en su servicio y
asistir cercano a su ilustre persona. Siempre cuent
o, con buena justicia
y equidad, que en contraria balanza de estos pecadi
llos y deslices, se
me pondrán en cuenta y data, no los servicios de so
ldado, pues para
premiar vos no sois Emperador, sino mi buen ingenio
en el tiempo que os
serví, la grata voluntad que siempre os tuve y tant
as cuchilladas como
dí a vuestro lado en diversas ocasiones. No os carg
o nada ni aprecio en
pizca los últimos cintarazos de anoche, pues la sal
ud que cobré
inopinadamente y la curación que se operó en mi lis
iadura, las tomo y
apunto por buena, legítima y muy sobrada solvencia.

¡Quién sabe dónde hubieran ido los dislates, burlas
y taravillas del
soldado Moyano del Cigarral, si D. Lope no le hubie
se levantado con el
mayor afecto, abrazándole y conmenzándole a hablar
de sus pasadas
peregrinaciones y aventuras!

En suma de cuento, ello es que D. Lope le endonó y
perdonó a Cigarral
las atrasadas trabacuentas, inclusive los cien duca
dos del burgués
Goffren, lidiados y vencidos en el negro negociado
de palo y pinta,
concluyendo aquella ceremonia con que la buena maul
a entrase de nuevo al
servicio de D. Lope.

Cigarral le añadió a éste por qué sucesos, caminand
o para Sevilla en
busca de flota para el Perú y en lenguas de su capi
tán Carvajal, había
llegado a aquella aldea, donde su disfraz mendigant
e, moviendo la
piadosa condición de María, dilató de un día a otro
día su peregrinación
hasta aquel trance.

--No dudando yo--proseguía el soldado--, sirviéndom
e de disculpa para
este mal pensamiento los sucesos ahora acontecidos,
y sin que sea visto
agraviar en un tilde la caridad de María, que para
las obras pías
dispensadas al lisiado Cigarral han intervenido y v
alido en mucho los
merecimientos de D. Lope de Zúñiga, porque os hago
saber, señor, que
allá relatando, aquí mintiendo, y siempre alterando
la verdad, como hace

todo viajante, acerté a nombrar en una de tantas no
velas vuestro
apellido y condición, y no hay duda que desde enton
ces merecí más
atención y agasajo, si no digo mayor caridad y limo
sna, de esa
hermosísima señora de vuestros pensamientos.

Luengo espacio confirieron los antes conocidos y ah
ora nuevamente
confirmados amo y escudero, sobre los medios de pon
er en práctica una
entrevista con María, ya indudablemente celada, y m
uy de cerca puesta en
custodia por Gerif, su tío, desde los sucesos de la
noche.

La historia puesta ya en este punto, no será fuera
de propósito advertir
qué circunstancias había, y qué pensamientos animab
an a los más
principales de estos nuestros personajes.

Don Lope, alcanzada licencia del Emperador para enl
azarse con la ilustre
cuanto hermosa doña María de Granada, así como lleg
ó en las galeras de
Leiva y tomó tierra de España, no pensó sino en ser
él mismo mensajero
de tan agradables nuevas; y con poco séquito e infi
nitas esperanzas
quiso llegar lo más luego a la aldea donde sabía as
istir la amada suya.

Receloso de que el odio altivo de aquella familia d
estronada le burlase
sus anhelos y su amor, había querido interesar en t
odo al Emperador,
quien, por su parte, miraba con placer aquellos enl
aces que pudieran
apartar de toda revuelta a los renuevos de los Gran
adas.

Los moriscos, siempre fija la vista en su independencia y su venganza,
no apartaban su cariño de aquella familia que por tantos años había
sostenido en España el vacilante poder de los árabes haciendo de Granada
la ciudad más hermosa del mundo. El descontento de la nación vencida
tuvo sus intercadencias según y como que la política de la Corte los
halagaba o los oprimía; pero siempre es cierto que mal avenidos con la
religión que habían abrazado a la fuerza, sentidos con las fardas y
gabelas con que eran pechados, ofendidos de las ordenanzas que les
pregonaban, y rabiosos con la altivez de los vencedores, no esperaban
sino ocasión adecuada para revolverse, tentando para ello los vecinos
reinos de Africa, y el nuevo y formidable poder que desde Constantinopla
amenazaba a toda la cristiandad.

Gerif, que alcanzó en pie en sus años primeros el señorío de la
Alhambra, no podía separar de su memoria aquel esplendor pasado, como ni
de su alma la afición más vehemente por su nación desgraciada, mirando
gustoso por lo mismo las revueltas que tramaba su sobriño Muley.

María temblaba con tales apariencias, pues su madre, que tomó el agua
del bautismo de aquel Arzobispo de Granada a quien por alabanza llamaron
el Santo los moriscos, imprimió a su hija el más tierno apego a la
religión cristiana. Empeñada en los amores de D. Lope, y éste, ausente

con el Emperador en la jornada de Alemania, vivía h
uérfana, lejos de los
palacios de Granada, alegrando con su presencia los
cansados ojos del
anciano Gerif.

Muley, prendado de las gracias de su prima, él mism
o se la había
destinado y nombrado de antemano para premio de sus
anhelos y corona de
su trabajo desde que diese el grito de independenci
a, conociendo al
mismo tiempo que nada podría ejecutar más bien vist
o como este enlace
para aficionarse más y más las voluntades de sus mo
riscos.

Gerif, aunque de intento no apremiaba en nada a Mar
ía por los amores de
Muley, con todo ello bien la demostraba el placer q
ue habría viendo así
unidos los últimos vástagos de los Granadas, como d
ecían los cristianos,
o de los Benezeritas, según los genealogistas árabe
s.

Don Lope, sospechando por lo menos alguna de tan ca
pitales asechanzas,
ardía por verse con María para pintarle más vivamen
te lo que sólo apuntó
en el billete que llegó a sus blanquísimas manos po
r los peregrinos
medios que ya hemos relatado.

Estos y otros iguales pensamientos, ni más lisonjer
os ni menos
recelosos, pasaban por la mente del caballero mance
bo, durante el
coloquio de Cigarral, lo cual leído por la sagacida
d escuderil de éste,
sin más tardar le habló a su amo de esta manera:

--Por cierto, señor, que muy mucho agraviáis mi alta capacidad, y en bien poco tenéis mi ingenioso magín, si así os inquietáis por tan poca cosa; dejad penas y sabed que en manos está el son que sabrán a buen tiempo coger el compás. María pasa cotidianamente y a esta hora por este mismo sitio, viniendo de los huertos que para su recreo tiene Gerif en esas quiebras del valle. Si, como es presumible, viendo enemigos en campaña, Gerif resuelve estar a la defensiva sin desamparar muy mucho los muros de su casa, ya tiene encima corredores que le batan la estrada muy de cerca; y si temeroso y cauto en demasía, ha determinado levantar puentes y rastrillos y declararse en asedio formal, ya le he escurrido entre los propios suyos tal espía, que muy presto nos informará de todo movimiento enemigo. El mancebillo Mercado, muchacho despabilado y despierto, avizora las rejas de María, y mi gozque, que lleva delantera en esto de avisado, se encuentra en este propio instante donde vos querriais hallaros, esto es, ante los ojos de la muy alta y muy ilustre señora doña María de la Granada, otorgada esposa de ... pero _hele, hele por do viene_ nuestro mensajero el gozque, que nos dará lenguas de todo.

A más andar, corriendo y escarceando, llegó el adiestrado y entendido perro, trayendo entre sus dientes un listón de ciertos colores misteriosos. Amor y cita, y cita a la media noche, dijo Cigarral, si no me mienten estos jeroglíficos amorosos; y diciendo

esto, tomando con
maligna reverencia de boca del gozque aquel billete
no escrito, le puso
en manos de don Lope, quien no reparó o quiso no re
parar en las
socarronerías de aquella buena maula, ansiando por
ver la noche rayar en
lo más alto de su carrera.

Eran las doce, y cercanos a las tapias de un jardín
dilatado se miraban
dos hombres silenciosamente inmóviles y los rostros
cubiertos con
misteriosos embozos. Un _can_, asentado tan callada
mente como si
entendiese la alta ocasión en que se encontraba, av
izoraba las celosías
de una reja, y el sosiego era tanto, que se percibí
an desprenderse las
hojas de los árboles, que derramándose de rama en r
ama se arrastraban
someramente por el suelo al blando céfiro del otoño
.

En esto se oyeron gritar blanda y prolongadamente l
os quicios
indiscretos de la ventana, y María apareció tras de
la reja, teniendo al
punto cerca de sí a su enamorado amante.

Si no hay pluma tan rápida que pueda seguir con su
vuelo la elocuencia
animada de un coloquio amoroso, menos contento qued
ara de su intento
todavía si ensayara repetir punto por punto las pri
meras razones de dos
amantes, que separados por largos días, de pronto s
e ven juntos por uno
de tantos caprichos como tiene la fortuna; pues lo
sentido de las
quejas, pues el fuego de las razones, pues la infle
xión de la voz, y la

turbación, y el placer, y el desenojo, y los éxtasis y mil y mil otras
nonadas tan fugaces como deliciosas, más bien son para imaginadas y
sentidas que para concebirse y explicarse.

Al fin, desahogados con tales pláticas algunos de los suspiros que a
entrambos pechos oprimían, y desanudados con el gusto algunos de los
suspiros engendrados en tanta ausencia, la hermosa morisca, oyendo los
intentos de su amante y pesando en contrarias balanzas lo que pedía el
amor con la situación de don Lope y la ilustre condición suya, así le
dijo:

--No os podré encarecer bastante, señor y esposo mío (pues tal
nombre me lo sugiere el amor y lo merecen vuestras finezas), no os podré
encarecer, repito, en cuánto os estimo tanta constancia y tanta
demostración galante y fina de vuestra voluntad; basta deciros que si el
amor no os hubiese ya dado, y tanto tiempo ha, toda la posesión de mi
albedrío, el agradecimiento sólo pudiera ser que me obligase para
abrir las puertas del alma mía; mas puesto que mi afición toda es por
amor, bueno será que lo debáis a éste antes que a otro cualquiera
sentimiento, que siendo aquél el más poderoso de los hijos del corazón,
a él obedecen todos, y todos los hermanos siguen ciegamente los fallos
de su voluntad.

Bien sabe mi Dios con cuánto gusto, obedeciendo la vuestra, que no es

otra que la mía, y siguiendo el mandato del Emperador, desde mañana os daría la mano de esposa aun en la estrechez de esta aldea; pero don Lope, padre tenéis, y lo que el Rey manda bueno es que sea con asentimiento de los que tienen natural y necesaria autoridad sobre nosotros. No os ocultaré cuánto me disgusta dejaros de obedecer en esto, por lo mismo que sé cuánto riesgo corremos de naufragar en nuestras esperanzas. El desdén con que los castellanos comienzan a mirar a los de la nación mía, y principalmente vosotros los hidalgos, cosa es tan dura, que hace temblar de rabia al menor de los vencidos, y de noble furor a la familia de los reyes. Si otra de menor condición que la mía pudiera contentarse con ser admitida fríamente en linaje como el vuestro, lo que debo a mis padres y el respeto que me tengo, me imponen la triste obligación de rehusar cualquier alianza en que el orgullo castellano crea únicamente dar una piadosa hospitalidad a la nieta de los reyes de Granada.

Partid, don Lope, a vuestro palacio; alcanzad licencia de vuestro padre; sepa yo que en mí querrá abrazar una hija y no mirar de reojo a la esposa de su hijo; volved tan amante como ahora os mostráis, y vuestro gusto y el mío se cumplirán colmadamente sabiendo que ni fuerzas humanas podrán arrancar vuestra imagen del pecho mío durante tal ausencia, y que ni el orbe entero me evitará un monasterio si el ser

quien soy me obliga a rehusar el amor vuestro.

A estas palabras y a las ideas que ellas resucitaban en su alma, la hermosa morisca no pudo detener el llanto, y, aplicando en sus ojos un blanco lienzo, se entregó por algunos instantes a lo más acerbo del dolor.

En esto el gozque, alzando las orejas en ademán de inquietud, comenzó a murmurar mirando hacia un cabo de las tapias, y a la luz de cierta lámpara que ardía delante de una imagen apartada, se dibujó la negra sombra de un bulto que observaba el jardín y la reja, y que viendo ocupada la calle torció otro camino sin aguardar a ser alcanzado por los pasos diligentes, si bien silenciosos, de Cigarral.

No estaban ociosos en tanto los ruegos del amante, ni sus lágrimas escaseaban, ni sus encarecimientos disminuían; pero por más que representó don Lope el peligro de que fuese ella importunada por Muley, suplicada por Gerif y obligada por todos a cosa que aguase las esperanzas de entrambos, con todo, pudieron más en María las imaginaciones de ser mirada con menos valer que debiera por parte del padre de su amante y de su linaje orgulloso.

Obligados al fin a separarse, los amantes aseguraron sus promesas, poniendo al cielo por testigo de sus juramentos santos, quedando María en aguardar y resistir, y don Lope en alcanzar de s

u padre y volver
antes de mucho a poner fin a tantas inquietudes y a
flicciones.

Amaneció un día turbio y revuelto como ya del coraz
ón del otoño, y don
Lope disponía su viaje para aquella misma tarde. Un
guía debiera bajarle
a Marbella, para desde allí tomar una fusta y remar
hasta Motril, y
luego caminar a Granada, huyendo así lo más posible
de los abanderizados
monfiis, que eran salteadores moriscos. Entre esta
ocupación y los
pensamientos de amor dividía sus imaginaciones, cua
ndo entrando Cigarral
le dijo:

--Tomad, señor, este papel, que Mercado os trae de
la parte de Muley, el
aprisionado en casa del alcalde.

Don Lope, abriéndolo, leyó de esta manera:

"_Un príncipe de Granada a un castellano_: Si mi pa
labra y mi honra no
me hubieran tenido preso donde mis manos no podían
vengar mis injurias,
anoche mismo hubiera bañado con tu sangre las rejas
de María.

"Yo quiero, o probar tu hierro de Flandes, o hacert
e probar mi acero de
Damasco; mas para ello tú solo puedes procurarnos t
al placer sacándome
hoy mismo al fiado de esta prisión, cosa por cierto
fácil a tu
autoridad. Quiero vengarme con todo ese aparato que
vosotros, menos
sentidos y más artificiosos que nosotros, llamáis g
enerosidad y
caballería.

"Para inflamar tu cólera te diré que a despecho del mundo tu amada será mi esposa; pero esto es poco para un árabe si no ve el color de la sangre de su rival. A la tarde espero estar libre y al anochecer verme contigo a la ribera opuesta del puente entre los árboles del bosque.--_Muley._"

Aun todavía D. Lope no había segundado la lectura del enfurecido billete, cuando entró de nuevo el soldado diciendo:

--Día es de postas y correos: mi gozque, que ha corrido el campo, ya a esta hora trae este billete, que si no es de María, deberá ser de algún pintor, pues ni el famoso Lucas, ni Iciar, ni otro alguno de los de la péndola hará ni más ni bien asentada letra, ni más delicados perfiles.

Confuso y turbado D. Lope rompió la nema, y vió que así decía el papel:

"Lo que anoche mismo os negaba, hoy os lo suplica encarecidamente María. No sólo me quieren apartar de vos, sino de esta mi tierra querida de España, llevándome a esas costas de Africa. Muley con los suyos me arrancará esta noche de los brazos de mi tío, quien no podrá o no querrá oponerse a tal violencia por amor a Muley y al ahinco con que desea conservar los derechos de nuestra familia. Dos galeazas tunecinas esperan para esta facción y rondan en los ancones de la playa.

"Aunque de vos me ayude para desviar de mí riesgos tan grandes, sólo será para que me dejéis en un monasterio, el más a mano, hasta que de vuelta de Granada o me saquéis de él para ser vuestra, o me dejéis allí para ser de Dios.

"Al principiar la noche me aguardaréis cerca del puente, y todo pronto para acercarnos a parte de que no perdamos valor.--
María."

Perdido de cólera don Lope, y entre los dos terribles escollos de la honra y del amor, revolvía en su alma mil medios para poder asistir al desafío de Muley y amparar los miedos tan bien fundados de su señora. Resuelto al fin, llama a su escudero y le presenta el estado de las cosas.

Cigarral, que no se turbara ni por venir rodando de una torre abajo, le dijo:

--Todo es no nada y asunto ninguno. Aunque mejor fuera poder sacar de esta aldea seis o cuatro buenos arcabuceros, la gente cristiana de ella es tan poco belicosa, que sólo el Boticario es quien maneja cosa de guerra, y eso son las espátulas; pero vuestros dos criados parecen gente de punta; a ella agregaremos ese muchacho, Mercado, que más talle tiene de paje ahora y luego de alférez, que no de andar entre badajos y candelillas, y con estos tres y nosotros dos bien podemos desafiar a

veinte. El camino de aquí a Ronda es corto, la priesa que nos daremos mucha, y si vos os tomáis el cargo de abrir un par de puntos a la cabeza medio bautizada de Muley, después mientras se emparcha y acuden los suyos, ya nosotros estaremos en salvo puerto, a no ser que encomendéis a la punta de vuestra espada visite bien visitado el pecho de ese jayán, y lo dejéis, y esto sería lo mejor, de manera que no piense en moverse de aquí hasta el día del juicio.

La planta de la empresa resuelta, pizca más pizca menos, de esta manera, don Lope cuidó de que Muley pudiese estar en libertad al momento preciso, y su confidente y escudero fué para armar a Mercado, alicionar a los criados y tenerlo todo a punto, como experimentado maese de campo.

La tarde se cerró temerosamente en lluvias y ventisca, tomándola por la mano así antes de tiempo las sombras de la noche. Las nubes aglomeradas y empinándose en las cumbres, levantaban unas como montañas cenicientas que juntaban la tierra con el cielo, resaltando más y más aquel color pálido con otras nubes espantosas que volaban inciertamente por la agitada atmósfera. Las crecientes de las sierras se despeñaban por las quiebras desesperadamente, convirtiendo en mar el río que caminaba por aquellas hondas negruras del Tajo, donde y en lo más alto se alzaba el puente destruído. El mugir de aquel abismo llegaba a los oídos sobre todo el formidable estruendo que revolvía entonces

la naturaleza, cual
el rugido del león, venciendo poderosamente el aullido de las otras fieras, él sólo hiela y desmaya más al extraviado caminante.

Tímida María, dejaba entonces los umbrales de su casa, encaminándose hacia el sitio de la cita, y tres veces tuvo que arrancarse de ellos con toda la fuerza de su alma: tal repugnancia probaba y oculto horror al emprender aquella aventura. Al fin, animada y más resuelta con el peligro de verse arrebatada al Africa, y allí mirar se combatida ferozmente en su amor y en su religión, se arrancó del querido hogar y atravesó los jardines y huertos, llena de amargura y zozobras.

La tempestad aumentaba, y María iba entre la obscuridad y los árboles hacia el puente destruido, asustada con mil imágenes y fantasmas.

Para colmo de amargura, no tardó en sentirse seguida del anciano Gerif, quien receloso de alguna resolución peligrosa, pues ya conocía cuán a disgusto de María era el emprender la fuga al Africa, no apartaba los ojos de ella. Por lo mismo, así como ella salió por los jardines, no iba Gerif lejos de sus huellas.

El desgraciado anciano, que fiaba en su sobrina hermosa la dicha de los breves días que le quedaban sobre la tierra, no acertaba a vivir sin ella ni un solo instante. Arrastrado más que no vencido por las

furias de Muley, ya se arrepentía de haber dado por su culpa razón a María para creerse arrebatada de España. El desvalido anciano, ora aquí, ora allá, pensaba ver los blancos velos de su sobrina revolar entre las sombras, y entonces, alzando su desmayada voz, la decía:

--No me huyas, mi Zaida; no me huyas, mi María (pues yo te daré el hombre que tú mejor escojas). ¡Por qué huir así de tu viejo tío! ¡Quién me acertara a predecir este tan amargo trance! Cuando sola y huérfana quedaste, yo fuí tu apoyo, yo tu amorosa madre, y a hora, que me ves anciano y desvalido, escoges este momento para dejarme; húndeme antes en el sepulcro, y luego vete, que así cumpliendo antes conmigo, podrás cumplir mejor y a salvo con el gusto tuyo. ¡Con el gusto tuyo, que bien quiera Dios no convertírtelo en amargo acíbar! ¡Quién te ha dicho que esos castellanos mirarán nunca con amor a la sangremora? Deja, deja que ese que te me roba conozca el hastío de amarte, y pronto encontrarás los desdenes del señor. ¿Y cómo piensas tú que los suyos te tratarán? El menor de ellos piensa hombrearse con los reyes. Mira, mira lo que pasa en todo el mundo; cada castellano es un rey, y buscan otros mundos antes desconocidos para mandar y esclavizar. ¡Ay, si tú hubieras visto los tuyos reinando en la Alhambra, con cuánto desdén no mirarías ese amante, esos hidalgos!... ¡Ay, si tú los vieras a los castellanos matando los tuyos, ultrajando los tuyos, y llenos de sangre ins

ultar nuestros
palacios y nuestras mujeres!!! Pero no me huyas, María. Ya ves cómo te
llamo cual tú lo quieres; no me huyas, María; tú tan piadosa para los
extraños, ¿serás dura sólo para los tuyos, y guardarás la más inaudita
crueldad para tu tío, para quien fué tu apoyo y amorosa madre? Pues esto
último quiero repetírtelo.

La menor de estas razones destrozaban los más íntimos secretos del
blando pecho de la infeliz María: derramaba lágrimas, y caminaba,
lloraba y corría hacia el puente, asustada siempre por la fuga al
Africa, y por el horror de la apostasía.

Gerif, que arrastrando y volando (pues estos nombres encontrados
merecían sus desiguales pasos), habiendo mejorado a algún tanto su
carrera, alcanzó por dicha a ver más distintamente a la fugitiva
sobrina.

--No me huyas--la repetía--, no me huyas, y dame tu brazo para
sostenerme, pues de cansado me desmayo, y no acierto a dar un paso. Ven,
ven, mi María, yo te libraré de que te arrebaten para el Africa; si tú
tienes tanto apego a esta tierra infeliz, también; ay! yo le tengo por
mi mal. Ven, ven, María, yo te daré todo gusto fuera de separarme de ti;
yo quiero ser contigo, verte conmigo, y bajar a la tierra entre los
brazos tuyos. Mírame como lloro; no hayas pena de que ya abogue por
Muley; concédeme tú el no dejarme, y yo alzo la man

o en mis súplicas.

Mira, yo quería verte unida con quien es tu sangre,
y con quien te amara
como a sus ojos; pero ahora ya te pido lo contrario
, pues no es aquella
tu voluntad: tampoco quiero que mates el gusto tuyo
arrojando esos
amores; ama a ese cristiano; pero, por Dios, no dej
es a tu tío: mírame,
mírame cómo desfallezco.

El gozque, que estaba en el puente y en la mitad op
uesta del arco, como
esperando a su bienhechora, comenzó a latir gozoso,
percibiéndola entre
las sombras y los árboles. Ya se disponía saltando
a recibirla, cuando
María, oyendo las razones lastimosas de Gerif, anud
ada de dolor la
garganta, y ahogando el pecho con mil suspiros y an
gustias, vacila y se
detiene, y olvidada de todo, resuelve volver al que
rido tío, abrazarlo y
no desampararlo. Tales quejas le habrían quebrantad
o un pecho que
tuviese de pedernal, no que el suyo tan lleno de ag
radecimiento y
piedad. Ya volvía amorosa y anhelante, cuando al da
r el primer paso oye
en la ribera opuesta el reñir de las espadas. Muley
, ya suelto de su
prisión, medía furioso su acero con el rival que le
había libertado.

María atiende, escucha, y ve entre la obscuridad la
s pálidas centellas
de los aceros. Adivina lo que puede ser; indecisa,
no acierta a qué
parte correr primero: en esto oye un profundo gemid
o, y cree ¡oh dolor!
ser el acento de su amante. Esto lo vence todo; des
pavorida, retorna al

ponte, atraviesa ligera la mitad del arco, encuentra la horrible brecha; como siempre, da el peligroso salto; mas en esto el gozque, impaciente con tal tardanza, se avanzó descompuestamente por la parte opuesta, impidiendo que el breve pie asentase donde debiera para no caer.

María vacila un instante; su agilidad repara tal peligro, afianzando los ramos de espadaña que al lado crecían, un instante más y era salva; pero un torbellino de aire que subía de aquellos senos obscuros, contrastando con tantos obstáculos, vuelve a inclinar el ligero cuerpo, y por esta vez todo auxilio fué en balde. En vano el gozque, torciendo con los dientes las vestiduras, pugnó por salvar a su bienhechora, evitando tan infeliz fracaso. Las fuerzas de la infeliz vencieron y la arrebataron al horrible abismo, que proseguía siempre en su mugir incesante.

Un agudo gemido se oyó, y el aire los desapareció al punto.

El amante (ya vencido y herido Muley, pues de éste fué aquel grito lastimero) venía a recibir a María, avisado por los ladridos del perro, llegando al borde del puente al propio punto de la cruel catástrofe, para sufrir así el agudísimo tormento de ver morir ante sus ojos, y no salvar al único consuelo de su vida, y al blanco de sus deseos, concluyendo en un punto y tan lastimosamente con todas sus dichas y

esperanzas. Desesperado, y viendo desaparecer a su amada por aquel tajo, llega a la brecha, y furiosamente se derriba también por él, queriendo concluir su existencia allí donde verdaderamente había ya perdido su vida.

El soldado y los demás sirvientes llegaron sólo para escuchar el murmullo de las aguas al tragarse los miembros del infeliz don Lope.

El desgraciado Gerif, que tanto tiempo le conservó el cielo la vida para presenciar tamañas infelicidades, acertó a venir cuando aún duraba el primer espanto de los continuos de don Lope. La desesperación del anciano infeliz, que engañaba en el cariño de María las memorias de su esplendor pasado y del poder de su familia, dando espantosos gritos, rasgándose los vestidos y arrancándose la barba, manifestaba su intensísimo dolor, sin acordarse de Muley, que, exánime y bañado en su sangre, se revolcaba a poco trecho de él.

Dado el grito de alarma, toda la aldea, moriscos y cristianos, chicos y grandes, hombres y mujeres, corrieron al puente, y bajaron en todo lo largo de la orilla, cuál con hachas encendidas, cuál con cuerdas, cuál con tablas, y todos con voluntad de arriesgar su vida a trueque de salvar a la infeliz María. Pero todo fué en balde: a la mañana siguiente, batidas bien ambas orillas, sólo se encontró el miserable gozque, todavía teniendo en su boca alguna parte de

la vestidura blanca
de María.

El soldado, con las lágrimas en los ojos, recogiendo en su pecho aquella prenda de dolor, iba inquirendo de piedra en piedra por el río, y preguntando a cuantos aldeanos encontraba:

--¿Has visto a María?

Al final de la tarde y en el desagüe para el Guadiana, un miserable pescador le dijo que la noche anterior, a cierta hora, oyó dar por el río unos acentos lastimeros, estremeciéndose tanto con ellos, que había afirmado las puertas de su choza, temiéndose alguna prodigiosa aparición.

No volvió a saberse más de los amantes. La credulidad morisca, pintoresca e imaginativa como la de los griegos, su puso que andaban encantados por las cuevas que se abrían por las paredes de aquellos abismos, cuya subida o bajada, siendo inaccesibles, daban mano por este mismo misterio a mil cuentos y supersticiones, y muchos afirmaron haberlos visto suspendidos en medio de aquellos tajos.

Muley, más afortunado que su vencedor y María, sanando de sus heridas al fin, prosiguió en sus proyectos de revueltas y rebelión, que si no los realizó por sus propias manos, gracias al temor que inspiraba el Emperador Carlos V, los vió puestos en práctica años después por un hijo

suyo, que fué uno de los reyezuelos de las Alpujarras.

Gerif no logró alcanzar ni aquel suspiro de la libertad morisca, ni el terrible castigo que en los suyos se verificó, pues triste, pensativo y con el nombre de María en los labios, tardó poco tiempo en seguir a la luz de los ojos suyos.

El soldado, perdido ya todo consuelo y dando al olvido su condición andariega y de aventuras, no pensó ni en más flotas, ni en más Indias, ni en más empresas. Trocando el disfraz de mendigo y el vestido gentil de soldado por un sayal de ermitaño, hizo su habitación de aquel mismo sitio, testigo de la catástrofe, y pensando siempre en su desgraciada bienhechora y en su infeliz señor, todos los días sacaba aquel velo, única prenda que le quedaba de María, y besándolo respetuosamente, y agolpado el llanto a los ojos, volvía a encerrarlo tiernísimamente en su pecho.

Mercado, cansado de la vida que llevaba en la aldea, y ya alterado con las relaciones arriscadas que había escuchado del antiguo soldado, se resolvió a dejar a España y a probar fortuna. Prevenido con las lenguas que le dió su amigo para Francisco Carvajal y otros soldados de cuenta, se embarcó en Sevilla con otros mancebos aventureros, y pasó a las tierras del Sur de América, donde ganó gran nombre bajo el título del Capitán Mercado.

Acaso en aquellas soledades, al resplandor de las hogueras, y cercado de aquellos hombres que dejando a España no pensaban sino en España, entretenía las horas de la noche relatándoles las desavenencias de los moriscos y cristianos y el triste fin de don Lope y de María.

LOS TESOROS DE LA ALHAMBRA

La carrera del Darro es la que, arrancando de la Plaza Nueva, va a dar en la rambla del Chapizo, subida del Sacro Monte de Granada.

Por el siniestro lado se levantan edificios de magnífica traza, cortados por los fauces de las calles que bajan de lo más alto del Albaicín, y a la derecha mano, por su álveo profundo, copioso en invierno, nunca exhausto en el estío y siempre sonante y claro, viene el Darro ensortijándose por los anillos que le ofrecen los puentes pintorescos que lo coronan. De ellos, el principal es el de Santa Ana, en cuyo ámbito, y de la misma mampostería del puente, hay asientos o sitiales siempre llenos de curiosos, que en las noches calurosas de junio y julio se empapan allí del ambiente perfumado y voluptuoso que en pos de sí lleva la corriente.

Eran las vacaciones, y mi amigo y compañero don Car

los, cerradas ya
nuestras tertulias, nos citábamos en tal sitio a ci
erta hora para ir
juntos, y después de girar y vagar otros momentos a
l rayo de la luna,
retirarnos a nuestra posada, a repasar los estudios
que tanto nos
afanaban y que después tan poco nos valieron.

Una noche (ya muy cercana a su partida para pasar e
l verano con sus
padres) dieron las doce sin haber acudido al sitio
acostumbrado. Ya
principiaba yo a tomar cuidado por su tardanza, cua
ndo lo vi llegar más
alegre y estruendosamente que nunca, y apoderándose
de mi mano con el
afecto más cordial, se me excusó de su descuido, y,
como siempre,
enderezamos hacia nuestra posada.

Aquella noche fuéme imposible hacerle entablar disc
urso alguno de
interés, y mucho menos de nuestras tareas académica
s.

--Estudiemos por placer y no por obligación--me dec
ía--. ¿Piensas que se
apreciarán nuestros desvelos aunque descollemos en
la Universidad y
logremos todos los lauros de Minerva? Si tal sucedi
era, ¿cómo quedarían
los necios?; y ya está decidido que ellos han de ca
mpear siempre por el
mundo.

Así diciendo--proseguía--, de hoy en adelante discu
rramos por pláticas
más sabias y no de tanto enfado, y ya que no podemo
s atraer el sueño,
ahora olvidemos las pandectas y los códigos.

Diciendo esto, comenzó a presentarme sus proyectos, que no fueran mayores ni más espléndidos si hubiera a mano un millón de pesos, y por sus adquisiciones futuras y por las haciendas que me había de regalar, y por los viajes que inseparablemente habíamos de emprender, lo dejé por loco o como hombre que se entretenía en fantasear las horas del sueño y del descanso.

Al día siguiente, bien de mañana, estaba ya en su bufete, sumando y figurando cantidades de un valor inmenso, y sin embargo de tener a mano el dinero que su familia le envió para el viaje, me rogó que le prestase tres monedas que fuesen de una a otra mayores en otro tanto.

Respondíle que las monedas pocas que poseía no guardaban tal proporción; pero que para gastarlas nada importaba aquella para mí circunstancia muy extraña.

Se levantó sin replicarme ni un eco, y fué por la casa en demanda de monedas tan peregrinas, y a poco volvió diciendo:

--Es mucho que nadie ha podido cumplirme el gusto sino la persona que menos hubiera querido; pero la fuerza ha sido contentarse con su buena obra. La vieja Carja me ha dado tres monedas con el requisito que yo pedía: son tres doblas, la primera de dos pesos, la segunda de cuatro y la tercera de ocho, y esta última preciso es que la tenga guardada muchos lustros ha, puesto que es de oro macuquino o

cortado.

Y esto hablando me enseñó la dobla, que por el reverso tenía los nombres de Fernando y de Isabel.

--La vieja Carja--prosiguió mi camarada--, por muy dulzaina que se muestre para conmigo, siempre me es de mal agüero desde que el otro día, diciéndome la buenaventura cierta gitanilla que con oces, me vaticinó que mis gustos se me habían de aguar por manos viejas; pero en el asunto que ahora trato no sé qué mal pueda inducirme.

Nos separamos sobre el anochecer y quedamos, como siempre, citados en el puente de Santa Ana. Llegada la hora, y aun no habíame dado el cuarto para las doce, cuando con paso vacilante y con el aire más melancólico se me acercó, y tomándome por la mano, fría como el granizo, tiró de mí para la posada, yendo yo tan confuso como espantado.

Sus suspiros me lastimaban sobremanera, y al tocar los umbrales de la puerta me dijo:

--¡Qué maravillas vas a saber de mí!

Retirados a nuestro aposento, y yo más curioso que nunca, y temiendo el espíritu arriscado y de aventuras de mi amigo, me senté sobre el borde de la cama y esperé a que comenzase, como comenzó a sí su razonamiento:

--Ayer, al asomar la noche, recogía el fresco por el puente último que lleva el Avellano, y donde viene también a dar la s

enda que conduce a
las espaldas de la Alhambra. Solitario el sitio, y
la hora a propósito,
me dejaba ir en alas de mis devaneos, cuando una vo
z cercana a mí en
extremo, me sacó de mis ensueños, diciéndome: "¿Ere
s valiente? ¿Quieres
hacer fortuna?...". Volví los ojos y me encontré a d
os pasos con un
soldado de más que alta estatura, con morrión de cr
esta, con gola y
vestes azules, con el rostro no desagradable, pero
pálido y ceniciento,
y con la voz, si bien honda y tristísima, nada desa
pacible. Llevaba
terciada la espada del hombro, y en la mano apoyaba
la pica oscura,
pero de hierro muy luciente.

Considerándolo un breve espacio, y porque no dudase
de mi valor, le dije
que estaba resuelto a todo, y ordenándome que le si
guiese, fuíme en pos
de él, ya casi perdido todo recelo por haberme larg
ado la pica en que se
apoyaba para que yo la condujese. El astil era tan
pesado, que casi la
llevaba arrastrando, y sin falta me prestaba la cua
lidad de invisible,
puesto que encontrándome con varios conocidos y ami
gos que volvían de su
paseo, ninguno hizo reparo en mi persona. Ya cercan
o al bosque, me dijo
el soldado:

--Cuando lleguemos a las ruinas de los torreones (y
cuenta con no
equivocarte), haz lo contrario de lo que yo te mand
e.

Prometílo así, y emparejamos con el baluarte de la
puerta de hierro, por

donde se dice que Boabdil salió huyendo de la furia
de los caballeros
Abencerrajes por la muerte de sus parientes.

Allí me dijo el misterioso guía que tocase con la lan-
za, lo que me
guardé mucho de ejecutar; pero cuando llegamos a la
torre aislada de las
almenas y me ordenó que no llamase, entonces la lev-
anté y di con ella un
gentil bote contra la muralla, la cual maravillosam-
ente se abrió de par
en par, no dudando yo de seguir al soldado por aque-
llas obscuridades.

En la estancia donde nos paramos no encontré más ad-
ornos que enormes
tinajas enclavadas en la tierra, y sentándose y hac-
iéndome sentar el
soldado sobre las tapas de hierro que las cubría, m-
e relató el encanto y
el prodigio más estupendo que puede forjar la imagi-
nación más
maravillosa.

Me dijo que desde la conquista de Granada estaba pr-
eso en aquella torre,
custodiando los crecidos tesoros que los moros habí-
an rescatado y
escondido de los cristianos, cuyo empleo enojoso lo
cumplía
enfadosamente. Que le estaba permitido el salir de
tres en tres años
para procurar su libertad, y que en distintos tranc-
es se había dejado
ver de algunos, para que le facilitasen su rescate,
pero que nunca logró
el cabo y el fin deseado, pues de ellos, a unos les
faltó el valor,
otros desmayaron en la mitad del camino y muchos no
llenaron los
requisitos y condiciones que se les habían impuesto

, perdiendo así el
premio de su trabajo; y al decir esto levantó la ta
pa y sacó de la
tinaja más cercana, como por muestra, el puño lleno
de la arena más fina
de oro, que era lo que reposaba en aquellos vasos.

Yo entonces--prosiguió mi amigo--le aseguré al sold
ado mi buen deseo y
le ofrecí la fineza y esmero más extremado, y que p
udiera disponer de mí
a su buen albedrío, sin que los peligros pudieran a
rredrarme.

El soldado me respondió que no sería necesario arri
esgar mi persona, y
que para dar comienzo a la obra volviese a verle a
la noche siguiente
(por hoy), con tres monedas pedidas, pensadas y dob
ladas.

Pedíle la clave de este enigma, y me dijo que las t
res monedas habían de
ser rogadas y tomadas de un amigo que, ignorando el
fin misterioso de su
destino, pensase que eran para el uso mío, y que úl
timamente fueran el
doble la una de la otra. Bien encomendadas a mi mem
oria todas estas
circunstancias, me despedí del soldado, quien para
llamarlo cuando la
ocasión llegase me dió las señas de tres palmadas,
con tres palabras que
hará una hora que recité y ya las he olvidado con m
ayor espanto mío.

Separado de él anoche, tenía ante mis ojos la opule
ncia más rica, y en
mi mano el hacerte feliz y poderoso, y ya reparaste
la loca alegría que
me dominaba.

No perdiendo tiempo, me procuré las monedas misteriosas, que, al ver
mío, llenaban los puntos acondicionados, y esta misma noche volé al
torreón arruinado, y dando las tres palmadas y pronunciando las tres
palabras que ya olvidé, se abrió al punto la muralla, dejándose ver el
soldado, con el rostro más triste y lastimado.

--Todo lo hemos perdido--me dijo--; sé que has hecho cuanto tu buen
deseo te sugirió y cuanto estuvo en tu mano; pero si bien las monedas
son dobladas, la mayor tiene el mal de pertenecer a los Reyes
conquistadores de este suelo, Fernando e Isabel, y para los usos que
debieron servir no perdonan los genios que aquí mandan ni el nombre ni
la efigie de entrambos héroes. Mira en prueba, me dijo, a qué se redujo
cuanto estos vasos contenían; y destapándolos sucesivamente no me mostró
sino ceniza; y estas urnas, prosiguió, llenas de piedras preciosas, que
por fineza mía y adeva debida a tu buena voluntad te destinaba, todas
se han vuelto de carbón; y era así como él decía, siendo las urnas como
aquellos jarrones de porcelana que se conservan en los Adarves, y fueron
hallados en el aposento de las ninfas llenos de amatistas, topacios y
esmeraldas.

El soldado se despidió tristemente de mí, diciéndome que aun pudiera
tener esperanza dentro de los tres años, plazo necesario para que su
visión pudiera repetirse, sin temer yo nada por la seguridad de los

tesoros, pues estaban a salvo enteramente en tanto que estuviesen en su custodia.

Salí de la muralla, y volviendo los ojos no vi sino el lienzo liso y sin lesión alguna, yendo a buscarte con el desconsuelo que puedes imaginar, pudiendo decir sólo que nada en el mundo podrá aliviarme el pesar de haber perdido la mayor dicha y opulencia que puede esperar el hombre, habiéndolas tenido a tiro de la mano.

Por mucho que me parecieran disparatadas las razones de mi amigo, todavía lo vi tan cordialmente afligido y con abatimiento tal, que tuve a mejor partido el consolarle con otros discursos no de más compás que los suyos, y procuré que durmiendo recogiese con el sosiego algún poco de más de seso. Las horas de la noche las pasó sin descanso alguno y como en delirio, que llegó al frenesí más subido cuando a la siguiente mañana nos dijeron que la vieja Carja había desaparecido, dejando muy mal olor de sus acciones, que quién las calificaba de hechiceras, quién las presentaba por de un espíritu malo. Con esta aventura, mi amigo no hacía sino repetir el vaticinio de la gitana, y nada podía, no ya distraerle, pero ni aun picarle la curiosidad ni de spertarle el gusto. En fin, partió para su país (cantón inmediato de las Alpujarras), donde le vi ir con gozo mío, por parecerme que allí dejaría el peso de sus cavilaciones, confesando la irritación de su fantasía. Las cartas que me

escribió casi me lo daban ya por restablecido, cuando un veredero que llegó una tarde a más andar me trajo de la parte de mi desgraciado amigo el encargo encarecido de que fuese a darle el último adiós, si es que quería verle antes de morir.

Por mucha diligencia que puse en mi viaje por aquellas montañas, no llegué al lecho del moribundo sino a la segunda tarde, cuando ya mi pobre y delirante compañero tocaba en la agonía. Al verme, me tendió la mano, y con lágrimas en los ojos me dijo:

--Querido amigo, no he podido ser superior a mi desgracia. El que tuvo ante la vista y destinadas para él tantas riquezas y tal poder y se le escaparon de la mano, no debe sobrevivir. No te olvides que la dicha tuya hubiera acompañado a la felicidad de tu amigo.
¡Adiós!...
¡Adiós!...

Desde entonces no volvió a abrir los ojos, y a pocos momentos expiró, siempre repitiendo:

--¡Los tesoros de la Alhambra!... ¡Los tesoros de la Alhambra!...

EL COLLAR DE PERLAS

Mohamad II, de la familia de los Naceritas, reinaba en Granada lleno de poder, gloria y juventud; pues por la muerte de su padre se miraba a los veinticinco años sentado ya en el trono de la Alhambra.

Cuentan las historias que este príncipe, antes de heredar el título de Sultán, andaba perdidamente enamorado de la hermosísima Híala, hija del primero de los Wazires de su padre, hombre principal y poderoso, pero que aunque deudo de la familia real, no entraba en los cálculos del Sultán viejo el permitir tal enlace. Ello es que el Sultán Alamar quería casar al príncipe su hijo con una infanta de Fez para afirmar con tal alianza el imperio musulámico en España, y poder, con la ayuda de las cabilas africanas, rechazar a los cristianos, que a más andar le venían invadiendo y ocupando su territorio, como las olas incesantes de un mar ambicioso e insaciable.

La muerte de Alamar cortó en flor proyectos tan prudentes, y dejó en libertad al nuevo Sultán para seguir las dulces inclinaciones de su corazón, contando éste que, con un brazo fuerte y una voluntad firme, podría hacer frente al de Aragón por la parte oriental, y al de Castilla por la parte del Algarbe de su reino.

Así, pues, al mismo tiempo que hizo llamamiento de sus alcaides y capitanes, y que sus escuadrones y jinetes, así afr

icanos como
andaluces, se juntaban, apresuraba el Sultán mancebo
o sus bodas, que
habían de ser con todo el boato, gala y riquezas que
e los monarcas
granadinos acostumbraban ostentar y derramar en las
ocasiones solemnes,
y por cierto que para un corazón enamorado nada de
más solemnidad y
grandeza que el día en que iba a poseer el objeto por
quien tanto se ha
anhelado.

Los Masamudes, los Aliatares, los Benegas y otros muchos caballeros de
las familias nobles, disponían cuadrillas, cañas y torneos; las damas,
parientas de la futura Sultana, trazaban en sus cármenes y jardines los
festejos y zambras con que habían de celebrar tan venturoso enlace, y
los mercaderes de joyas, telas, esencias y otros objetos preciosos se
encontraban en todas partes, y en todas partes eran echados de menos,
pues tanta era la viva curiosidad por ver, y ansia por comprar y
apoderarse a todo precio de tanta preciosidad, propias del lujo oriental
y del fausto que en aquella época ostentaba la árabe corte de Granada.
El enamorado Sultán, por su parte, realizaba en los alcázares de la
Alhambra y en los verjeles del Generalife todas las ficciones y sueños
de las mil y una noches, derramando riquezas y tesoros, para que
aquellas encantadas estancias fuesen aún más dignas de recibir y
hospedar a la sin par Híala.

Todo estaba a punto ya para la última ceremonia, y

el Sultán dispuso que
su hermosa novia subiese desde su morada en los palacios de Granada a
los alcázares de la Alhambra, tres días antes de las bodas, que se
fijaron para el hálid o plenilunio del mes de las flores.

La madre de Mohamad recibió a la futura Sultana como a hija la más
querida; la carrera de ésta desde su palacio a un extremo de la ciudad,
hasta el regio albergue, fué un verdadero triunfo. Además de toda la
nobleza de su casa y parentela, y de los príncipes de la sangre que
cabalgaban en soberbios caballos, apelados por cuadrillas y ostentando
las galas y preseas más ricas, iban los ulemas, los imanes, los wazires
y cadíes, cada cual en el lugar que le correspondía. Después se dejaba
ver la guardia del Jacinto, compuesta de mil esclavos negros, y así
llamada por la piedra que relucía en los turbantes; y luego seguía la
invencible, compuesta de tres mil africanos con escudos de plata y
blandiendo azagayas de reluciente acero con astiles colorados. A cierta
distancia se miraban venir veinte cebras y veinte jirafas, que conducían
en cofres de sándalo y maderas preciosas los vestidos, regalos, el
alizaque o dote de la novia, y luego, entre una comitiva numerosa de
jeques y ancianos, jefes de los cabilas y linajes, se dejaba ver un
riquísimo palanquín colgado, de brocados y randas, y con varaes de
coral y madreperla.

Se nos olvidaba que precedían también a la Sultana numerosas bandas de músicos, vestidos a la índica usanza, y haciendo sonar sus instrumentos por la manera más blanda y voluptuosa, y que delante iban doce pavones tendiendo sus vistosísimas alas, con otras aves de peregrina naturaleza y traídas desde la Arabia, del Irak y del Hindí.

Lo que más llamaba la curiosidad del público era ver los saltos y gestos de gran número de monos y jímios, que de todos tamaños y cataduras, y formando uno como extravagante escuadrón, iban remediando el talante y gravedad de aquella solemne y dilatada procesión. Algunos, que eran de crecida estatura y traídos del interior de Africa, y que iban ataviados de sus capellares, marlotas y turbantes, podrían equivocarse por sus carillas revejidas, sus ojuelos hundidos y otros accidentes, con algunos de los viejos dignatarios de la corte.

Aquél, decía uno, es el Cadí Anakin; éste es el Katib Abdual, gritaba otro; pues estotro, gritaba aquél, sin pizca más ni pizca menos, es el Intendente de los tesoros Albut Seid. Mirad qué ojos abre en cuanto ve relumbrar algo que le parece oro o plata.

El menudo pueblo halla siempre cierto sabroso placer en encontrar alguna semejanza entre los que lo mandan y los animales no civos, y por cierto que las más veces no se engaña.

Entretanto las cuadrillas, las guardias y el inmenso acompañamiento

iban marchando, acercándose al propio tiempo las ricas andas que encerraban tanto tesoro.

En este como portátil camarín, que cargaba sobre los hombros de doce eunucos del Sennaar, aparecía la afortunada novia envuelta en los velos que aun en la poca ortodoxa Granada, para ceremonias de tal monta y con personas de tal clase, reclamaba la rigidez musulímica. Hemos de presuponer que los velos eran tan sutiles, que no parecía sino que, por desusada manera y con arte sobrehumana, habían obligado al delgado aire a trocarse en diáfana y ligerísima tela, y aun sin embargo, Híala, para procurarse el inocente placer de contemplar a su sabor aquel nunca visto espectáculo, y también acaso para dejar ver que el delirio del Sultán tenía sobrado fundamento y razonable disculpa, con su mano de miniatura recogía contra su faz el velo, dejando así libre paso a los rayos de uno de sus ojos, argumento irresistible para quien lo alcanzara a distinguir en favor de la apasionada resolución del Sultán.

Este iba al siniestro lado de las andas, montando un caballo casi fabuloso por su hermosura, rareza y por las circunstancias de su ser. No era de casta conocida, sino que en una montería habida años antes por el mismo Mohamad, fué encontrado vagando por los montes de Sohail, siendo necesarios tres días y tres noches y los esfuerzos de doscientos monteros para rendirlo y cautivarlo. No se dejaba cabalgar de otro

jinete que el príncipe, a la sazón Sultán; pero en trueque era la más dócil hacanea si alguna dama hermosa intentaba montarlo. Andaba tres farasangas de sol a sol; corría el doble que el corcel más corredor; en la arena dejaba atrás al camello más fuerte, y pasaba a nado el Guadalquivir en los días más iracundos de su tempestuosa soberbia. Su destreza era tan extremada, que el Príncipe, montándolo, corría seguro sobre los adarves de los altos muros de Granada: jamás su dueño había dejado de salir vencedor en las justas y torneos, triunfante en las lides y batallas e ileso en los juegos de cañas y alcancías.

Tal era su agilidad en los movimientos, su rapidez y violencia en las acometidas y su instinto maravilloso para secundar y ayudar los intentos, trazas y ardidés de su real jinete.

Su color era tal, que en cuanto se agitaba se convertía en una montaña de púrpura esplendente, tan bermejo se paraba, resaltando así más y más su crin y cola de azabache, que era necesario recorrer muy a menudo, pues de otra manera llegarán a rodar por el suelo.

Este caballo, superior a los fabulosos de la mitología griega y oriental, se llamaba Ebn-Nur, o hijo de la luz o del fuego, ya por las nobles condiciones que ostentaba, o ya por una estrella que tenía en la frente, tan blanca, que de noche creían supersticiosamente que rutilaba y resplandecía como lucero del cielo.

El joven Sultán iba, como se ha dicho, al siniestro
lado del riquísimo
palanquín, haciendo gala y muestra de su gentil pre
sencia, y
escarceando gallardamente con aquella peregrina alf
ana, si llena de
fiereza para combatir, no menos primorosa y atildad
a para los alardes de
gentilezas y bizarrías.

Mientras esto pasaba por el un lado de las andas, e
ra por el otro por
donde se deslizaban los furtivos ojos de la lindísi
ma novia. Achaques de
muchachas: descuidaba el recrear la vista por lo qu
e había de ser pasto
común cotidiano de sus ojos, y éstos los fijaba a p
referencia en objetos
que habían de ser de más difícil alcance después pa
ra una Sultana de la
Alhambra.

De esta manera dejaba ver Híala el collar de las nu
eve perlas que el
Sultán le había ofrecido como uno de los primeros r
egalos de la boda;
collar que, según antigua y verdadera tradición, pe
rteneció al primero
de los Omníadas que imperó en Córdoba, Abderramen e
l-Dajel, que adornó
un tiempo el cuello de la Reina Sabah, y que fué el
más precioso de los
presentes que esta mujer célebre regaló al Rey Sole
imán cuando fué a
visitarlo, llevada de la fama de su grandeza y sabi
duría.

De las nueve perlas, todas del grandor del fruto de
l nogal, dos de
ellas, una blanca con el oriente más rico, y otra n
egra con el brillo

del ébano, se habían cogido en el mar de Persia; otras dos, una roja como el carmín y otra verde como la esmeralda, fueron cogidas en el mar tempestuoso de la India; otras dos, una azul como el jacinto y otra pálida como el ámbar, se pescaron en el mar grande o del Atlante; dos, entrambas celestes como el cielo, se encontraron en los mares tenebrosos o del Septentrión, y la última, de los colores variados del iris, se ignoraba de dónde fué cogida, aunque los aficionados a lo maravilloso y sobrenatural aseguraban que aquella piedra, única en el mundo, fué encontrada en la fuente Tasnin, que corre en el algerna o paraíso, y traída a la tierra por uno de los genios obedientes a Soleimán, quien añadió así la novena perla al collar de la Reina del Yemen. Esta misteriosa piedra, que se engarzaba como por privilegio en medio de las otras perlas, tenía una oculta y maravillosa propiedad, y era que los matices de sus colores cambiaban incessantemente cuando la persona que se adornaba con el collar se acercaba bien o en mal a alguna súbita mudanza o peripecia en su condición y fortuna.

II

Nada más natural que explicar en aquel trance el giro continuo de los matices de la novena perla.

Híala, por lo mismo, se entregaba dulcemente a sus ensueños de felicidad, y al través de su velo sutil, o por sus miradas de reojo, veía llover flores y rosas por donde pasaba; miraba las calles alfombradas de ricas alcatifas, cubiertas las azoteas de elegantes doseles y sobrecielos para templar la viveza de la luz; muchos esclavillos agitando enormes ventalles y abanicos de pluma y papiro para mover y refrescar el aire, y gran número de pebeteros en los ajimeces y ventanas que poblaban el ambiente de los olores más exquisitos.

Detrás cerraban la marcha tres mil cenetes montados en caballos negros, y tres mil bereberes cabalgando en caballos blancos .

Cuando llegaron los primeros del acompañamiento a la puerta de la justicia, que era la principal entrada de la Alhambra, se fueron derramando, aunque en orden, por aquellas inmensas alamedas de álamos y almeces, hasta que los doce eunucos del Sennaar entraron por las puertas del Alcázar el tesoro, o más bien dicho, la divinidad que conducían.

En aquel recinto regio fueron muy pocos los que alcanzaron entrar, bajando todas las esclavas a recibir a su nueva señora con las demostraciones más ardientes de regocijo; unas danzaban al son de los albugues y adufes, y otras le cantaban al antiguo uso de Córdoba y del

Cairo estas lisonjeras cásidas de versos:

Entra aquí,
entra aquí en estos jardines
de arrayán, rosa y jazmines,
entra, sí,
cual reina por sus confines.

El poder,
el poder te da su imperio,
que el rendir feudo al misterio
del placer
no es mengua ni vituperio.

Por tu amor,
por tu amor ya arde la Alhambra,
rejas torres, Vivarrambra,
el fulgor
de cañas, juegos y zambra.

La Sultana madre, al ver desde sus miradores acerca
rse la comitiva
regia, se apresuró a venir al recibimiento de su nu
eva hija,
encontrándola en el patio de los Laureles en medio
de las esclavas, ya
con el velo alzado y enseñoreándose todavía en el p
alanquín de los
eunucos negros. La bajó entre su brazos, ayudada en
tan cariñoso
obsequio por el Sultán su hijo, que para ello se de
rribó gallardamente
del caballo Ebn-Nur, quien dobló al efecto tan gent
il como humildemente
sus rodillas.

La madre instaló a la bellísima nuera en su propia
cámara, formada de
cristales y espejos, hasta que llegase el instante
de las bodas; y en
tanto que el Sultán recibía los homenajes y pláceme
s de sus alcaides,

wazires y walíes, las Sultanas salieron a solazarse con las esclavas por los espaciosos y mágicos jardines, trasunto del imperio de Flora y compendio aventajado del Paraíso, por quien tanto suspiran los creyentes en el Islám.

Híala, que por su condición viva y regocijada había tomado en fastidio tanta circunspección y compostura, quiso aprovechar ocasión tan feliz de solazarse a todo su albedrío; y mientras la Sultana madre se entretenía en reñir en un estanque a varias esclavas que se bañaban con mucho de algazara y escarceo y algún poco de desenvoltura, se perdió por entre un laberinto de mosquetas, rosas y celindas, acompañado sólo de Encirnún, una su esclava, persiana de nacimiento y de singular belleza y discreción.

Cuenta la historia que así como Híala y Encirnún salieron de aquellas intrincadas calles de rosales y verduras encontraron en un prado sobre una flor la mariposa más extremada en hermosura, así por sus colores como por la brillantez de sus penachos.

--Princesa--dijo Encirnún--, esta mariposa sólo se encuentra entre los tulipanes y anémones de mi hermoso país; capricho raro ha tenido este insecto en llegar hasta aquí; ¿queréis que tratemos de hacerla nuestra cautiva?

Con el asenso de Híala comenzaron entrambas a procurar dar caza a la

mariposa; pero el insecto, burlando las trazas de sus lindas
perseguidoras, las fué llevando hacia los bosques inmediatos, ya
parándose en un pimpollo o en una rama, ya alzando el vuelo con presteza
y maravilloso instinto.

La Sultana vieja seguía de lejos, y presidiendo la banda de sus lindas
esclavas, la afanosa tarea de Híala y de Encirnún, y las vió, riéndose
de su loca empresa, trasponer por entre las calles de negros árboles que
daban entrada al bosque.

Al poco tiempo de haber desaparecido las dos lindas cazadoras, se oyó un
grito agudo dentro del bosque, en el que, así la Sultana vieja como
todas las esclavas, conocieron la voz de Híala.

Cuál fuera la admiración y el espanto que tal grito infundiera en la
Sultana y en las esclavas, es fácil concebirlo.

Al punto se dejó escuchar un coro de gritos y voces en todos los tonos y
con toda la discordancia que para tales y semejantes casos tiene
reservados el diapasón femenil.

Acudieron por de pronto los esclavos y eunucos negros del harén y
principiaron a moverse en todas direcciones con aquel acuerdo que se
acostumbra en los trances apurados.

A los de más edad, y casi ciegos por los años, se les mandaba que
entrasen en el bosque a inquirir y ver las circunstancias de aquella

presunta catástrofe; a los cojos se les daba prisa para que fuesen a llamar los guardias, y a los mudos se les conminaba para que fuesen a relatar al Sultán los pormenores de tamaña desventura. Todo era desorden, todo confusión.

En esto se presentó el Sultán a la cabeza de sus continuos y más allegados, y sin detenerse a oír los pormenores del caso, ni las sospechas que sobre él podrían concebirse, ni los diversos planes que debieran formarse para averiguar el origen de tal atentado, y poniendo al lado los consejos, las reflexiones, los dictámenes y las sabias medidas que sus entendidos consejeros le proponían, y dejándolos a éstos en sus entretenidas disensiones y reyertas, se precipitó por las calles del bosque, frenético de rabia y lleno de zozobras.

El Sultán corrió todos aquellos laberintos de verduras y malezas sin hallar más que algún pájaro que revolaba entre las ramas o alguna tímida liebre que se deslizaba entre la hierba.

En tanto volvió en sí y se miró solo, pues sus cortesanos en vano le habían querido seguir en su rápida y pesquisidora excursión.

En fin, el Sultán llegó a cierto lugar del bosque en donde los árboles clareaban, alzándose en lo más desembarazado un hermoso peral cargado de fruta. Una fuente pintoresca, que se despeñaba por el fauce de una

retorcida cueva, completaba aquel delicioso paisaje
.

Al llegar aquí el Sultán se encontró a todos sus wa
zires y cortesanos
que formaban un ancho corro, con el un pie levantad
o, el otro adelante y
la cabeza todavía más avanzada, como si mirasen alg
ún hondísimo aljibe
que se les hubiere abierto delante de su ojos. Tant
o era el saludable
temor que los detenía.

Ello era que allí habían encontrado a la hermosa Hí
ala debajo de aquel
poderoso árbol sumergida en un profundo parasismo.

Nadie se atrevía a adelantarse, y aunque en el deso
rden de las
vestiduras se dejaba ver la punta de una leve chine
la de tafiote y oro,
como no se hallaba a mano ningún tenacero de plata
de longuísimos mangos
para remediar aquel preciosísimo desgaire, necesari
o fué dejar las cosas
en su primitivo estado por no probar, el que indisc
reto anduviera
tocando lo que no debía, la agradable aventura de v
erse dividido en dos
partes, como algunos capítulos del Alcorán.

A la aparición del Sultán se desvaneció como si fue
sen de fugaces ondas
aquel círculo de curiosos y cortesanos. Y el Sultán
sin reparar siquiera
en ellos se acercó a la desmayada esposa.

Los suspiros del coronado amante lograron volver en
sí a la Princesa,
pero para causar más lástima y desesperación. Sus o
jos se abrieron y su
voz articuló algunos sonidos, pero éstos no fueron

más que suspiros y
sollozos, y aquéllos giraban desordenadamente, o se
fijaban ni más ni
menos que como pudieran estar los ojos de una estatua.

El Sultán, traspasado de dolor, condujo al palacio
a su desventurada
esposa, llevando detrás de sí y a respetuosa distancia a toda la
comitiva.

La Princesa fué colocada en un mullido cuanto ostentoso rimerio de
almohadones y cojines, y dejándola bajo la custodia de la Sultana madre
y de gran número de esclavas, el Sultán salió del que hubo de ser
nupcial aposento, y era ahora teatro de escenas lastimosas, para
conferenciar con los sabios y médicos de la corte sobre lo peregrino de
la aventura.

Al Sultán sólo se le escuchaba de vez en cuando estas palabras:

--Falta el collar de perlas.

Y los cortesanos en voz baja se hacían el eco diciéndolo:

--Entre otras cosas que pueden faltarle a la Princesa, se echa de menos
el collar de perlas.

Cuenta la Historia que el Sultán quiso presidir por sí mismo el cónclave aquel de sabiduría, y aquel diván de inteligencia médica, y que sufrió los ratos de más bostezante fastidio que imaginarse pueden.

Un wazir, profundo estadista, aseguraba que aquella catástrofe estaba preparada por los enemigos, y que así era preciso desterrar a todos los desafectos de la dinastía Nacerita; otro wazir, todavía más sagaz, añadía que suponiendo este horrendo plan, el cual era patente como la luz del día, debiera deducirse que los cristianos eran los autores de la trama, como enemigos jurados de la gloria de la casa reinante, y que debieran ponerse todos en tormento para que declarasen la verdad.

Otro, menos profundo y amigo de explicar las cosas por lo natural y fácil, contradijo a sus compañeros, y probó lindamente, en un discurso de dos horas y media, que la tragedia la había motivado sin duda alguna la presencia de algún tremendo salteador que, burlando la vigilancia de los guardias y venciendo los obstáculos que cercaban la real estancia y sus jardines, había venido a despojar a la sultana del inestimable collar que llevaba en la garganta.

--¿Cómo explicar de otro modo--decía ufano el parlante--el robo de esta joya? Unos conjurados no piensan en robar; ¿qué tienen que ver--aquí alzaba la voz, vanaglorioso con la distinción--los delitos comunes con

los políticos?

--Patarata--replicó un entendido naturalista desde los escaños de los taalebs o núdicos en donde estaba sentado hechas sus piernas tres dobleces--. Tal caso debe explicarse por causas naturales enteramente.

¿A qué acudir a móviles ridículos por lejanos, si el misterio por sí mismo se revela? El magnífico cuanto peregrino espectáculo que ha herido la imaginación aun infantil de nuestra linda y tierna sultana, sálvela

Alah, ¿no será explicación bastante para este desmayo o parasismo? ¿Pues

estos sentimientos llevados al último punto por el placer de verse la noble esposa del más guerrero, generoso y amable de los sultanes--y aquí

añadía el orador una cáfila de alabanzas y epítetos, por supuesto sin mezcla de lisonja médica--no es suficiente motivo para tal arrobamiento?

Roguemos al cielo, por el contrario, que tanta gloria no anonade y absorba la luz de vida de ese frágil corazón.

Otros veinte picos de oro dijeron cosas muy buenas, diversas todas las unas de las otras, sin haber disparate que no tuviese defensor, ni extravagancia que no se encomiase llevándola a los cuernos de la luna.

Ya el Sultán, desesperado a fuerza de hastío, revolvía en su mente el saludable proyecto de degollar con su propio alfanje tres o cuatro de aquellos rui señores sapientes, eligiéndolos de entre los más floridos y locuaces en su parla, cuando el famoso Aben-Jomiz,

que había sido diez
años alfajeme, otros tantos boticario, siempre viaja
ando y herbolizando,
algunas veces matando y jamás curando, y que había
concluido por ser tan
entendido médico como consejero profundo, dió señal
es de hablar.

Todos callaron, y el Sultán, dejando para mejor lugar y ocasión su
resolución piadosa, se volvió hacia el meflez o asiento del sapientísimo
médico, y oyó que éste, con voz chirriadora y cascada, dijo:

--No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta. La
sultana Híala está
afectada de una catalexis.

--Al menos--dijo el Sultán--este necio no nos ha quebrado la cabeza.
¡Catalexis!...

Los cortesanos se enamoraron del nombre de la enfermedad, y todos se
decían:

--La Sultana tiene una catalexis.

Todo el mundo se llenó de gozo al ver descifrado el
enigma, y de los
cortesanos a los esclavos, y de éstos a los guardias,
y del Sultán a la
madre, y de ésta a las esclavas, y de las mujeres del
harén a otras
mujeres, bajó rodando de boca en boca desde la Alhambra de Granada el
mismo nombre de la enfermedad. ¡Catalexis!

El júbilo por tan dichoso hallazgo infundió el deseo de celebrarlo con
todas veras y estrépito, y así a los pocos instantes

s se escuchaban
doquier en la algazara más bulliciosa del mundo los
gritos regocijados,
los acentos de los vivas y los ecos de los instrume
ntos. La palabra
catalexis se oía de cuando en cuando como tema de a
quella alborotada
sinfonía y servía de incentivo para avivar el estru
endo y la algazara.

--¿Y qué es la catalexis?--dijo con voz de trueno e
l Sultán al ver
pavonearse de vanagloria al inventor de la palabra,
y que con ella
quedaban las cosas como antes y la Sultana tan enaj
enada y en peligrosa
situación.

A esta pregunta, y sobre todo al tono con que fué p
ronunciada, todos
cayeron en la cuenta que una palabra no es más que
una palabra, y se
volvieron irritados y con vista airada al mismo Abe
n-Jomiz, que del
cénit de su vanidad vino de cabeza al valle de lágr
imas de la humildad.

--¿Qué es la catalexis?--pregunta el Sultán; le dij
eron.

Las cosas en tal punto, veo que aparece en la estan
cia Abu-el-Casín,
capitán de la guardia africana, y prosternándose di
ez veces ante el
Sultán, y tocando otras tantas la tierra con su fre
nte, dijo:

--Príncipe de los creyentes, un loco que días ha va
ga cantando y
danzando por la ciudad, habrá una hora que en medio
del estupor que ha
causado la nueva de la catástrofe de la Sultana y d

el alboroto que ha
movido el descubrimiento de su enfermedad, púsose d
e nuevo a bailar en
el Zuc de los benimerines y en voz clara cantaba:

A la Sultana
nadie la cura,
si no es el rey
de la locura.

Y tu siervo, al oír esto, por si es blasfemia o del
ito que merezca la
muerte o falta que se purgue con la lengua cortada
u otra semejante leve
concesión, lo he preso....

--¿Y quién es ese loco?--dijo el Sultán.

--Es--respondió el
capitán--Afmed-Ali-Ocnar-ben-abas-ben-oli-ben-Iahic
-ben-Zatrin-el-Cubdi-el-Smercandi...

--Por el profeta--dijo el Sultán empuñando su alfan
je--que al primero
que me asorde los oídos con esas taifas de nombres
que atañen y tocan
sólo a uno de mis esclavos, que le envíe la cabeza
de un tajo a la punta
nevada del Belet.

El capitán, cesando cueradamente en su amplificación
y exactitud
genealógicas, y besando otra vez la tierra, dijo:

--Príncipe de los creyentes... el loco es Afmed-el-
Bayer.

--Ya lo conozco--replicó el Sultán--. Traédmele al
punto.

--Oyendo y obedeciendo--contestó Abu-el-Casín.

Y salió de la estancia, abriendo y cruzando los brazos y bajando la cabeza.

De allí a un instante cayó en medio del concurso un morillo mal andante en sus vestidos, aunque no de traza desagradable, y que llevándose con ahinco una su mano a cierta su oreja, daba a entender claramente ser aquella el asa por donde lo había empuñado, para transportarlo, la suavidad jurídica-militar del capitán Abu-el-Casín.

--¿Qué era lo que cantabas en el Zuc de los benimerines?--le dijo el Sultán.

Y el loco, siempre con su oreja entre sus manos, y comenzando a bailar con el mayor desenfado, cantó:

A la Sultana
nadie la cura,
si no es el rey
de la locura.

--Pues tú debes de ser--dijo Mohamad--el médico infalible de mi esposa:
nadie puede haber más loco que tú; en tres días has roto cinco mil platos y escudillas; has hecho rodar por el suelo seis mil jarras y otros cachivaches de la Rambla, y has llevado todos los chicos del Albaycín a machacar esparto sobre las cargas de porcelana y cristal de los mercaderes genoveses de la Albayciría. Se necesita todo el respeto que profesamos a los llenos del espíritu de Dios para que no te hayamos

empalado.

Afmed, sin dejar su baile, ni soltar su oreja, prosiguió cantando así:

Grados diversos
ha la locura,
ser rey en ella
fortuna es mucha,
aprendiz sólo
soy.....

--Déjate de esa versa y canturía fastidiosa--prorrumpió encolerizado el Sultán--y responde por lo natural y llano a mis preguntas, porque si no ¡vive el cielo! que te saque enredada en la punta de mi espada gran parte de tus dislates y locuras.

El-Bayer, al halago de tal insinuación, dió una cabriola en el aire, y sacando los pies hacia adelante, se dejó caer verticalmente sobre sus nalgas, bajando y doblando al propio tiempo su cabeza hasta injertarla entre sus muslos; pero con tal arte, que ponía duda, si en su reverencia y salutación había más burla que respeto al Príncipe de los creyentes, dijo al demente:

--Yo soy un loco principiante, y como aprendiz no puedo dar en el hito del arcano de la Sultana; pero con un guijarro en la mano y poniéndome a ochenta pasos la frente de uno de estos sabios, te la abriré perfectamente, si es que allí presumes hablar y leer...

--Canalla--replicó el Sultán--no has entendido que

por encontrar vacías
esas frentes, acudo en apelación a tu locura. ¿Hay
otro más loco que tú?

--Poderoso Mohamad--dijo el-Bayer--, lo hay en Gran
ada, y ese podrá
acaso satisfacer tu curiosidad.

--¿Dónde se halla esa perla peregrina?--dijo el Sul
tán.

--En los subterráneos de la Alcazaba--replicó el ap
rendiz de la locura.

Y al decir esto, levantándose como una pulga del pa
vimento de la
estancia, dando otra cabriola, haciéndole una higa
al Sultán, y dando
cuatro papiros a los más graves del cónclave o di
ván, se deslizó por
entre las guardias, repitiendo siempre:

A la Sultana
nadie la cura,
si no es el rey
de la locura.

--Dejadlo ir--dijo el Sultán--, y tú, agradable Abu
-el-Casín, vuela a la
Alcazaba y registra el último agujero de sus murall
as y subterráneos,
hasta dar con ese loco recomendado por el otro loco
.

--Oyendo y obedeciendo--respondió el capitán de la
guardia, y
desapareció abriendo y cerrando los brazos y bajand
o la cabeza.

Entretanto los sabios, consejeros, wazires y taalie
s, reunidos en el
diván, se decían, en voz baja, unos a otros: "¡Qué

diablos quiere el
Sultán! Más loco debe él estar ya, que no el oráculo
que busca; si se
muere la Sultana, la juventud y belleza de cien ciudades
de aquende y
allende el mar le brindarán con otras mil beldades,
y si la Sultana
vive, tanto mejor si la posee muda y convertida en
estatua. Esto será
poseer una mariposa en estado de crisálida.... tanto
mejor poseer la
belleza sin alas."

Al propio tiempo venían nuncios y embajadores de los
apostentos de las
sultanas, siempre con las tristes nuevas de que Hía
la permanecía en su
misma enajenada situación.

El Sultán, en profunda meditación, se hallaba fantaseando
sobre los
extraños de aquellas aventuras, reclinado en su alfombrado
o solio de
púrpura, cuando apareció ante sus ojos el amable Abu-el-Casín,
capitán
de la guardia africana.

--¡Amir-el-Mumenin--le dijo éste--, maravilla y más
maravillas! He
encontrado al loco a quien el otro loco recomendó,
y el loco recomendado
es el loco más inconmensurable que hallarse puede.
Es el inmenso pájaro
Roc de la locura; es el mar más insondable de los desiertos;
éste o
ninguno debe ser el Rey de la locura.

--¡Que me place!--dijo el Sultán--. ¿Y dónde está ese
Rey tan deseado?
¿Por qué no entra? Que venga, traédmelo aquí, luego
, al punto...

--Pues ved ahí el caso--dijo Abu-el-Casín.

--Habla--replicó el Sultán.

Y el capitán comenzó su relato de esta manera:

IV

--Con las señas que dió el loco El-Baici, y ayudado de la amabilidad de carácter que me distingue--dijo el agradable Abu-el-Casín--, logré tomar en los barrios inmediatos a la Alcazaba noticias ciertas del loco recomendado. Supe que se llamaba Ben-Farding, y que habitaba en lo más hondo de esos palacios subterráneos que se encuentran en la Alcazaba, y que en otro tiempo fueron templos en donde se adoraban los ídolos de los reyes Rumíes.

Ben-Farding está poseído de la locura más extraña que se puede imaginar. Piensa que su gravedad específica es tal, que poco a poco y a fuerza de años va horadando la tierra, tendido como se encuentra, y que así llegará un día en que atravesará todo el globo, hallando su salida por los opuestos antípodas. En los largos episodios que tendrá tan dilatado viaje, irá aprendiendo todos los arcanos de la naturaleza, o, por mejor decir, los irá sorprendiendo o conquistando, pues, o ella habrá de suspender su acción, o en los ocultos elaboratorios de sus entrañas han

de tener sucesivamente en perdurable y estudiosa visita a tan curioso como perseverante observador. Al salir por el opuesto agujero Ben-Farding, saldrá tan sabio como Soleimán, y tan poderoso como Nemrod. Será obedecido de los genios buenos y malos; mandará en los animales y aves; el Simorgue vendrá a tomar sus órdenes e imperará sobre toda la tierra.

Ben-Farding cree hallarse en lo hondo del subterráneo, en donde hoy está, no por haber descendido allí en propios o ajenos pies, sino porque la gravedad de su cuerpo ha taladrado ya la tierra hasta el lugar en que se encuentra.

A este loco respetable bajé a ver para hacerle entender las órdenes de mi señor, y para atravesar prontamente tan obscuras mansiones, hice encender trescientas hachas, y por no encontrar éstas tan a punto, mandé prender fuego a las tocas y vestidos de cincuenta cautivos, y echarlos por delante de mí para alumbrarme el camino.

Ben-Farding no se admiró de mi intempestiva visita, y, antes por el contrario, me manifestó punto por punto el objeto de ella: debe ser también Zahorí, según mi cuenta.

Mas el transportarlo aquí ha sido imposible. A mis amigables insinuaciones se mostraba tan impasible, que llegué a convencerme de que entra en su locura el no temer la muerte, o que se cree intangible como

el viento, o invulnerable como si fuese de hierro.
Yo me hubiera valido
de mi conocida destreza, y hubiera aplicado mis med
icamentos infalibles
para que desistiese de su extraña terquedad, a no s
ospecharme que
nuestro Ben-Farding no pudiera resistir mi método c
urativo, o, por mejor
decir, mis medios de transporte...

--¿Conque no quiere venir?--gritó como un león el S
ultán...

--Ahí está justamente el caso--respondió el amable
capitán de la guardia
africana--. El no se opone a aparecer ante la noble
presencia del
Príncipe de los creyentes; pero dice que él no pued
e separar a su
voluntad ni por un instante de la lentísima tarea e
n que se encuentra
afanado en dulce calma ya hace siete siglos. Un mil
ésimo átomo del punto
más imperceptible que dejara por taladrar, apartánd
ose voluntariamente
del sitio que ocupa, le fuera una falta imperdonabl
e.

El labrar su escotillón es su primer deber; pero co
nsiente en ser
transportado aquí en gracia del generoso, del nunca
vencido, del sabio,
potente, querido de Alahí, vencedor, príncipe de lo
s creyentes, mi
señor, si en el propio lecho en que espera su futur
a grandeza es
transportado en los hombros de ciento veinticinco..
.

--Será algún gigante--exclamó el Sultán--, pesado c
omo una montaña; ya
comprendo el fundamento que tiene en su fantasía pa

ra presumir que puede
ir hundiendo la tierra poco a poco...

--Pues ahí está el caso--respondió el amable capitán de la guardia africana--; es un gorgojo el tal Ben-Farding, que no llega a tres palmos, y, salvo su cabeza, que es gorda como la Alcuba de la mezquita, y sus pies, que son como dos luengas y anchas hojas de plátano, por lo demás se creería que su gravedad no llegase a veinte adarmes.

--Pues bien--replicó el Sultán--, sábetete, amable Abu-el-Casín, que me voy enamorando de ese precioso Ben-Farding, y me desvivo por tenerle ya ante mis ojos. Toma una manga de cincuenta y cinco ganapanes y otra de setenta aljameles de los que portean cal y canto a las murallas que ahora edifico en Fajalans, y que me lo traigan aquí al punto, en el instante, dirigiendo tú mismo la maniobra.

--Pues ahí está el caso--volvió a replicar Abu-el-Casín--; y es que Ben-Farding exige que esos aljameles y ganapanes hayan de ser precisamente, exclusivamente de los ilustres dignatarios, magnates, altos personajes, profundos estadistas, divinos oradores y sabios consejeros de este diván.

--Dígote, amable Abu-el-Casín--exclamó alborozado el Sultán--, que ese loco es lo más deliciosamente caprichoso que pueda idear la imaginación más chistosa; me declaro por su favorecedor, y de é

l espero el feliz
desenlace de esta aventura.

Pero ¿qué hacen esas feas alimañas de mi consejo y
diván que no se han
apresurado ya, que no han corrido para portear sobr
e sus lomos a mi buen
Ben-Farding, al libertador de mi esposa, al que ha
de ser mi primer
amigo si sus obras corresponden a la graciosa extra
ñeza de sus
fantasías?

--Pues ahí está el caso--dijo Abu-el-Casín--; es qu
e estas respetables
gentes no caen en la cuenta de que el encargado en
la ejecución de los
mandatos del Príncipe de los creyentes y de las ind
icaciones
sapiientísimas del gracioso habitador de la ratonera
de la Alcazaba es
vuestro siervo, el agradable Abu-el-Casín, capitán
de la guardia
africana.

--¡Hola, tropa!--dijo éste, volviéndose a aquellos
venerables varones.

Y ellos, que hasta allí habíanse fingido los distra
ídos, cual si no
oyesen tan interesante diálogo, se encontraron sin
saber cómo en pie,
cual si los hubiese movido un único y poderoso reso
rte. ¡Qué amabilidad!

Sólo quedó rellanando su cojín de terciopelo aquel
wazir, de labios muy
expeditos, que explicó en su elocuente peroración c
on noble
independencia la diferencia extremada que hay de un
robo a una
conjuración. Al notar el amable Abu-el-Casín la no

perpendicularidad de
las piernas del wazir, se iba a llegar a él diciéndole con una voz reprimida, que semejaba al silbido de una sierpe: "Ha criado raíces el sabio y ennoblecido Mulesaif..." Cuando este discreto personaje, entendiendo la granizada que se le acercaba, le respondió con acento muy meloso:

--Sí, yo estoy pronto, amable Abu-el-Casín; pero me he mantenido en mi rellanada postura, por estar más pronto a dar a mi persona más súbitamente; es decir, más presto, una configuración más adecuada para traer sobre los lomos a ese discreto Ben-Farding, que va a ser el mejor amigo de nuestro Sultán.

--¡Sálvelos Alah a entrambos! Por ahora--le respondió gravemente el agradable capitán de la guardia africana--, incorpórame e id, que si es preciso, ya se os avisará del cómo y cuándo habéis de tomar posición a cuatro patas con vuestros dignos cofrades.

Entretanto, el mismo Abu-el-Casín hizo alarde y resena de todos aquellos respetables wazires, ministros, cadíes, oradores, literatos y poetas que componían sapientísimo diván, y encontró que, sumados cuidadosamente uno por uno, y tomando sus nombres para evitar toda confusión, no se hallaban más que ciento y doce sabios entre todos.

El Sultán, alarmado con tal contrariedad, que dejaba manco el número de ganapanes y aljameles fijado por el caprichoso Ben-

Farding para que lo
portearan, se dirigió a Abu-el-Casín y le dijo:

--He aquí, amable capitán de la guardia africana, cómo llegan trances y casos en que se echa de menos la sabiduría. ¿De qué traza nos valdremos para llevar a debido cumplimiento las discretas exigencias de mi buen amigo Ben-Farding?

El agradable Abu-el-Casín inclinó su frente y le respondió sonriéndose:

--Descuidad en cuanto a ese punto, Príncipe de los creyentes, pues en tanto que a estos buenos amigos los dirijo hacia la Alcazaba, empujados por ahora en sus dos patas posteriores, pasaré yo personalmente por el colegio y la academia, daré una vuelta por las bibliotecas de Bek-Faral y de Aben-Melij, y recogeré los trece varones que nos faltan para completar el estupendo tiro que nos exige Ben-Farding, de entre los venerables literatos que más allá trabajan y se fatigan por la felicidad del mundo, fastidiando a la ciencia. Me lisonjeo de que esta inevitable substitución nos la ha de agradecer el sapientísimo Ben-Farding.

--Ve y obra--dijo el Sultán.

--Oír y obedecer--respondió Abu-el-Casín.

En efecto, el amable capitán de la guardia africana entró primeramente en el colegio que con grande apariencia y anchas escuelas y jardines de apartada soledad y propios para el estudio, se mira

ba edificado a las orillas del fertilísimo Darro. Allí encontró gran número de doctores y alfaquíes que estudiaban noche y día en el libro bajado del cielo, en la manifestación de los decretos de Alah, en una palabra, en las suras y aleyas del divino Alcorán.

--¿Qué hacéis?--preguntó Abu-el-Casín a unos viejos venerables de blanca y crecida barba, ancha y espaciosa frente, que se encontraban sentados sobre el césped de la verde pradera y bajo una bóveda de laureles.

--Aquí--respondieron--estamos componiendo las oraciones que se han de recitar mañana por las calles y campos para que Alah, el Altísimo, nos envíe su lluvia, la fértil y placentera, y nos retire su langosta, la voraz y devorante. Recitamos también sus alabanzas y altacabiras con voz apacible y corazón limpio y conmovido.

--Y vosotros, ¿en qué os ocupáis?--preguntó también Abu-el-Casín a otros vejetes de ojillos hundidos, frente estrecha, nariz roma y de gesto en que a un tiempo se retrataba la envidia y la vanidad.

--Nosotros--contestaron--nos afanamos por descubrir en nuestro estudio y fijar la noche en que Alah envió el libro santo y divino a su profeta y favorecido Mohamad. Cuando hayamos determinado este punto tan esencial, y sepamos en qué mes cae esta noche de misericordia, si es en el Remadán o en el mes de Safer, habremos vencido a todos los

doctores antiguos y a
cuantos en nuestra edad siguen ciegamente sus senten-
cias y decretos.
Entonces nos pondremos a la cabeza de todos ellos,
nos obedecerán y nos
respetarán; empalaremos a algunos, los perseguiremo
s a todos y ganaremos
mucho honra y, sobre todo, gran provecho.

El amable Abu-el-Casín empuñó a cuatro de estos bue-
nos amigos y los puso
en camino de la Alcazaba, y él se fué a la academia
, en donde disputaban
muchos sabios sobre gramática, filosofía, dialéctic
a y otras ciencias.

--¿Quién es aquel buen amigo?--dijo el agradable Ab
u-el-Casín, viendo a
uno que en un ancho cerco de oyentes hablaba y gest
iculaba con tanta fe
como placer propio.

--Aquél--le dijeron--es el famoso Frangis-el-Wadar,
oráculo de nuestro
siglo, depósito de elocuencia, tesoro de frases lín-
das, urna de tropos y
figuras retóricas, y además--le añadieron en voz ba-
ja--, amplio cofre y
razonable tinajón de vanidad y presuntuosa candidez
.

--El cree--añadió un estudiante de burlona catadura
, allí estante y
presente al caso--que aprendiendo las irregularidad
es y variaciones de
los verbos cóncavos y enfermos, se aprende a conoce
r a los hombres, y
porfía y jura y perjura que el gobernar el Estado g
uarda necesaria
hilación con la métrica y el arte de los consonante
s.

El agradable Abu-el-Casín, al escuchar tal reseña, dijo para sí: "Ya tengo el centésimo vigésimo quinto aljamel que me faltaba para el completo de mi cuenta"; y cogiendo al elocuente El-Wadar por la manga de su aljuba le interrumpió en su agradable ejercicio, sintiendo tal contratiempo aquel orador, no tanto por el puesto que iba a ocupar entre los aljameles de Ben-Farding cuanto por el negro disgustillo y rabieta de no oírse así propio en el vigésimo discurso que había ya principiado a pronunciar a su auditorio, y que hubiera sido más torneado y salido con más arrebol y afeites de palabrillas y colorines que las diez y nueve pláticas restantes y trompeteadas por sus labios aquel día.

Después, el amable capitán de la guardia africana entró en la biblioteca de Abu-Melik y de Ben-Farax, y en ésta encabestró a buen ojo cuatro poetas que escribían sendas cásidas de versos, presumiendo con ello dirigir al género humano, y en la otra atrailló a cuatro escritores graves que refutando hechos, desmintiendo las crónicas viejas, criticando los escritos antiguos, derramando la desconfianza y quitando la fe en todo lo tradicional, hacían de la historia una miserable controversia. Estas gentes daban en sus escritos, no el retrato fiel de los pasados siglos, sino su peculiar y mezquino modo de ver y apreciar las grandes acciones de los califas, sultanes y héroes, gloria y prez del Islám. ¡Alah le sea agradable a todos!

Abu-el-Casín, entretanto, al encaminar tantos magnates hacia el Alcazaba, decía regocijado:

--¡Qué tasia, qué tiro tan estupendo de sabiduría y de inteligencia!
Sólo un Ben-Farding, rey de la locura, puede tener tal idea; pero sólo yo, agradable Abu-el-Casín, capitán de la guardia africana, puedo dar vida a tal pensamiento, puedo llevarlo a cabo, puedo realizarlo con todas sus consecuencias...

Y el redomado se reía como una canasta; en fin, llegó a la Alcazaba.

V

Cuenta la historia que a pocos momentos de ésta un inmenso gentío llenaba cuantas calles y plazas dividían de la Alhambra el antiguo y romano Alcazaba.

Los habitantes de las aldeas y alquerías inmediatas a Granada, rústicas y pintorescas, pero cuyo número fuera imposible pasar en reseña, se dejaron venir a esta ciudad de rosas, frescuras y perfumes, alborotados con la relación de las aventuras que se contaban, y que por las puntas y ribetes que dejaban traslucir de encantos y maravillas, provocaban más vivamente la curiosidad pública.

Los matices y variados del Jaragüí y las flores vivísimas de sus huertos y vergeles, eran más desmayados y menos ricos que los colores de las marlotas y capellares de los mancebos, y que las sedas, velos y tocas de las zagalas que acudían en tropel a entrar por la puerta de Elvira para encontrarse en el espectáculo.

Acaso para dar más contento y cierto realce de abundancia y galanía al regocijo, todos traían de sus cármenes y alquerías, para cambio o para regalo, algo que ofrecer de agradable al gusto, al olfato o a la vista.

Aquí, las muchachas de velo blanco y de picante sesgo y talla, brindaban con ramilletes de celindas, de mosquetas de olor y de diamelas rojas; otras, allí, casando el blanco azahar con los capullos de los rosales de Alejandría y los chiringos de cándidos racimos con las azucenas y bermejios lirios, ofrecían símbolos y emblemas elocuentes de amor para las hermosas y enamorados.

Por acá los chicos presentaban ramos de árboles cargados de frutos; aquí la toronja y la dorada cidra; allá la amascena y la alloza; otros, tejiendo en verdes mazas las espadañas y los lotos, y armados por cuadrillas, según los barrios de la ciudad o de las rivales aldeas, se acometían y lidiaban en escaramuzas de nueva especie; otros hacían revolar multitud de jilgueros y verderoles sin hilo que los sujetase, y siguiéndoles entre aquel inmenso concurso los pajar

illos, y posándose en
los hombros del dueño infantil cuando se cansaban,
jamás se equivocaban
en tanta confusión y bullicio.

Por aquella parte, las aldeanas ostentaban en canas
tillos de cañizo y
juncos, bajo mil figuras caprichosas, la miel y la
harina, la alcorza y
el alfajó.

Las esclavas africanas vendían las confituras y bol
los, hechos con el
caniamum y el ajonjo, que alegraban el espíritu, si
n embriagarlo como el
vino.

Los esclavillos negros, en tallas de búcaro o en bl
anco y fino barro de
la Rambla, brindaban con el agua cristalina y fresq
uísima de las fuentes
más puras y nombradas.

Los mercaderes de poca monta desplegaban en sus aza
fates de paja de la
India las cintas y listones que, halagando el gusto
y afición de las
muchachas, hacían caer en la tentación de comprarla
s a los galanes y
mancebos.

Viejas de mala catadura cruzaban de aquí para allá,
llevando en la mano
alguna sortija o joyel; se acercaban a éste o al ot
ro corro de beldades
enveladas, o entraban en una o en otra casa, dando
una cita, entregando
un billete, recibiendo una flor de amoroso signific
ado, sin que el Argos
más celoso pudiera advertir ni sorprender su misión
misteriosa.

Los caballeros mozos de la ciudad, llevando en sus
manos pomos de aguas
odoríferas y de esencias, los derramaban allí en do
nde hallaban a sus
amadas y queridas, sacándolas y reconociéndolas en
tanta confusión por
los colores que vestían.

Los juglares y saltimbanquis aquí y allá entretenía
n la curiosidad del
bajo pueblo con mil suertes maravillosas y estupend
as: aquí mandaban y
se hacían obedecer de las alimañas y fieras traídas
del interior del
Africa; allí, a una voz, hacían salir de la tierra
árboles que crecían,
se cubrían de hojas y flores, madurando sus frutos,
que los incrédulos
cogían y gustaban. Allá improvisaban entre las pied
ras, y con una
palabra sola, alguna cascada y juegos pintorescos d
e agua, y por doquier
multiplicaban los prodigios y los encantos.

Acaso algún cristiano hecho cautivo en la frontera,
de condición noble,
o algún caballero de los mal contentos y fugitivos
de la corte de
Castilla, se paseaban también entre aquella turba,
recordando en su
corazón las veladas de Sevilla y de Córdoba, y los
vergeles y festejos
del Guadalquivir.

Los moedines gritaban en las torres de las mezquita
s en son grave y
acompañado, y los devotos y faquires repetían canta
ndo las aleyas y las
altacabiras, en tanto que el bullicio de la alborot
ada y curiosa gente
se dirigía hacia la Alcazaba, en donde tenía su mad
riguera el misterioso

Ben-Farding.

Todos ansiaban por pasar y repasar sus ojos por la figura y talle de tan maravilloso cuanto extraño personaje.

Los curiosos en las calles se empinaban, y las mujeres y muchachos desde las ventanas y azoteas hilaban de pescuezo y sacaban la cabeza a más poder, para divisar lo más pronto posible el autorizado acompañamiento que debería preceder al habitador de los subterráneos de la Alcazaba.

En fin, se dejaron ver veinticuatro disformes sayones, que eran como la vistosa comparsa del agradable capitán de la guardia africana Abu-el-Casín, que venían con sendos látigos en las manos, sacudiendo a derecha e izquierda para despejar el terreno y mantener en razonable distancia a los curiosos e impertinentes.

Incontinenti se miraban a los ciento y doce prohombres del Estado e individuos sapientísimos del Diván, que con el apéndice y añadidura de sus trece compañeros, elegidos a pierna entre los más distinguidos poetas, oradores, alcatibes y oradores de los colegios, bibliotecas y academias, tiraban de una enorme máquina, en la que habíase instalado el loco Ben-Farding en su lecho de ponderoso hierro, ni más ni menos que un galápago en una abrumadora concha.

Como toda curiosidad pública vivamente excitada, no se satisfizo aquélla completamente, pues para que Ben-Farding no sufries

e con la luz del día
la impresión dolorosa de que estaban amenazados uno
s ojos como los
suyos, que tantos años habían estado sepultados en
las obscuridades de
aquellos subterráneos, habían enratonado o empastel
ado su persona en un
alcartaz o cucurucho de papel de figura piramidal,
bordadas en él
algunas flores con puntas de alfileres, para que po
r tan leves
hendiduras pudiese respirar aquel loco empapelado.

--Dígote, amigo Jargul--exclamó por lo bajo uno de
los curiosos que
estaban viendo el extraño espectáculo en la calle d
e Elvira, volviéndose
a otro moro que al lado tenía--, que en menos de ve
inticuatro horas
hemos visto dos procesiones caprichosas, sin alcanz
ar a ver las dos
misteriosas personas conducidas en ellas. La primer
a era, según dicen,
una linda rapaza; éste aseguran que es un loco; de
aquélla no vimos más
que las andas, y de éste el papelón en que viene em
butido. ¡Jamás
nosotros, los del menudo pueblo, vemos más que la c
orteza de las cosas!

--Calla y mira, Albolalit--le replicó el otro--. ¿Q
ué sacarás tú con ver
lo que no te importa o lo que no pudieras conocer?
En tanto, solázate
conmigo en ver a esos wazires y cadíes, que nos man
dan y nos fustigan, y
a esos vocingleros oradores, escritorzueros y poeta
s que nos engañan y
entontecen, cómo van en recua porteando sobre sus l
omos la locura y lo
que es peor, bajo la agradable dirección del amable
Abu-el-Casín,

capitán de la guardia africana. El menudo pueblo no tiene más placer saludable que cuando alcanza a ver humillados a los que lo humillan a él cotidianamente. Cuando tal manjar se nos presenta, todos debemos dar en él con cucharones de azumbre y media, hasta hartarnos y tomar nuestro desquite. Mira entretanto qué punta les ha arrimado con el látigo a los venerables Abu-el-Seid y Abentomiz, para que ahilen con los demás de la recua, el agradable Abu-el-Casín, capitán de la guardia africana. Ahora recuerdo hasta con gusto las bastonadas que estos señores me mandaron arrimar por no sé qué medida de cercenada economía que yo solía aplicar en el pan que vendo en el mercado todas las mañanas .

Era ya anochecido cuando aquella segunda procesión entraba en la Alhambra, sirviéndole de bastonero el agradable Abu-el-Casín, capitán de la guardia africana, quien, pasando a la estancia en que sobre su solio aguardaba el Sultán, le dijo a éste, tocando antes diez veces la tierra con su frente:

--Príncipe de los creyentes, ya llega el loco sobre los lomos de la sabiduría.

El Sultán se deshacía en muestras de regocijo y de la más íntima alegría.

La anchísima estancia, iluminada con mil lámparas arabescas, se llenó primero con todos los miembros del diván; segundo,

con el apéndice de
los trece coadjutores elegidos y cazados por Abu-el-
-Casín, y, además,
con el catafalco aquel donde, como en empanada, se
albergaba el
caprichoso Ben-Farding.

--Quitad--dijo el Sultán--ese capirote de papelón,
y venga a mis brazos
mi mejor amigo, el príncipe de los disparates, el r
ey de la locura.

Cuarenta oficiosos wazires, con sus ochenta manos y
ochocientos dedos,
se precipitaban en tropel a poner en ejecución la v
oluntad del Sultán,
cuando una vocecilla gangozuela, pero no del todo d
esapacible, que se
dejaba escuchar dentro de aquel cascarón, como algu
nas veces el piar del
polluelo en su huevo, dijo ahincadamente:

--No haga tal, hermano mío, poderoso Mohamad. Antes
que me descubran y
descapiroten, fuerza es que se apaguen todas esas l
uces. Abu-el-Casín
así me ha hablado: cuando llegó a mí, hubo de echar
al agua para
apagarlos a los esclavos que él sabiamente convirti
ó en hachones
encendidos. La obscuridad es lo que me conviene por
ahora.

--Lo entiendo--respondió el Sultán--. Hágase como t
ú lo dices.

Y en un instante quedó la estancia en la obscuridad
más completa: cada
consejero o wazir dió un soplo tan fuerte a la anto
rcha más inmediata,
que la mató en un punto, y tanto viento agitado hiz
o vibrar las puertas

como si hubiese un terremoto.

--Entonces--dijo Ben-Farding--, hermano Mohamad, ya pueden destocarme de esta caperuza que me cobija, que por cierto ya me incomoda.

--Serás obedecido, rey de la locura--replicó el Sultán.

Y él mismo, levantándose de su solio como a tientas, quitó la cobertera de papelón, añadiendo:

--Respira y solázate, rey de la locura.

--No soy por cierto el rey de la locura--respondió Ben-Farding.

--¿Cómo no?--articuló turbado el Sultán.

Y a encontrarse con alguna claridad el regio aposento, se le hubiera visto de color del panal y con baño de amarillo azufre.

Sin duda, el Príncipe de los creyentes debió decir para sus adentros:

"Si este avechucho no es el rey de la locura, y después de tantos afanes y extravagancias no hemos encontrado más que un loco de los adocenados, un loco de insulsa mediocridad, será preciso entregarse al despecho y la desesperación."

No se sabe adónde hubieran ido a dar las imaginaciones del desconcertado Sultán, cuando, en medio de aquella oscuridad, se dejó escuchar la voz del caprichoso Ben-Farding, diciendo:

--Querido Mohamad, ¿por qué te he de engañar revist
iéndome con
titulillos que no he ganado todavía? ¡Pues qué! ¿No
hay más que ser el
rey de la locura? Pero no por eso te inquietes, ni
desconfíes de
encontrar remedio a tanto daño, alivio a los males
y buen desenlace a
tanta contrariedad.

El Sultán se consoló algo con palabras tan explícit
as, y dijo para sí:
"Pues está visto; el rey de la locura es algún ser
fabuloso a fuerza de
ser disparatado; contentémonos con éste, que será u
n loco de los graves
y encumbrados, y uno como capitán de una numerosa y
escogida taifa de
los más rematados. Entretanto, la condición del tal
Ben-Farding es llana
y fácil por todo extremo; me trata como a su igual
y camarada..."

--¿Y la muchacha?--prorrumpió el loco.

--La Sultana--replicó algo amostazado el Sultán--pr
osigue en su
paroxismo, y yo aguardo tus infalibles recetas para
verla en la completa
posesión de su hechicero espíritu, de sus facultade
s casi sobrehumanas y
de su celeste hermosura.

--Pues que me la traigan, hermano Mohamad--respon
dió el loco
Ben-Farding.

--¡Que se la traigan!--exclamó el Sultán.

Y cien postillones, avivados por las insinuaciones
del agradable
Abu-el-Casín, capitán de la guardia africana, salie

ron disparados con
tal orden a la apartada recámara en donde se encont
raban las dos
sultanas.

A poco entraban en la estancia del obscuro diván la
s doce tinieblas
personificadas del Sennaar, que conducían en un ric
o palanquín, y entre
almohadones de ormesí y sedas, a la desmayada cuant
o hermosísima Híala.

En cuanto los esclavos pusieron en tierra el precio
so depósito, y que
sólo se oía en el silencioso aposento el murmurador
bisbisar de los
wazires y consejeros y alguno que otro suspiro del
inquieto Sultán, se
incorporó el loco Ben-Farding, acercándose al lecho
en que descansaba,
como en un encanto, la linda Sultana, y exclamó en
alta voz y fuera de
sí:

--¡Perfección divina! ¡Portento sin igual! ¡Asombro
de la naturaleza!...

El Sultán, que en aquella tenebrosa obscuridad que
envolvía la estancia
estaba en ayunas de lo que pasaba en derredor de sí
, exclamó impaciente:

--Querido Ben-Farding, ¿has dado ya en el encanto,
conoces el sortilegio
que embarga los sentidos de mi esposa? ¡Habla, habl
a!...

El loco proseguía en sus encarecimientos, diciendo:

--¡La boca es un anillo! ¡La garganta es de un cism
e! ¡Pues y estos ojos

y estas mejillas! Sus cabellos son una madeja de azabache; sus pies son dos nonadas, dos mentirillas: ¡qué madeja! Su nariz es un perfil de realce y el más perfecto de nieve...

--¡Vive Alá!--exclamó, rugiendo el Sultán--. Que si no temiera tropezar con alguno de estos marmolillos de mis consejeros, me levantara y dividiera en dos partes iguales tu desigual locura: ¿te he traído yo de siete estados debajo de tierra para que pregones y me hagas almoneda de las perfecciones de mi esposa?...

--Hermano Mohamad--respondió sosegadamente Ben-Farding--, no te ahumes ni montes tan pronto en cólera: éste es el poder de la hermosura que arrebatata hasta a los mismos seres subterráneos como yo, y enloquece a la misma locura; vista perspicaz de neblí has tenido para divisar y coger tan presto presa tan deliciosa, hermano Mohamad. ¡Es tan tierna! Por otra parte, me era preciso acercarme a esa beldad para conocer la fuerza del poder que la tiene enajenada. En fin, todo está conocido; todo se remediará.

Estas palabras apagaron la hirviente cólera del Sultán; y ya, más sereno, y tomando un tono blando y de indulgencia, le rogó a Ben-Farding que hablase, y éste, en tono regocijado, le dijo:

--Voy al punto, Príncipe de los creyentes; pero antes déjame que vuelva a contemplar la muchacha, y que me goce en este privilegio que tienen

mis ojos de poder admirar la belleza entre las tinieblas. ¡Oh, qué boca de rubíes!--volvió a repetir--. ¡Qué frente! ¡Qué pies y qué madeja!...

Después, el loco, reclinándose en su portátil huronera, principió así su extraordinario relato.

VI

--Has de saber, hermano Mohamad--dijo Ben-Farding--, que debajo de estos palacios de la Alhambra se encuentran ocultos los tesoros mayores de la tierra, así en adirames y monedas de los reyes más antiguos Rumíes, como en zequíes, doblas zahenes y dineros de oro bermejo de todos los sultanes del Oriente y del Occidente. Además de esta inmensa cantidad de moneda, que con la menor parte de ella se pudiera comprar veinte veces toda la tierra si un honrado cadí la pusiese en almoneda, hay en esos tesoros tanta suma de perlas, de aljófar, de diamantes, jacintos y toda clase de pedrería, que sólo Dios, alto y poderoso, pudiera enumerarla. En cuanto a joyeles, anillos, ajorcas, cadenas, brinquiños, sortijas y estotras baratijas y juguetes mujeriles, basta decirte que si todos los hombres del mundo tuvieran veinte y cinco hijas tonas y feas, y quisieran casarlas con altos personajes por el aliciente de sus joyas, alhajas y preseas llevadas en dote, no lograrán tod

avía desocupar ni una
sola de las cuarenta mil estancias que se ven llenas
de tales bagatelas
y fruslerías.

En la cámara más apartada de esas regiones, y que forma como una alcoba
o media naranja de mil codos de travesía y cien mil
de altura, se
guardan las tiaras y cetros de los reyes antecesores
de Daud, los solios
de los antiguos reyes del Yemen, el arco y la maza
de Nemrod, que eran
de oro y carbuncos, los siete sellos de Soleimán, las
coronas de los
primeros Califas, y otros mil portentos y riquezas
de los reinos del Sur
y del Septentrión.

Este espacioso camarín está labrado en lo más hondo
de los palacios
mágicos y ocultos de la Alhambra: son necesarias veinte
semanas para
descender a ellos por las dos escaleras: una, de mármol
negro, y otra,
de jaspe blanco, que tienen en sus dos extremos. En
los jardines crecen
árboles y plantas cuyas hojas y frutos son topacios
, esmeraldas, zafiros
y otras cien especies de piedras preciosas, según la
familia y
naturaleza de cada planta y árbol. El Dauro riega estos
verjeles
desconocidos por canales fabricados de cristales y
beriles, y de entre
sus arenas, en redes de seda, sacan incesantemente
los genios copiosos
granos de oro, que van atesorando en silos de inapreciable
riqueza. De
los desperdicios de estas arenas son con los que este
hermoso río suele
enriquecer a los buenos muslines que en los placeres

s y remansos del
álveo buscan medios para remediar sus necesidades y
dar limosna a los
pobres.

Pues has de saber, hermano Mohamad, que esos tesoro
s están encomendados
a la custodia de dos genios: el uno, malo, y de la
especie de los
Alafrits, y el otro, bueno, de condición noble y de
aspecto hermoso, que
se llama Najum-Hasam.

En esos tesoros hace muchos siglos que faltaban dos
inestimables joyas,
que andaban todavía en manos de los hombres; la una
era la mesa de
Salomón, hecha de una sola esmeralda, y la otra, y
más preciosa, que era
el collar de perlas, que, conservado en tu ilustre
familia, lo llevaba
ayer en su cuello de cisne por regalo de boda la be
llísima Híala, que en
sueño profundo se encuentra recostada en ese riquí
simo lecho.

Cuando el fundador de tu dinastía arrojó de estos p
aíses a los últimos
príncipes de los Almohades, no pudieron éstos, en e
l rebato de aquellos
sangrientos sucesos, transportar de aquí los inmens
os tesoros de su
casa, tesoros que habían venido acreciendo y aument
ándose incesantemente
de sultán en sultán y de dinastía en dinastía, ya p
or las herencias y
conquistas, y ya por las artes y maravillas de las
ciencias ocultas, en
que eran muy versados. En el despecho de perder tod
o este imperio que la
fortuna regalaba a tu familia en fraude de la suya
propia, los príncipes

Almohades dejaron invisibles todos sus tesoros y riquezas en las mansiones subterráneas de estos inmensos alcázares y palacios, con tales artes y por tales secretos cabalísticos, que sólo Suleimán, o quien su anillo posea, pudiera haber a la mano y apoderarse de tanto encantado tesoro.

Es el caso que el collar maravilloso de Híala estuvo antiguamente entre los tesoros de los Almohades, y mientras allí estuvo, por el prodigioso poder y virtud de tal joya, el imperio y la ventura de aquella dinastía fueron en aumento, no habiendo comenzado a eclipsarse su gloria hasta extinguirse, cual ya sabes, sino desde el punto en que por una aventura de amores, que no es del caso entretenerse ahora con ella, salió el collar de aquella familia, y vino a posesión de la tuya, que desde entonces comenzó a engrandecerse en la corriente de los años y con los favores de la fortuna.

Pues el Alafrit, que es guarda de esos tesoros, que es favorecedor eterno de la familia de los Almohades, así como enemigo jurado de la tuya, sabe las virtudes del collar maravilloso. Según los decretos de los sabios y magos que lo ligaron a la vigilante custodia de tanta riqueza por las fórmulas y figuras nigrománticas de las ciencias ocultas, preveía que estando en continuo acecho pudiera ofrecerse ocasión oportuna y valedera para volver a poseer la inestimable joya del

collar. El Alafrit deseaba tal favor de la fortuna para quedar libre y franco de esa centinela continua, que desempeña con honores también de escucha y de atalaya trescientos años hace, y poder así volar a las montañas de Kaf, su habitual residencia.

Es el caso que allí trata de amores con una muchacha de su especie, algo pequeña de persona, pues no tiene más que tres fara sangas del tobillo a la frente, pero no fea. Su nariz es bien encantada y tornátil, así como la Giralda de Esbilia; sus ojos son algo rasgados, pero que cada uno será mayor que la bahía de Gadir; sus cejas son dos hermosas selvas de robles y jarales, y todos sus demás adherentes a este tenor. La muchacha quiere casarse, el Alafrit otro que tal, y tu imprevisión le ha llevado la sopa a la miel, el bocado a la boca.

Tú deberías saber que ese collar maravilloso, esperanza de tu porvenir, así como ha sido origen de la grandeza de tu familia, hace perfecta balanza y forma, por inseparable, con tu famoso alfanje Dul-Cahir, que fué un tiempo la victoriosa espada de Alí, bendígalo Alá. Si tú hubieses llevado el collar, si Híala siquiera llevara el alfanje, ya que pensabas separarte de su lado, la catástrofe no tuviera lugar; pero te separaste, o, por mejor decir, apartaste por un momento a Dul-Cahir del collar, y la ocasión se le presentó al Alafrit por el copete, no siendo él ni necio, ni manco para dejar de asirlo de buena manera. El fué quien

envió a la mariposa azul para provocar a Híala y a su esclava Encirnún a que para cazarla y perseguirla se desviase de su séquito y comitiva, y se acercasen a sitio conveniente para el sobresalto .

A propósito de esto te recordaré, hermano Mohamad, el olvido en que como monarca has tropezado respecto a la hermosa Encirnún, esclava, que puede ser reina en cualquier parte en donde se dé culto a la hermosura. El Alafrit, en cuanto la vió, si con la una mano empuñó el collar, con la otra engarfió a la hermosísima persiana, aficionado de su donosa figura, como tú pudieras estarlo si te encontraras jugando entre las flores con unos esclavillos tamaños como alfileres. Aquel jayán piensa llevarle presente tan cuco a la señora que le está otorgada en las montañas de Kaf, para que montando a Encirnún sobre su oreja si niestra, la rasque mansamente con un almocafre aquel lado de la cabeza , operación que la halaga muy dulcemente. Encirnún se resignó desde luego a fracaso tan grande, como debe hacerlo todo esclavo que cae por su culpa en situación tan triste; pero, o yo me equivoco mucho, o esta muchacha ha de volver loco al noble Najum-Hasam, el genio que con el Alafrit guarda los tesoros, y no será extraño que de esclava se convierta en Reina de las Hadas. Esto, por otra parte, a ti te estaría bien, hermano Mohamad, pues así tendrías esperanzas de recobrar tu collar por el buen afecto de la esclava; pues te advierto, hermano mío, que faltand

o de tu familia esta
joya maravillosa, este talismán de tanta virtud, tarde o temprano ha de
perder el imperio. Pero volvamos a Híala.

Píntate en tu imaginación, hermano Mohamad, cuál se
quedaría tu
bellísima y tierna esposa al ver súbito delante de
sí al jayán de ese
descomunal Alafrit con su disforme estatura, casi doble que la de la
novia, cuya descripción te he hecho; con sus ojos semejantes, cada cual
al corral de Belet, si estuviese ardiendo con azufre; con los hornillos
de sus narices iguales a dos caleras humeantes e hirvientes; con sus dos
piernas de figura salomónica, cada una formada de dos enormes
serpentones enroscados; con su barba tejida de breñales y raíces de
antiquísimos árboles, y con otros primores de tal jaez. La muchacha
hubiera expirado en el punto, si la virtud poderosa del collar no la
hubiese asistido. El collar resistió en parte la fascinación infernal de
aquel demonio; pero como al punto fué arrebatado del blanquísimo cuello,
Híala cayó, no muerta, pero sí desvanecida, en profundo paroxismo, pero
conservando en el desmayo su interior conocimiento.

En suma, Híala, cuando no duerme en el mismo desvanecimiento en que se
encuentra sumergida, oye, entiende y conoce. Todas las demás facultades
de su mente están en suspenso, pero el lograr que vuelvan al manso curso
que animaba regaladamente esa infantil, y casi divina existencia, es lo

difícil, es lo casi imposible; pero en manos está el adufe, Mohamad hermano, que bien lo sabrá repicar.

Si tuviéramos a mano una pluma de los pájaros de rosa que vuelan en el paraíso, sólo con halagar con ella un poco la nariz de nieve de la desmayada, estornudaría tres veces y despertara contenta y salva como de un sueño desapacible; pero como esto no es posible, fuerza será optar entre dos remedios solos que restan. Si quieres, hermano Mohamad, ver entrar a la muchacha por estos salones, danzando y triscando como una hurí celeste, con sus frescas mejillas hechas rosas, y dos soles por ojos, cantando como un ruiseñor y parlando como una mujer hecha y derecha, deja que me la lleve por tres días...

--Eso no--respondió el Sultán.

--¡Eso no! ¡¡Eso no!!--dijo Ben-Farding algo enfadado--. Pues, entonces, la cura será en toda forma; esto es, que será larga y bien fastidiosa. Es necesario, pues, si así lo quieres, hermano Mohamad, que Híala todas las mañanas sea conducida media hora antes que despunte el sol al propio sitio, junto a aquella fuente y debajo del mismo frondoso peral, en donde se encontró desmayada después de la catástrofe. Allí se le darán a oler, en matizados ramilletes, de todas las flores del Generalife, y aun se la acercará a los labios fruta del peral y raudales de la fuente, para que tales aromas y tan regalados como sencillos manjares produzcan

en la hermosa Sultana el mágico efecto que me figur
o. Después, en aquel
mismo lugar, formando un cerco con cojines y almoha
dones de seda, y
alfombrado el suelo con alcatifas de Persia, y de m
anera que las pueda
oír la lindísima Híala, contarán sendas historias p
or el estilo que
mejor puedan o sepan los esclavos, esclavas o perso
nas que sobresalgan
en tan peregrino como envidiable talento. Si las hi
storias o cuentos que
se relatan son por lo prodigioso y de maravillas, y
la hermosa desmayada
da alguna señal de admiración, o si por lo trágico
y lastimoso la
arrancan alguna lágrima, o siendo de donaires y chi
stes mueven la
celestial sonrisa de Híala; Híala está salvada, y p
oco a poco volverá en
sí dando un leve suspiro y entreabriendo sus ojos d
e paloma. A tu
diligencia oficiosa, a la buena voluntad de estos h
eroicos sabios que
aquí me escuchan, mis mozos de silla o porteadores,
y, sobre todo, al
buen arte del agradable Abu-el-Casín, capitán de la
guardia africana,
les toca y atañe exhumar, buscar y hallar muchos de
tales recontadores
de jadices e historias, o noveladores trágicos o cu
enteros festivos, y
que de entre ellos salga alguno que sepa por las ma
ravillas de su
relato, por las gracias de su decir o por las galas
de su invención y
sales de sus chistes, poner en juego las sensibles
cuanto delicadas
facultades del ánimo de la simpar Híala.

Y con esto me despido,
que vivo lejos,

hermano Mohamad, haciendo gracia por ahora de las ceremonias y procesión
con que aquí se me condujo, y del andamio, atalajes
, cuadrigas y tiros
con que se me porteó, pues ya está harta la locura
de ir en cuestas de
la sabiduría.

Diciendo esto Ben-Farding, saltó de su huronera, dió tres o cuatro
carrerillas por la estancia, sacudió de papiroles y
sardinetes a los
deslumbrados wazires, cadíes y altos dignatarios de
l diván, y salió
rehilando de la Alhambra, como Bodoque disparado por
fuerte brazo de
bien templada ballesta.

NOVELA ARABE[2]

CARTA PRIMERA

DE ABENZEID A VELID NAZAR

¡Tú bañado en el rocío de los placeres, y tu amigo
cubierto de polvo y
sudor en la frontera! ¡Tú vencido por una mujer, y
tu amigo triunfando
de los castellanos!

[Nota 2: Algunas personas han sospechado que esta novela era una
traducción a secas del francés; para descargo de su
conciencia, se les
dirá que, entre los manuscritos antiguos de donde se
ha copiado, se
encontraron varios fragmentos de versos y sentencias

s árabes y nada más,
única circunstancia que puede presentarse contra la
originalidad de la
novela, pudiendo decirse que sea traducida o imitada
de algún libro
oriental: dejando este punto para la investigación
de los curiosos, lo
único que afirmamos es que no es traducción de ning
ún idioma vulgar.
Para inteligencia de algunos pasajes, hemos creído
útil añadir notas.]

Cuando me arranqué de tu lado para la alcaldía de Z
ahara[3], me
prometiste venirte a mí antes de la luna de Zefar[4
], y dos meses han
volado sin verte. Dícenme que del valle de Lecrín[5
] bajaste a Granada
con intento de acudirme con una banda de jinetes en
la jornada a que
sin tu ayuda vengo de poner fin. Mas en vez de vert
e llegar al frente de
tus caballeros, te oigo rendido a los pies de una m
ujer. ¡Fuera ella más
hermosa que la que cautivó a Abdalazis, debieras tú
abandonar a tu
amigo, a tu hermano, a la gloria, en fin, por tan m
ezquino objeto!

[Nota 3: ZAHARA.--Fortaleza que tenían los moros, f
ronteriza al
adelantamiento de Andalucía.]

[Nota 4: ZEFAR.--Es el nombre de la luna que nace e
n agosto.]

[Nota 5: LECRÍN.--Valle frondoso a tres leguas Poniente de Granada;
era muy rico en tiempo de moros; tenía veinte puebl
os y lo bañaban seis
ríos.]

Mas ¿quién es? ¿Cuál es su nombre? ¿Cómo la viste?..
.. Porque me hayas
ofendido con tu abandono, ¿quieres ofenderme más co
n tu culpable
silencio y criminal reserva?

La hora del peligro pasó ya, y las entradas y algar
adas en tierra de
cristianos las guardo hasta mejor tiempo; para hace
r más doloroso el mal
es fuerza dar a los hombres algún aliento y descans
o. Así mis
fronterizos dormirán en la confianza hasta que los
despierte el hierro y
el fuego en las flores de la primavera. Por lo tant
o, goza el primer
verdor de tu juventud en esa ciudad paraíso, y no m
e encuentres con tus
valientes hasta la luna de Delhex[6], propia para l
a guerra.

[Nota 6: DELHEX.--Nombre de la luna que nace en may
o.]

Goza la vida, querido Velid; investiga la estancia
de tu belleza;
lánzala y persíguela en los laberintos en que sabrá
s empeñarla; en ello
hallarás más placer que demandando el venado por lo
s precipicios de
Jorail[7], mas tu corazón quedó siempre ileso y lim
pio: la gloria y la
amistad son las únicas joyas que deben llenar vaso
tan precioso. Alá te
guarde. Del Alcázar de Zahara, en 9 de Gumín[8].

[Nota 7: JORAIL o HOLAIS.--Es lo mismo que Sierra N
evada, y la misma
a quien los antiguos llamaron Oróspeda.]

[Nota 8: GUMÍN.--Luna que nace en noviembre.]

DEL MISMO AL MISMO

El Alí de Haquín, tu mensajero, me entregó la carta
en que me das cuenta
de la enfermedad de tu padre Abunazar y de los ruegos
y oraciones que
has prodigado para aplacar el ángel airado de la muerte. ¡Cuán bien
conozco en tu tierna inquietud, en tu oficioso esmero por quien te dió
el ser, el espíritu generoso y de fuego que te anima!

Aunque me fuese forzoso pasar un año sin abrazarte,
por bien cumplido lo
daría entendiéndote empleado en obligaciones tan sagradas. No te
maraville que el rey Ismael tome tan sobre su corazón el mal de padre:
dos veces fué salvado por éste; una en el campo y otra en los disturbios
de la Alhambra, y en ambas nada ambicionó, contentándose con sus tierras
de Lerín y su alcaidía hereditaria. Sin embargo, fuerza es poner tocando
en las estrellas el favor excelso de cederle para su recobro y
recreación la huerta de los Alijares[9], mansión real y de todo deleite.
¡Qué apacibles horas habrás gustado por aquellas arboledas, razonando
con tu buen padre, oyendo el idioma de las aves o cultivando acaso las
rosas de Egipto o el tulipán de Persia!

[Nota 9: ALIJARES.--Huerta de hermosa recreación, que los reyes de
la Alhambra tenían a la espalda del monte del Sol,

que llaman hoy de
Santa Elena: aun todavía se ven sus ruinas. Este pa-
lacio, dice un
historiador antiguo, estaba cercado de grandes esta-
nques, fuentes y
verjeles; las labores de sus techos eran iguales a
las que se ven
todavía en la Torre de Comares o Comaresch. De esta
mansión es de quien
canta el romance morisco:

.....
.....

Los otros los alijares
labrados a maravilla.
El moro que los labraba,
cien doblas ganaba al día;
el día que no labraba
otras tantas se perdía.

El P. Echevarría, que tachó primeramente de exagera-
da esta suma, en un
libro que publicó después, dijo haber visto las cue-
ntas y sumas de la
obra en los papeles de una familia descendiente del
arquitecto morisco,
y dió por exacto al romance.--Nadie saldrá fiador d
e lo fiado ni del
fiante.]

Fuerza era que en tan deliciosos cuidados te asalta
se la ocasión del
amor; pero en tu carta, imponiéndome menudamente de
lo que tú juzgas por
más sustancial, callas, acaso con malicia, la relac-
ión más interesante
para tu amigo. Tú me dices que adoras y que te idol-
atran, que has
entrado en el palacio del amor por la puerta del mi-
sterio, que no
cambiarás tu estado por el reino de Fez... Pero, en
fin, no responderás

a mis preguntas: ¿Quién es?, ¿cómo la viste?, ¿dónde se encuentra? El
compañero de tu niñez, tu amigo Abenzeid te lo suplica.

Aunque los pocos años que tengo más que tú no me hagan salir de la edad
de mancebo, todavía no los viví en balde. Antes que tú visité a Granada;
experiencia precoz de mi juventud la compré a trueque de sinsabores sin
término, y esto me da sobre ti una autoridad que serás necio
desatendiéndola y no mostrándome el sendero peligroso por donde caminas.
Adiós.

CARTA DE VELID A ABENZEID

A ti el delantero en el esfuerzo, el hermoso de los mancebos, consuelo y
amigo de su amigo. Velid Nazar, a ti te saluda, valiente Abenzeid:

Sólo tus cartas pudieran despertarme del sueño encantado del placer en
que vivo; pero despertándome me encuentro en los brazos de otros
sentimientos aún más dulces, cual es la amistad; ¿más dulce dije? ¿si
habré proferido alguna blasfemia? ¿pueda mi pecho servir de anillo y
unión eterna a pasiones tan celestiales! Tú quieres saber el principio
de este delirio... pues oye la historia.

Una tarde paseaba con mi padre por las calles de frutales del huerto

espacioso donde moramos, y que el Rey cedió a su antiguo amigo para alivio de su enfermedad, y recreación en su tristeza. A un lado se levantaban las torres de la Alhambra, y más cerca los chapiteles elevados de Generalif[10], que reflejaban los rayos del sol, debilitados en las blancas cumbres de Belet y Muley Hacen[11].

[Nota 10: GENERALIF.--Huerto y palacio a un tiro de ballesta a Levante de la Alhambra; quiere decir jardín de las Zambras o del festejador.]

[Nota 11: BELET y HACEN.--Son las dos crestas más elevadas de Sierra Nevada, que conservan todavía su nombre arábigo con muy corta corrupción: en la geografía de Antillón y en el viaje Bowles se encuentran noticias interesantes sobre estos picos.]

Mi padre me dejó solo por aquellos vergeles, que yo recorría desvanecido y soñando en la hora de precipitarme en pos de ti, querido amigo. En estas imaginaciones acaso comencé a entonar, como solía, las letrillas melancólicas de los cantores del Cairo y de Córdoba, a punto de pasar frontero al palacio de Generalif. Entonces el ajimez más elevado lo vi abrirse y cerrarse inciertamente dos o tres veces sin aparecer nadie en el antepecho, hasta que al fin soltáronse por él varias palomas que revolaban caprichosamente por los adarves de las murallas y los cogollos de los árboles: poco o nada me movió la imaginación

aquel azar, que yo
di por la diversión inocente de algún cautivo infeliz o de alguna esclava desdichada. Seguí, pues, mi vuelta y recogí me en el cuadro de flores que yo mismo cultivo a gozar del triste y dulce abandono que inspira una tarde serena, un agua viva sonante y el verdor delicioso del abedul y del avellano.

Sentéme, pues, y adormí los ojos para disfrutar voluptuosidad tan suave, cuando sentí entre las hojas algo que pasaba y bullía: tendí la vista curioso en derredor, y vi, pasmado, una de las palomas del ajimez misterioso que blandamente me rondaba casi hasta besarme con su pluma, sin azorarse por mi presencia. Ya más cuidadoso, comencé a halagarla con mi voz, fingiendo su arrullo, cuando para mi mayor asombro la miro pararse en mis hombros, trayendo pendiente del cuello, con un listón de color de lirio, un billete recogido con delicados pliegues y empapado en aromas de rosas. Lo desaté (voló la paloma) y veo en los más bellos caracteres cúficos estas razones lisonjeras y misteriosas:

"Bello sol, encanto de las vírgenes y delicia de las que miran tus ojos, sé discreto y oye mi voz: una hurí más amable que las del paraíso de los creyentes se abrasa por ti en un fuego más puro que la luz del oriente, padece y calla, suspira y es por ti: cuando te acercas a ella se tiñe con el color de la rosa del desierto, y si la hablas, su corazón se

agita como las hojas de los árboles al acercarse la
tempestad: su voz es
suave como el incienso de Etiopía, sus ojos son de
gacela, tímidos y
vivos en un propio punto, y el tacto de sus miembros
es más fino que las
telas de cachemira. Merece ser tuya, porque merece
el reino de la
Arabia, y tú debes ser suyo, porque eres virtuoso.
Su amor lo tiene
oculto en la urna del decoro: sácalo, pues, como se
saca la perla de
Ormuz del nácar de la concha, y serás feliz.

"Si no lo amas, ella morirá como la flor entre arenas;
búscala y
descúbrela, y toma estas señales para reconocerla.
El principio y fin de
su nombre es el Alef[12]. Su tribu es de reyes del
Yemen[13]; cuando te
mira y tú no la ves, sus ojos se humedecen y vacilan
como las aguas del
Piélago heridas del sol.

"El cielo te conserve, joven hermoso, y goza de más
dicha que
Betmendí[14]. Guarda secreto como la naturaleza sus
arcanos y el mar sus
profundos abismos. Adiós, adiós; piensa que no es
fútil todo lo que
parece tal. Adiós.

La Reina de las Hadas."

[Nota 12: ALEF.--Letra del alfabeto árabe, que equivale a nuestra
A.]

[Nota 13: YEMEN.--Los Abencerrajes descendían de un
príncipe de
aquella región de la Arabia.]

[Nota 14: BETMENDÍ.--Palabra persa, y usada por los árabes en sus cuentos y poesías, y quiere decir la fortuna, la ventura.]

¡Oh, querido Abenzeid! Ni las hojas de las flores cuando rompen su corola, son tan numerosas ni de matices tan vivos y diversos como los pensamientos que abrieron mi pecho a las imaginaciones del amor, cuando acabé de beberme las razones encantadas del billete misterioso.

Un fuego hirviente giraba por mi cabeza, y un opio el más dulce señoreaba todo mi ser: mis ojos miraban todavía aquellos lindos caracteres dibujados con oro y azul, y mi mente, lanzada ya en la senda de las ilusiones, corría rápidamente tras las sombras engañosas de los paraísos aéreos: ¡oh Abenzeid, qué estado tan celestial!

Al fin arranquéme de aquel sueño de delicias, y la curiosidad me llevó fuera del recinto donde me ocultaba, para rondar las ventanas y torres de Generalif, imaginando hallarme con otras señales más significativas de mi dicha. Todo fué en vano: las tinieblas de la noche vencían ya el crepúsculo de la tarde, y la luna, suspendida en los cielos como lámpara de oro, lanzaba delante de sus rayos las sombras gigantescas de los cubos y lienzos de la muralla.

Dentro de aquellos vergeles nada se oía más que el sonar de las cascadas o los silbos de los mirlos y ruiseñores que buscaba

n el nido entre los
sauces y madreselvas; por las almenas nada cruzaba,
y sólo se veía
brillar dudosamente alguna luz en este o aquel ajim
ez en los encumbrados
camarines del palacio: ¡oh Abenzeid, qué impacienci
a! ¡qué inquietud! El
neblí que oye a su lado el volar de la garza y no a
cierta a verla,
oculta por algún celaje, no padece más tormentos.

Mi imaginación delirante se forjaba mil visiones de
imposibles, que se
gozaba en vencerlos a su antojo, y el placer más su
bido y engalanado,
con los mágicos colores de los deseos, se me pintab
a por último término
en aquel cuadro fantástico.

Mas no pienses que los acíbares faltaban en este mi
primer sorbo del
cáliz de los amores; no, Abenzeid; el absinto del d
olor se desliza
traidoramente entre los labios de la juventud, y es
ta sentencia tuya
sonaba siempre como presagio en mis oídos.

Burlado en la idea de hallar el nuncio de mi ventur
a, caí en otros
pensamientos tan extraños, que ni yo mismo acertaba
a explicármelos, y
aun con mucho esfuerzo podré descifrártelos en part
e, pues cosas hay que
no es posible manifestarlas como sentirlas.

Pensaba, pues, que la paloma, paraninfo del amor, q
ue por tan raro caso
puso en mis manos el billete, podría haber hecho vu
elo para otro
amante, y que yo, desgraciadamente afortunado, habr
ía interceptado el
inocente correo y sorprendido un secreto tan amoro

amente interesante.

Entonces, envidioso de esta dicha aun desconocida para mí, celoso de un rival imaginario, frenético contra la beldad incógnita que podría amar a otro que yo, me entregué a todos los desvaríos del furor, cual si existiesen en verdad para mi daño una mujer infiel y un amante preferido.

El aliento consolador del ambiente de la noche, perfumado y empapado con las flores, y el frescor de las márgenes del Darro, serenó mi frente y templó el ardor fatigoso de mis sienes. ¿Con qué razón presumía yo envidiar los amores de otros más afortunados, a qui en el cielo pudo premiar con ellos sus virtudes, y el Profeta su valor y constancia?

¡Oh Abenzeid!, bien mostraban estas razones el conocimiento más claro a mi mente preocupada, pero nunca lograron arrancar de ella el primer sello del enojo, o no sé qué otro sentimiento indefinible. ¿Será que el corazón humano se fije siempre como centro del universo, y que juzgue que todas las ideas de grandeza, de beldad, de sublime, han de ir a él exclusivamente? ¿Será que yo, vano y orgulloso (me avergüenzo al decirlo), me creyese con derecho sólo en el mundo al amor de aquella belleza invisible, por lo mismo que mi imaginación me la pintaba con dotes tan celestiales? ¡O bien, querido Abenzeid, el poder de esta sangre abrasada de la Arabia que anima mi pecho, tendrá, cual en toda

nuestra tribu, el don fatal de encender desde la más leve idea de amor
el volcán horroroso del delirio y de los celos? ¿Qué hubiera yo dado por
tenerte a mi lado en aquellos instantes de anhelos y congojas, y hallar
alivio en tus consejos y mejor experiencia?

Pero era en vano; la soledad era mi única compañía;
no te ocultaré, que
en alas de mis pensamientos venía, cual iris consolador, la esperanza
más lisonjera a disipar aquellos enojos.

No podía dar a mero acaso el incierto abrir de los ajimeces, el divagar
de las palomas y el rondar en torno de mí aquella del listón y de la
carta. Embebido en tales desvaríos, y más amante que nunca del cuadro de
las flores donde tuvo lugar escena tan halagüeña, volvíme a gozar de su
frescura, realzada más en aquel punto con los raudales de mansa luz que
la luna, en todo el lleno de su disco, derramaba por entre los festones
de verdura que formaba tan florida mansión.

¡Oh querido amigo! Aquel era para mí el día de las ilusiones; todavía
erraba mi fantasía en tan contrarios pensamientos, sin saber cuántas
horas de la noche habrían corrido, cuando tuve otra aparición no menos
extraña que la primera.

CATUR Y ALICAK

O DOS MINISTROS COMO HAY MUCHOS

Podrá el triste ser retirado de su tristeza, pero nunca el malvado de su maldad.

Sentencia árabe.

Caleb cabalgaba gentilmente en un magnífico asno egipcio, dirigiéndose por el camino que, desde Esbilia, derecho guía a la ciudad de Córdoba, morada entonces del Califa.

A proporción que la distancia del camino se abreviaba, el asno mostrábase muy ligero y andarín, como si el olor de una gran población y famosísima corte le anunciase el próximo encuentro de algunos individuos de su numerosa familia.

El asno, digo, picaba tan sereno y con un pasitrote tan reposado y suave, que el jinete, entregándose a su fantasía, iba diciendo en sus adentros de esta manera:

"En las escuelas de Cuf pocos igualaron, y ninguno descolló, sobre la reputación mía: sé con puntos y comas las Suras[15] del Alcorán, las decisiones de la Zuna[16] y los dichos de los Cadís .

"Mis versos se cantan por las hermosuras del harén, mis apuntes de historia el Visir los lee; nadie puede afrentarme por mis acciones, y para mayor fortuna, los buenos me quieren y los malos me odian. ¡Oh, buen Alá! ¡Cuán bien hice de aplicarme al estudio y

no imitar al imbécil
Catur! Y ¡cuánto mejor me fué el seguir los principios del justo que no la perversidad de Alicak! ¡Oh, buen Alá, qué dicha tan completa me espera!"

[Nota 15: Son capítulos o párrafos.]

[Nota 16: Es el Código civil.]

Por mucha recreación que Caleb tuviese con sus locos pensamientos, al entrar por una alameda que sombreaba la senda por donde caminaba, le sacó de su cavilación una voz que de este modo iba cantando:

Cada cual busca su igual:
tal para cual, tal para cual,
fortuna sentada adentro
al saber que un necio llega,
sin duda vendrá a mi encuentro;
que el leño al leño se allega,
y todo busca su centro.
_Cada cual busca su igual,
tal para cual, tal para cual._

Caleb no tanto se sorprendió por el sentido filosófico de la cantinela cuanto por el acento del que cantaba, que le sonó como a cosa muy de su conocimiento y familiaridad; así quiso aguijar a su compañero de viaje, pero ello no fué necesario, pues el asno, por un superior instinto, se resolvió a trotar muy gentil y poderosamente.

A poco trecho se reunieron caminante y caminante, y cuál no sería la agradable sorpresa de entrambos cuando se reconocieron por dos antiguos

compañeros de escuela, Caleb y Catur.

Desde los bergantines cuadrúpedos que montaban se alargaron la mano con el mayor estrecho, y de pies cayeron en un diálogo, si instructivo, más edificante todavía, y que sentimos no poder trasladar en su totalidad por no poderlo recoger a las márgenes estrechas de este reducido cuadro. Pero al último, nuestro Caleb, que se picaba de sentencioso y moderador ajeno, enderezando la palabra al compañero, le dijo :

--Catur, ¡cuánto me place verte caminar para Córdoba! Prueba es ésta de que al fin te resolviste a dejar tu pereza y flojedad, y que adelantando con el ansia y sed laudable de ahora la desaplicación pasada, vas a poner la última mano a tus estudios, ganando a un tiempo gloria y provecho. Catur, ¡cuánto me agrada la resolución tuya!

--¡Oh, Caleb!--replicó el otro--; yo pensé que el conocimiento que dan los años te desviaría de la mala senda por donde entraste, y senda que no te llevará sino a tu perdición. ¿Estudios, eh?; más valiera que tomaras solimán corrosivo, pues si te hicieras superior a tan agradable horchata, todo el mundo te miraría como ángel o diablo; pero con estudios te darán por loco y se burlarán en tus barbas, y si es céfiro lo que necesita el bajel de tu fortuna, no te asaltarán sino los más recios vendavales. ¡Oh, Caleb, cuánto me aflige la resolución tuya!

--Eres un necio, Catur.

--Eso, Caleb, que tú me das por apodo, lo tomo yo de buen talante por alto título y dictado, y al fin veremos quién se engaña. Mira, Caleb, no he procedido de rebato para ser tonto, sino que para ello he caminado con un tino y con un rigor lógico que te pasmaría, pues no hay raciocinio más rígido que el mío. O los estudios son fáciles o son dificultosos: si lo primero, poca gloria se gana en aprender, y si lo segundo, ¿hemos nacido acaso para andar a cachetes con los libros en el mundo? Esto no tiene vuelta; además, que aunque toda comparación es odiosa, y que es género de argumentación que no te agrada, según recuerdo cuando tú estudiabas, y yo paseaba por la Dialéctica, ello es cierto que siempre los necios...

--Calla, bárbaro...

En este coloquio iban los dos antiguos estudiantes, cuando hubieron de soltar un tanto la disputa para atender y dar oídos a la aguda y penetrante voz de cierto caminante que picaba por alcanzarlos y que cantaba de esta manera:

Con espuela y paso a paso
llega el asno a la jornada;
pero víbora o culebra
dando saltos más alcanza.
_Ora se arrastra entre la hierba verde,
luego sube, y por do subió más muerde_.

En esto llegó a los dos primeros otro interlocutor de prolongadísima persona y mala catadura, color entre cerote y hollín, y ojos hundidos, aunque relucientes, con ciertas binzas de sangre, que venía montado en alta mula burdegana, tan aviesa y resabiada como su amo.

Los tres, al verse, prorrumpieron en un grito de admiración, conociendo el nuevo huésped en los dos viandantes a nuestros Caleb y Catur, y éstos en él al señor Alicak, célebre en sus primeros años por sus malicias y enredos.

Alicak saltó de su cabalgadura así como reparó en Catur, y aferrándose de la estribera siniestra, en actitud humilde y con eco melifluido, le dijo:

--¡Oh, mi caro, mi antiguo y único amigo, y oh, mi irremediable futuro e indefectible apoyo y favorecedor! Tú caminas para Córdoba: tu frente la veo de berroqueña, como antaño, y por último y feliz horóscopo, tus luengas orejas no han menguado ni un negro de la uña... ¡Oh, qué suerte tan dichosa te espera!; dame paz en el rostro y prométeme tu gracia y favor...

Caleb, que, conociendo la condición maligna de Alicak, no le caía en gracia aquella pantomima burlesca, pensó ejercitar su humor moralista y severo, y así, con tono dogmático, le habló de este modo:

--Alicak, ya juzgué que tus inclinaciones al mal se hubieran debilitado, cuando no destruído de todo punto; por eso me aflijo al mirarte con tan poca enmienda, siendo así que donde vamos, tus artes te harán mucho mal y bien ninguno. La justicia, la sabiduría y la austeridad de costumbres allí presiden; ¿y qué será de ti si por ventura?...

-Perdón, perdón, y mil veces perdón--gritó Alicak--; perdón, repito, sol de la sabiduría, fuente de la doctrina, león contra el engaño, justo, sabio, valiente Caleb, dame los pies para los besar.

Y así diciendo, dejando a Catur, se acercó al doctor, haciendo las muecas y visajes más picarescos.

Catur renegaba porque le hubiesen interrumpido el oír sus propias alabanzas; Caleb predicaba contra la bestialidad del uno y la infamia del otro, y el señor Alicak en esto ponía bajo la corona de la cabalgadura del orador moralista, un sendo aguijón, que comenzó a lastimar el asno, y éste a brincar, y el jinete a castigarle, y los otros a gritarle como fiera en coso; lo cierto es que a poca pieza del camino Caleb se derrumbó sobre un prado de ortigas, donde no lo hubiera pasado del todo mal si Catur, sobreviniendo allí, no le hubiera sacudido cuatro topetadas con su testa maciza, y si el señor Alicak, después de desnudarle para que mejor sintiera el halago de la alfombra donde

reposaba, no le hubiese aliviado de los zequíes y de oblas zahenes que llevaba.

Después de esta aventura (que por ser tan común en el mundo no tiene nada de nuevo puesta en historia), Catur y el señor Alicak entraron en Córdoba, y Caleb, como mejor supo y pudo, también llegó a la gran ciudad, prometiendo en sus adentros, cuando llegase al poder, que a Catur lo pondría en sitio tal que pudiese comer y roncicar potentemente, sus dos favoritas distracciones, y que al señor Alicak lo pondría encerrado en palacio tan espacioso y rico, que sin pensar él que estaba en prisión, no pudiese hacer el mal a que lo inclinaba su condición intrigante y pícara.

Y ya en Córdoba, y antes de todo, comenzó a visitar las bibliotecas y curiosidades de la ciudad celeste.

Anduvo largos días Caleb en tales entretenimientos y recreaciones, cuando, dando punto en ellos, trató de pensar en su futura suerte. Algún tiempo estuvo meciéndose entre las más dulces esperanzas, ya fiado en los títulos que él contaba tener en sí propio (vanidad culpable), y ya contando en la benevolencia de ciertos favorecedores (confianza necia); pero viniendo semanas y andando meses nada conseguía, sólo recogiendo humo entre sus brazos cuando más cerca pensaba tener la fantasía de la fortuna.

En esto se le vino a recordar que desde Cuf traía cierta carta para el sabio Lokman[17], famoso en los reinos musulmicos por las obras que escribía, y más aún en Córdoba, por sus verídicos vaticinios; y se propuso, sin falta, el visitarlo a la siguiente mañana.

[Nota 17: Este Lokman no puede confundirse con el que tanta fama ganó en Oriente con sus apólogos o fábulas.]

Puesto por obra su pensamiento, llegó a la morada del sabio, que era un pequeño vergel en cierto ángulo retirado de la ciudad, y allí llamando, fué recibido muy cordial y amorosamente por un anciano de faz venerable y de bellida y argentada barba.

Aún no habían los dos recién conocidos finalizado los primeros capítulos de la plática, cuando le anunciaron al sabio que allí estaban dos jóvenes que ansiaban por saber de su boca las dichas o desdichas de su estrella.

Lokman entonces hizo ocultar a Caleb entre unas mosquetas del jardín, y mandó que entrasen los dos curiosos, que para mayor maravilla del escondido, no eran otros que Catur y el señor Alicak.

El sabio, instruido de la demanda de entrambos, se acercó primero a Catur y luego al señor Alicak, leyéndoles, y observándoles la faz a cada cual con escrupulosidad nimia, y de pronto, postrándose ante los dos al

uso oriental, exclamó:

"¡Oh, poderoso Alá, tus juicios son insondables! Pero fuerza es adorar tu obra."

Levantándose después, le dijo a Catur:

"¡Oh, hijo mío!, esta tarde y otra y otra pasea por las alamedas del río entre los otros árabes, lleva alzada, muy alzada la frente y duerme con descanso; al cuarto día serás Emir y poseerás grandes riquezas: sólo te pido, en premio de mi noticia, que me dejes en paz."

Y luego, volviéndose al señor Alicak, añadió, mirándole con miedo a la frente:

"Tú, ser afortunado, retírate a tu casa y nada más."

Catur y Alicak, oyendo estas palabras, se retiraron alegres, echando antes el primero una mirada de antojo al vergel, y el segundo una mirada de codicia a los anillos de oro y piedras preciosas que tenía Lokman en la mano.

Caleb, que observó toda esta escena, salió para abrazar al sabio y pedirle que también a él le relatase su porvenir, contando sin falencia sacar mejor partido que sus dos inferiores compañeros de estudio; Lokman le miró entre gozoso e incierto, y abrazándole estrechamente, le dijo:

--¡Oh, hijo mío! Ninguna de las líneas de tu frente

te anuncian fortuna,
al menos para la edad en que vivimos. El letrado privilegiado no lo alcanzo a ver en ella, por más cuidado que en ello pongo.

--¿Y cuál es ese letrado, padre mío?--repuso afligido Caleb.

--Joven querido, son tal y tal--y pronunció dos palabras árabes desconocidas para nosotros.

--¿Y qué quieren decir tales palabras?...

La historia no dice si se llegó o no a saber la clave de estas dos misteriosas palabras; pero sí se sabe, y consta por las crónicas de aquel tiempo, que Catur y el señor Alicak llegaron al estado prometido por Lokman, siendo al propio tiempo nombrados visires por el Califa.

Cuál fuese el feliz régimen y honradas acciones de estos dos ministros, se concebirá fácilmente sabiéndose que desde aquel punto entró en los habitantes tal prurito por peregrinar, que los pueblos quedaron casi desiertos.

Algunos viajeros, después de largos años, relataron en sus escritos que cierto anciano de faz venerable y bellida y argentea barba, y otra persona de menos edad, huyendo de los dos visires, vivieron solos y apartadamente en una isla desierta.

Muchos sospecharon que tales solitarios no pudieron ser sino Lokman y

Caleb.

DON EGAS EL ESCUDERO Y LA DUEÑA DOÑA ALDONZA

Fecho es de burlas.

Dueñas, déselas Dios a quien las desee:
mirando estoy dónde las echaré.

QUEVEDO, _Visita de los chistes_.

Meterte a sacomano me atreviera;
mas ante Elvira aféitate la cara,
y tal tu dura enjundia me prepara,
que en ti abra cala un espetón siquiera.

Desperdicios de un soneto.

Horas de vísperas eran cuando en largo de la cal de
 Sant Romant, de
Toledo, paso a paso divagaba un escudero en contine
nte reposado, así
como pavón atildándose en la sombra. Sus calzas de
entray atacadas a
rico jubón colorado, capa palmilla revuelta al braz
o, e gorra aceituni
con sendas plumas blancas e negras, bien demostraba
 que aquel gentil
hombre presumía de caballero, bien que el no calzar
 borceguíes bermejós,
tachonados con sendas espuelas, aina decía no haber
 alcanzado tanta
honra.

En cambio requería a menudo la lengua espada que pe
ndía del talabarte,
autorizando así la minúscula persona, que no semeja
ba más que cusibel

allegado a senda pértiga.

A poco trecho de casa donde el paseante enclavaba a fincadamente los ojos, se abrieron los lienzos de la encumbrada fenestra, e una mano gentil que no cristiana arrojó una letra que el paseante, a guisa de can, que con boca abierta atiende coger la mariposa que pasa, pensó atrapar antesacando el pecho y abriendo los brazos en aspa de Sant Andrés; pero el papel avieso, como fecho de materia liviana, hizo cortes y ruedas, y ruedas y vueltas por el aire, pasando y repasando por entre los dedos del penitente para luego revolar e posarse en lo más alto del dintel de la puerta.

Don Egas, que tal fué su nombre de este hidalgo, para conquistar aquel joyel apellidó en su ayuda los ingenios de guerra que están en uso para asaltar los torreones de las cercas y muros; pero al postre, acopiando sendos guijos lisos y escuetos de la corriente, trepando por ellos con su luengo acero, pescó el billete, que, desdoblándole de sus tres dobleces y aplicándolo como ensalmo a los ojos, sobre el calletre y por bajo de la higadilla (salvos sea la parte), leyó, después de la cruz negra del comienzo con capirotes encarnados, las siguientes razones:

"A vos, el magnífico escudero, salteador de mi albedrío: Magüer la entereza de mi honestidad afincóse en resistir la delectación de vuestros requebrados amores, tan de antuvión entrás

tedes por el
rastrillo de trasparamento de mi corazón, que sin m
ás estar en mí, me
siento astreñida en rendir el mi homenaje, y me jur
o en deliquios de
imaginaciones vuestras. Otrosí, el vuestro talante
que pasea de continuo
frontero a mis fenestras, magüer encogido e diminut
o, halló medra en mi
aspereza, e sepades (e en tal punto se me enrova be
rmejo el rostro), que
campeará en el mi alvedrío *_in sæcula sæculorum_*. E
como el mi linage es
de enjundia e añejo, inquirí que sedes de los bueno
s e viejos, sin ser
retejado (Dios vos libre), ni conocer la Atora ni e
l sábadu, ni mirades
a furto el lardo; e otrosí supe, y vala por todo, q
ue sedes de Solares
de Carriedo, todo para gloria de esta mi persona at
aviada hoy día en
fecha con saboyana carmesí y verdugado de seda, y l
a toca con volante
blanco pinjado con pinjantes ricos, visión en forma
que si queredes
reverenciar, acudir habedes a media noche por filo
por el arcaduz del
jardín. Subid por el tapial, y de allí por el abedu
l tomad tierra: catad
de non caer, e si caedes catad de lastimaros razona
blemente e nada más."

Tres veces se le agolparon lágrimas de gozo a los o
jos de aquel menguado
lector, compañero tuyo en aquel trance de lición, ¡
oh, benévolo
leyente!, e tres veces suspiró e desahagóse el pech
o. El aina rebozóse
en la capa, e asomando el rostro como cauto ballest
ero por saetir,
repasó la calle, ojeando la fenestra de suso nombra
da, e trasflor de

verdes vidrios de Venecia, atisbó la figura de la enjaulada, que ni punto más ni punto menos semejaba a don Satanás enfalado, e faciendo gentil mesura, volvió el cantón de la vecina calle enderezando a su casa para atender la escura noche.

Eran las doce muy corridas e la rua estaba negra como malos pecados, cuando dos gentiles hombres así fablaban en puridad andando su camino:

--Paréceme, amigo Egas, que no andades tan suelto por la calle sonando la queda como a sol tendido.

--Oh, don Malicioso, ¿e non sabedes que el jaco de malla, e la cota, e el broquel, e el montante, e otros arrequives de tal guisa, algún tanto empescen e perturban los miembros? Más aosadas que el ánimo, más despejado va que nunca, e resuelto a todo. Más dígame, dómine Tomillas, ¿traedes el discante y la letra para cantar?

--Sí traigo.

--Mas hemos llegado al lugar: vos faredes la escucha, buen Tomillas, mientras yo guindo mi persona por el tapial, así como me hagan la seña. Rasgad empero el instrumento, e apuntadme la letra.

Entonces el enamorado Egas, con voz entonada y ronquilla, cantó de tal manera con ayuda de vecino:

Quando contemplo en tal hora
el blanco envés de tu espalda,

y que recoges tu falda
para subir tan sonora;
don Cupido, o don Demonio,
entra a rebato en mi pecho,
y grito, un sátiro hecho,
yo requiero matrimonio.
.....

Así cantaba Egas cuando se oyó caer una falleba, e
otrosí, se oyó una
voz que ceceaba desde rejas no muy altas, e luego d
ijo: "Ah del gentil
hombre."

Allegóse el amador, dándole órdenes antes a su atal
aya, e ansí fablaba a
su señora:

--Tan mal parado no parástedes cuando paréme a para
r los parabienes que
para...

--Alto, alto, e non parareadme más, don apareador d
e lindezas; liso y
llano e non tan alto de punto, non semejedes a salt
ador y surtidor de
jardín que lanza agua alto, alto y se resuelve en n
ada. Empero esto
aparte, dadme mercedes ya que os evité saltar mura
llas, e a riesgo de
voltrear os tengo aquí ni con tanto trabajo vuestro
ni tanto apartamiento
mío. Recogí las llaves de este zaquizamí, e vedme a
quí sola e sin
mancilla, que las fembras de pro no temen trasgos n
i fantasmas.

--Ya que por vuestro mandato he de hablar canto lla
no, vos diré, señora,
que esta merced que de vos recibo la acojo con más
gratitud de vuestra
pudicicia, cuanto hasta ahora no vos merecí que cru

eldades y sofrenadas.

--Así es la verdad, caballero; mas parad mientes que las doncellas treintenas, como yo, han de esquivarse con más ansia que los arrapiezos de quince a veinte: materia feble e quebradiza e que vos enloquecen a vosotros los amadores.

--No así a este vuestro servidor, que donde no ve persona entera o correosa, no ve al de provecho; además que non nací para endotrinar fija de vecino.

--Mi fe que habláis como el Conde Lucanor, e que es a discreción me captiva. También vos diré que ora miro en vos perficiones que antes no reparé en ellas. Ejempli gracia: ese vuestro naso corvo y parvo, e arremangado un tantico como quien va a la frente, me ponía un miedo cervical como a doncella asustadiza: parecíame jeme de gigante sayón desplegado por la mitad de vuestra cara, e las carnes me bullían viendo los anchos lunares como de almagre que le paraban. Empero ahora no miro en él que miembro apuesto que vos autoriza cumplidamente: e miro más, e veo a ese don Cupido de quien cantabais que cabalga en ellas, fablo narices, e que con sus viras batiéndoos a guisa de acicates, os llama la sangre en aquel lugar.

--Non me sonrojéis con los vuestros loores, mi señora...

--¿Dejástedes quien vos ficiese espaldas? Pues creí

escuchar algún
rumor.

--Fieme en el buen Tomillas, tañedor de laúd e dulz
aina, e él dará
rebato en toda aventura... _mas hele, hele por do v
iene_.

--Mala landre me mate si no somos acometidos. Tres
campanarios armados
entran por la calle, de cada paso llevándose media
plaza de andadura, y
en las manos menean por mazas sendos robles o palos
de navío.

--El miedo vos face abultar las cosas, buen Tomilla
s.

--Decidme, gentil hombre, ¿sedes poeta? Que según f
aciades uso de
hipérbole, o yo no me apellido Aldonza, o podéis bi
en facer un poema:
andad a vuestro puesto, don Babieca, que eso que vo
s semejan campanarios
habían de ser los mozos gabachos del comendador Núñ
ez, que facen burlas
e escarnios ruando por el barrio, como que hoy es m
artes de antuejo.
Idos, idos, e non conturbéis nuestros coloquios.

--Ansí será, e la peña de Francia no me desampare e
n este oficio de
atalaya de amores...

Y fuese el escucha y prosiguió don Egas:

--¡Oh, doña Aldonza!, círculo de mis ruedas, blanco
de mi cuidado, e
cuento de mis vueltas e revueltas, dejadme, amparad
me de vuestra
diestra.

--No me retocéis la mano por entre las rejas de la
fenestra, travieso
mancebo, que tengo ante los ojos aquello de lo _bar
ato dado, caro
llorado_. Atended al tiempo y no quered perder el r
ocín y las manzanas.

--El que tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo vien
e que se arrepiente;
perdonad algo a la fuerza de mi amor.

--Todo home face tales añascos y marañas para burla
r a nos las
doncellas, e después de burladas, el duelo ajeno de
l pelo cuelga.

--Mal alfajeme remoje las mis barbas si mi promesa.
..; pero al pobre
Tomillas lo rematan... ¡Santo Dios, qué vapuleo!

Y era así, que los mozos gabachos del comendador, q
ue todo el día
anduvieron guantando con blanco a los vagantes, y s
ujetando jirones y
añaceas al manto de las dueñas, encontrando de esta
ntigua al buen
Tomillas, por la media noche le arremetieron con al
gazara, e le atapaban
la boca con poleadas de yeso, cual a chico mamón, e
el cuitado gritaba:

"Que me rematan a coces y cucharadas."

Dejando la turba alegre a Tomillas mal parado, embi
stieron con el
amante, que en buen paladín en medio de la calle bl
andía la espada para
reñir como bueno, animado por las voces del marimac
ho enrejado, que le
acuciaba a reventar de fuerte, o semejándole en lo
bravo a Leonidas e a
otros perillanes de la antigüedad.

Pero el atónito escudero, ya porque remembrase la p
aciencia cristiana, o
bien porque la disforme catadura de los desenvuelto
s mancebos que venían
de carantoña y botarga le turbase los sentidos, ell
o es cierto que tomó
una retirada sin más compás que los espaldarazos y
cintarazos de
aquellos tarascas o garduños, e ainda llevando el a
gua va de los
vecinos.

El molido se recogió en su morada, e la dueña, dand
o ventanazo, se
refugió en su recámara, matando las alimañas e corr
ederas que encontraba
al paso en el desván, no cansándose de maldecir por
hombre que tan mal
defendió el paso, e revolviendo en su mente la traz
a de vengarse de
amante tan amilanado.

Don Egas fincaba en su lecho, repasando en la mañan
a los azares
infaustos de su correría nocturna, cuando ante él a
pareció un muchacho
vivo e agraciado que le entregó una epístola con ne
ma negra, e le
preguntó:

--¿Niño, sois paje?

--¡Oh que no, señor estafermo, digo enfermo! Soy el
monaguillo del
barrio, cual lo vedes por la hopa que visto; e llev
o, e traigo, e torno,
e pido.

--Pues toma--dijo el del lecho--esos tomines, e la
Magdalena vos guíe.

Allí rompió la nema y leyó esto que sigue:

"Al follón, al ruin, al asendereado e más molido de todos los escuderos.

"Vos vide fuir al cantar el gallo, e entendí el son del bataneo que vos ficiéron en los lomos; abollados se os mantengan.

"Non mantuvisteis el campo como ardido, ni vos salvastes con cautela, mas sin cerrar vez siquiera, tomástedes calzas de Villadiego e corristeis a puto el postre.

"E así, magüer fagáis en mi desagravio diez torneos e dos pasos honrosos, e quebredeis trescientas lanzas vos fago siempre la mamola: chicos e grandes vos escarnecen e dicen que a hombres de Castilla nunca el mismo diablo puso miedo, cuanto más los antifaces e mojigangas; e otros dicen, ¡Santa María, qué horror!, dicen que la fuída vos soltó los pies, e vos corrió la vicaría, e que de acullá vino que sonástedes por bajo la dulzaina, e non era dulzaina, e que oliades non a estoraques ni algalias, sino peor que azufre. ¡Puf!, ¡qué blasfemia!

"Id en mal hora; e jardinero os recoja para sus eras, que non limpia e aseada dueña doña Aldonza."

Tres días de sol a sol, el pesaroso Egas quedó sin catar pan ni tragar agua, llorando con los ojos y cacheteándose con los puños por su flojera de nervios; al cuarto día tomó descanso, al quinto anaranjeó un gallo e

jugó a las tablas, e de allí a otro día reía a la desesperada, e cuando le tocaban la retaguardia sólo respondía:

"Más vale vergoña en cara que cuchillada."

Saludable consejo que de marras aquí muchos prosiguen e obedecen.

E otrosí: oteando en su magín el buen don Egas, reparó que si a interrogación se debe respuesta, con mayor fuerza de derecho toda epístola traída en recaudo pide letra y carta en papel; y por tal resolvió no darse por muerto, antes bien escribir su senda foja, y diciendo y haciendo ansí trazaba letras como signos de nigromancia, y dijo:

"A la por ahora mitrada en tocas y rabuda en haldas .

"Tal espinan y escuecen las razones de vuestra epístola, que no semejan sino escritas con el bello de vuestros belfos y quijadas, que no son más ásperos los ortigales de la montaña.

"Si me catástedes repararme y retirar (que fugir no n, ¡pese a Mahoma!), fué porque con cuatro no hay garabato, y que a mi hijo lozano no me lo cerquen cuatro; y más vale salto de mata que ruego de bueno, y antes tuerto que ciego, y huído que no manco ni lisiado.

"Y no pensedes que soy hijo de paloma blanca o Juan de buen alma que me tomo las barbas con jayán de tres estados y me barajaré con diez

gigantes.

"Y en cuanto a lo del punto por bajo, miente la bel
laca, que soy bien
trabado de miembros y muy astreñido de natura que n
unca por jamás me
permitió hacer tal desaguizado, y por tal todas mis
coyunturas y
entrecijos huelen a estoraques y canela y estoy a p
rueba y pago la
estrena. Non curo que vos podáis sufrir semejante e
spulgo si no es que
don Lucifer fuese el husmeador.

"Vos os habéis dicho en puridad: 'Más valen coces d
e monje que halagos
de escudero'; mas pronto vos veré como la pimienta
negra, rugada,
tostada y en pos molida. Si os ofendéis de mis razo
nes, sabed que a
quien me hace mal con la boca, le muerdo con la col
a; y que habló la
boca por do pagó la coca.

"Tened por cierto que los mis amores no me entraron
por vuestros ojos
bellidos, sino atendiendo a que por falta de chapín
metí mis pies en un
celemín, o que por deseo de zuecos metílos en cánta
ro. No al sino que si
Satanás no os empuña, los grajos vos saboreen. Don
Egas, dos minutos
después de mi redención."

La carta fué y afufóse la tórtola, e así quedaron
en flor e ciernes los
amores de Egas e de Aldonza, fincando burlados los
curiosos de ver que
fruto e injerto hubiera salido de cruzar dos cartas
tan eminentes por su
huero magín. E magüer la perfición de esta mercancí
a reservó natura por

altos fines a tiempos más cercanos a nosotros, non
embargante casándose
separadamente Egas e doña Aldonza difundieron prolí-
ficamente su simiente
necia e sandia hasta nuestros días, en que sus niet-
os andan en servicio
de estos reinos por mar e por tierra. Es linaje ete-
rno.

Tuvo cabo esta historia en la Era de César de 1342,
e la escribió maese
Cándamo.

HIALA, NADIR Y BARTOLO

Feliz el que cubriendo su cabeza
con la Holanda sutil del blanco lecho,
fija la mente en mágica belleza,
se aduerme el alba en plácido reposo:
y mil veces feliz y más dichoso
si bebiendo en la copa del beleño,
visita las mansiones encantadas
que con oro y azul fabrica el sueño.

SOLEDADES.

¡Oh, Nadir! Estás cautivo, y el feroz sultán Ismael
no soltará jamás los
nudos de tus cadenas. Tú tienes fértiles territorio-
s, él posee grandes
Estados; están en linde y deben confundirse, y con
tu muerte, él los
hereda como hermano de tu padre; triste catástrofe.
... ¡Oh, Nadir, me
inspiras compasión!

--¡Oh, virgen hermosa! Tú no puedes ser sino Híala;
tus acentos me

revelan algo de más celestial que las vulgares bell
ezas del serrallo;
tus ojos de gacela[18] me manifiestan quien tú eres
. Tú sufres como yo;
tú, como yo, eres prisionera; si mi cárcel es el es
trecho recinto de una
torre, también es prisión tuya ese jardín en que va
gas. Tenga el Sultán
un deseo, y ese ámbito se estrechará hasta....

[Nota 18: Híala es lo mismo que gacela.]

--¿Hasta qué?

--Hasta el recinto de su camarín, hasta el cerco de
su lecho. ¡Oh,
Híala, me inspiras compasión!

--Resolución de mujer, es palma contra el siroco; s
e dobla, y finge que
cede; pero al fin cumple siempre el gusto suyo y tr
iunfa de la fuerza.
Quien viene a verte en la torre de los Siete Sellos
, algún poder tiene,
y quien te habla desde un ajimez[19], alto cien cod
os del suelo, algo
tiene de las propiedades de las aves, y el poder y
la belleza sólo se
rinden al placer. ¡Oh, Nadir, qué inadvertido eres!

[Nota 19: Ventana, mirador.]

--Las aves también se prenden, y la burla que en su
loca vanidad hacen
de las redes, la pagan a caro precio, sacudiendo lo
s hilos de alambre de
su jaula y lastimándose contra ellos; al poder y la
belleza los vence
más poder y mucha astucia. ¡Oh, Híala, qué inadvert
ida eres!

--Nadir, a pesar de la indiscreción de que me acusa
s, tú tienes cierto
oculto presentimiento de que te verás libre por arte
y ayuda mía. Un
sueño, una visión, cuyas circunstancias no quiero a
puntarte, te han
participado tal suceso, y las aventuras por donde has
de pasar, y las
finezas que me has de deber, y las delicias que juntos
hemos de
disfrutar, son casos tan verdaderos para tu fantasía
a, que todo lo crees
con la mayor certeza; y es preciso confesar que no
puede haber
credulidad mayor como dar fe a las sombras del sueño.
¡Oh, Nadir, cuán
crédulo eres!

--Híala, no negaré que hay algo de verdad en la relación
que has hecho;
los sueños son el único consuelo de los desgraciados,
y ya halaguen sólo
los miembros fatigados y lasos, o ya entretengan con
sus juegos la sed
de una imaginación ardiente, siempre es dulce el disfrutarlos.
Pero el
desvelo acerca al punto la mano fría de la realidad,
y toda ilusión
desaparece; así, mis sueños huyen, y con ellos la credulidad
mía; si tú
me juzgas crédulo, ¡oh, hermosa Híala, cuán crédula
eres!

--Mira, Nadir, nos hemos echado en cara como defectos
tres cosas, cada
una mejor que la otra, y que juntas hacen el encanto
de los sentidos y
la delicia del espíritu; juntas, digo, forman el verdadero
amor, y amor
con juventud y belleza es el almíbar de los cielos.
La compasión es
ternura; ser inadvertidos es ser inocentes y crédulos.

os... ¡Oh, Nadir! La credulidad, y la credulidad más ciega, es el único y cierto distintivo del amor. Si yo a mi amante le dijese (y no lo creyera) que volaba la montaña Kal, y que el mar venía encerrado en la concha de mis zarcillos los separaba al punto de mi mente. Así, Nadir, dejemos ese lenguaje, que, aunque lleno de flores, siempre presta alguna amargura, y dispongamos la evasión tuya y la fuga mía para cumplir tu sueño y completar nuestra dicha.

--Mira, Híala, ya en mí es un deseo, un delirio, un frenesí el más extremado lo que en tu corazón acaso no será sino un antojo pasajero. Pero ¿perderé mis Estados? ¿Dejaré de llevar a cabo mi venganza? Para mí la venganza es la miel de la vida, y el ponerte al lado de este ídolo y sagrario de mi corazón es el mayor encarecimiento de la pasión mía. Rompe mis cadenas, dame un hanjar, y toma con mi cariño la última lágrima de mi sangre; pero antes de todo, déjame vengar.

--Mira, tus Estados son grandes, son fértiles, pero el fruto más puro y la flor más linda revelan siempre la fatiga de un esclavo, el sudor de un infeliz. La venganza es manjar muy dulce, y debo saberlo, porque soy mujer; acaso estamos de acuerdo, y sólo nos diferenciamos en el modo; concédeme que nuestra venganza sea menos violenta, y yo daré tal susceptibilidad a nuestro enemigo, que le sea dolorosa en mucho más. El

acero casi se embota en la dureza de la mano, y una
 espinas de la rosa
hace lastimar y desangrar el corazón. Ya el Sultán
se abrasa
perdidamente en el fuego mío; cuando al huir nos mi
re pasar por ante sus
ojos y todo su poder no alcance a estorbarlo, su pr
opio cuello se lo
morderá de rabia, y para que no calme este leve sin
sabor, todas las
siestas le recordará su burla y nuestro amor la pal
oma azul, que vendrá
a arrullar sobre su ventana. Por lo demás, puedes p
oner en el menos
valer, en el desprecio, todas las riquezas de tu he
rencia, y todas las
arideces de tus floridos vergeles. Mi dote te hará
más rico que todos
los monarcas de la Arabia y de la Persia, y sólo co
nsiste en esta llave,
este listón y esta mariposa blanca y verde de cache
mira. Con la llave
abrirás y entrarás y visitarás invisiblemente, desd
e la cabeza gorda y
maciza del visir Barbaruk hasta el último abismo de
l mar. Con el listón,
sacándolo y ensortijándolo donde quieras, aunque se
a en los círculos del
aire, por un oculto sortilegio que no quiero explic
arte, él mismo, y por
su propia virtud, traza un oasis encantado, mansión
 afortunada de todos
los gustos y placeres, sin que la saciedad ni el fa
stidio tengan poder
para entrar en el mágico cerco de la isla. Genios a
éreos servirán el más
leve de nuestros caprichos, sin emplear jamás las g
roseras manos del
hombre (que no puede haber dicha en la pútrida atmó
sfera del sudor ajeno
ni en el trabajo del esclavo). Carros de luz nos co
lumpiarán en el éter;

corolas misteriosas de flores peregrinas nos suministrarán, como en
cálices de oro, los manjares más deliciosos, las bebidas más delicadas;
y esta mariposa, en fin, nos llevará a nuestro antojito, y con la viveza
del pensamiento, doquiera que mandemos, dándote a ti asiento en la verde
y a mí en la blanca y siniestra ala. Mira, Nadir, cuál despliega el
insecto hermoso su plumaje de iris para volar hasta ti, llevándote la
llave misteriosa que ha de abrir los siete sellos que cierran las
puertas de tu torre. Abre, huye, y escapemos juntos de la vileza y
podredumbre del mundo de Arismane, y volvamos a la isla de los encantos;
parte, vuela....

--Tiendo, trémulo de placer, la mano, y me encuentro, ¡ira de Dios!
¡cuerpo de Cristo!, me encuentro con la mano gafa de mi criado Bartolo,
que me movía y sacudía, cual violenta peripecia de tragedia, para
despertarme del sueño más delicioso que mortal alguno pudo disfrutar: me
asestaba aquel Longinos la larga lista de sus sisas, que como traidora
lanza cotidianamente me dilacera el flaco y doliente costado, sacándome
el revuelto rosicler de la plata y calderilla. No pudiendo mi
imaginación abandonar el hilo de oro de sus ideas, aun todavía yo
soñoliento, se me escapaban de mis labios estas palabras, que Bartolo,
tomándolas por otras tantas interrogaciones matinales de las que
acostumbro hacerle, procuraba satisfacer del mejor modo, entablándose

así el siguiente diálogo:

--¡Oh, Ismael!

--Don Rafael entró aquí muy de mañana; dió tres vueltas y cuatro carrerillas; por no despertarle, pintó a Vmd., con la tinta avinagrada del escritorio, tres o cuatro bordados en la cara con mucha sutileza, que todavía los conservará Vmd. con el mayor primor (y era verdad), salvo que se han extendido, ennegreciéndolo de oreja a oreja. Dióme cuatro capirotaños, llamándome bruto y asturiano; se almorzó el chocolate, quebró el vaso, tronchó dos sillas y se despidió, prometiéndome siempre volver después para diablear un poco.

--¡Oh, Híala; oh, hurí mía!...

--Doña María entró también con la doncella de su sobrina; trajo papel del sello pobre para un memorial pedigüeño que debe Vmd. hacerle; dejó nota de la mucha hambre que padece, nombre del marido que pudo tener y murió, y estadística del estado en que puede hallarse la niña; dejaron la ropa blanca; me dió cuatro pellizcos de monja, y volverán para lamentarse, la vieja, del tacaño tiempo, y la sobrina, de la poca fe de los hombres....

--¡Oh, llave misteriosa; oh, paloma azul; oh, mariposa de Cachemira!...

--Señor, no fué Cachemira, fué cachetina, y cachetina endiablada la que

se dieron. El uno debía y dijo _nones_, y el otro q
uiso su dinero y
decía quiero: fuerza era que se sacudiesen.

--¡Calla, maldito, calla!--le dije al fin--. No des
plegues tus labios y
no me martirices sacándome de los sueños que encant
an para conducirme a
las realidades que matan. ¡Calla, maldito, calla!

Pero todo fué en vano; el hilo estaba ya roto, y ya
me fué imposible
remontar mi mente hasta los palacios de Armida, de
donde bajé en un
salto; y así, el artículo principiado con las mágic
as razones de Híala y
Nadir, fuerza fué acabarlo con la parla rastrera de
mi académico
Bartolo.

EL FARIZ[20]

Si no existiera la mujer hermosa
fuera un bridón el ídolo del moro.
Mas si los dos al orbe prestan lumbre,
los dos a un tiempo forman un tesoro.

Poesía árabe.

[Nota 20: Fariz es un título de honor, que entre lo
s árabes vale
tanto como _caballero_. Los arabistas pretenden que
de _fariz_ viene en
castellano la palabra _alférez_.]

¡Cuán dichoso es el árabe cuando, montado en su cor
cel, se lanza, desde
las rocas en el desierto; cuando los pies de su bri

dón, sumergiéndose en
la arena, levantan el mismo murmullo que el hierro
ardiendo mojado en el
agua! Vedlo allá cuál nada en el Océano de arena, y
cuál hiende las
áridas ondas con su pecho del delfín.

Aprisa, aprisa: apenas toca con sus pies la faz de
las arenas: aguija,
aguija: ya se lanza envuelto en un turbillón de pol
vo.

Es negro el corcel mío como nube de otoño; blanca e
strella como la
aurora brilla sobre su frente; da al viento su crin
hermosa, como
garzotas ondantes, y sus pies cuatralbos vibran cen
tellas de fuego.

Vuela, vuela, bridón mío, el de la estrella blanca;
selvas, montañas,
abrid paso, dadme lugar.

En vano la verde palma se me brinda con sus dátiles
y sombra; yo
desprecio su hospedaje.

La palmera avergonzada huye de mí, se oculta en el
Oasis, y en el
susurro de sus hojas parece que se burla de la teme
ridad mía.

Sus altas rocas, custodios de la frontera del desie
rto, vuelven sobre mí
su faz negra y torva, repiten la carrera de mi caba
llo, y parece que me
amenazan así.

"El insensato, ¿dónde va? Su cabeza no encontrará y
a amparo contra los
dardos del sol, ni bajo la verde caballera de la pa
lma, ni bajo el

blanco pabellón de la tienda. Allí no hay más que una tienda, la bóveda del cielo. Allí las rocas solas pasan la noche; sólo las estrellas viajan por allí."

Yo corro más y más: vuelvo la cabeza y miro las rocas huir avergonzadas de mí, y que se ocultan y bajan sus crestas las unas tras las otras.

Pero el águila escuchó sus amenazas, y juzga con la loca presunción que me hará su prisionero en el desierto; se lanza por los aires y sigue mis huellas con carnívoro afán, y tres veces cerniéndose en el cénit me rodea la cabeza con una negra corona.

"Yo siento, yo percibo, grito de lo alto, el olor de un cadáver: ¡oh, caballero insensato, oh, desgraciado bridón! ¿El jinete inquiere aquí la senda? ¿El caballo busca aquí la hierba? ¡Insensatos! El viento sólo halla aquí el camino; las serpientes solas encuentran aquí su pasto; los cadáveres solos descansan en el desierto, y los buitres tan sólo viajan por él."

Así gritando roncamente me amenazaba esgrimiendo sus garras. Tres veces se encontraron nuestros ojos, y tres veces nos medimos con gesto amenazador; y de los dos ¿quién se arredró? El águila fué, que huyó aterrada.

Corro más y más, y cuando volví los ojos, el águila estaba lejos, muy lejos, suspendida del aire como una mancha negra, g

rande como un
jilguero, luego como una mariposa, después como el
más pequeño insecto,
y en fin, se desvaneció entre lo azul de los cielos
.

¡Corre, vuela, corcel mío, el de la blanca estrella
! ¡Rocas, águilas,
hacedme lugar!

Pero una nube oyó las amenazas del ave carnívora, y
desplegando en el
éter sus cenicientas alas comienza a perseguirme, p
resumiendo ser en el
cielo tan veloz como yo sobre la tierra, se fija so
bre mi cabeza y así
me amenaza entre los silbos del viento.

"El insensato, ¿dónde va? El calor le fundirá el pe
cho cual si fuese
cera; ningún celaje con su lluvia le templará su ca
beza cubierta del
polvo más sofocador, ninguna fuente lo llamará con
voz sonante y
argentina, ni la más leve gota del rocío llegará a
él para consolarle,
porque apenas cuajada, ya la habrá devorado con su
aliento el viento de
fuego."

En vano me amenaza. Yo corro más y más, y la nube,
vencida del
cansancio, comienza a vacilar en los cielos, dobla
su altiva cresta y
busca apoyo sobre una roca.

Cuando volví la cabeza, un horizonte entero nos sep
araba; pero sin
embargo divisé la nube, y sobre su faz leí lo que p
asaba en su corazón.
Primero se tiñó en rojo de encendida rabia, luego v
istió la amarillez de

la envidia, y por último, poniéndose negra como un
cadáver, se ocultó
detrás de las montañas.

¡Vuela, vuela, bridón mío, el de la blanca estrella
! ¡Nubes y aves,
hacedme lugar!

En aquel punto, como si fuera el sol, di una mirada
en derredor por todo
el horizonte y no vi a nadie: yo solo estaba en el
desierto.

Aquí la naturaleza aletargada no se despertó nunca
por los cuidados del
hombre. Aquí los elementos no se mueven en torno de
mí, así como los
animales de una isla descubierta por la vez primera
no se asustan con
las miradas del hombre.

Pero, ¡oh Alah! yo no soy aquí el primero ni el sol
o venido.

Allí en campo cercado de arena miro brillar numeros
a comitiva. ¿Serán
éstos pacíficos viajeros, o salteadores que acechan
los pasos del
peregrino? Corro a ellos y no se mueven, les grito
y nada me responden.

¡Oh Dios! éstos son cadáveres, es la antigua carava
na exhumada por el
viento del hondo de las arenas. Sobre los esqueleto
s del camello
cabalgan los huesos de los árabes, por los cóncavos
donde en otro tiempo
se animaban los ojos, y por las mandíbulas descarna
das se desliza
corriendo la arena sutil, y estos murmullos parecen
amenazas.

"El insensato, ¿dónde va? Más allá el huracán lo espera, y tendrá
nuestra propia suerte."

Yo los desprecio y corro y vuelo más y más: ¡cadáveres y huracanes,
hacedme lugar!

Un huracán, el más terrible de los que recorren el Africa, discurría
solitario por el Océano del desierto. Me divisa al lejos, se maravilla
al verme, detiene el paso, y enroscándose en sí mismo, se dijo:

"¿Quién es aquel viento, el más débil de todos mis hermanos, que con su
vuelo lánguido y perezoso se arriesgó a entrar hasta en mis estados
hereditarios?"

Encendido en rabia, marcha en contra mía como pirámide ambulante, y
reconociéndome por un mortal, furioso y despechado hiere el suelo con su
planta, y trastorna la mitad de la Arabia. Me asalta y prende como el
sacre a la paloma: con sus alas fulminantes me azota y me maltrata, me
abrsa con su aliento de ascua, me lanza en el aire y me rechaza al
suelo. Yo me defiendo y combato, y rompo vigorosamente los nudos
gigantescos de sus turbillones; lo desgarro y lo muero, y tasco entre
mis dientes las arenas de sus miembros. El huracán quiere evadirse y
deslizarse, en forma de columna, del ahogo de mis brazos; no puede
lograrlo, y se estrella y rompe.

Su cabeza se desvaneció en lluvia de polvo, y su en

orme cadáver cayó a
mis pies como las murallas de un alcázar.

Entonces respiré, levanté los ojos y los fijé fieramente en las
estrellas, y todas las estrellas fijaban sobre mí sus
ojos de oro, pues
en el desierto nadie había sino yo.

¡Oh, cuán dulce es respirar aquí con toda la holgura
de su pecho! Yo
respiro libre, ancha y desembarazadamente, y todo el
aire del Arabistán
basta apenas para el pecho mío. ¡Oh cuán dulce es
mirar de aquí con
todo el alcance de su vista! Mis ojos se engrandecen,
se fortifican y
alcanzan más allá de los límites del horizonte. ¡Oh
cuán dulce es
extender aquí mis brazos franca, poderosamente y en
toda su extensión!
Me parece que con ellos abrazaría todo el universo,
desde el oriente al
ocaso. El pensamiento mío se lanza como una flecha,
alto, muy alto, más
alto todavía, hasta llegar al abismo de los cielos.
Y como la abeja
envía su vida en el aguijón que dispara, así yo con
mi pensamiento elevo
a los cielos todo mi espíritu.

* * *

Adán Mickiewicz se ha dado a conocer ventajosamente
en Europa por su
Conrado, bosquejo histórico, sacado de los anales
de la Lituania, y
por sus sonetos de Crimea; pero lo que más le ha re
comendado por su
originalidad y valentía es el rasgo que hemos dado
a conocer, y que,
traducido libremente al castellano, ofrecemos al pú

blico.

FIN

CALPE

COLECCIÓN UNIVERSAL

* * *

Precio del número, 0,30

* * *

La =Colección Universal=, inaugurada por la editorial CALPE, publicará las mejores producciones literarias del ingenio humano, en todos los órdenes: novela, historia, poesía, ciencia, filosofía, teatro, memorias, viajes, ensayos, etc.

* * *

La =Colección Universal= será pronto, para los lectores de habla española, un elemento indispensable de educación y cultura. Hará asequibles a todo el mundo los beneficios y los goces del trato espiritual con los más grandes genios de la humanidad.

La =Colección Universal= publicará las obras en su ABSOLUTA INTEGRIDAD, sin supresiones ni adiciones de ninguna especie.

* * *

La =Colección Universal= cuidará con extremado celo de que las

traducciones sean siempre fidelísimas y correctas;
no publicará
traducciones anónimas; encargará sus traducciones a
reputados
escritores.

* * *

La =Colección Universal= cuenta, para las ediciones
de autores españoles,
con el consejo y la colaboración de eminentes filólogos.

* * *

La =Colección Universal= se vende a 0,30 el número.
La extensión de un
número es, aproximadamente, de 100 páginas. Las obras
que tengan mayor
extensión irán publicadas en volúmenes de 200, 300,
400 y más páginas,
valuándose cada volumen como 2, 3, 4 y más números.

* * *

La =Colección Universal=, por su extraordinaria baratura,
representa un
esfuerzo editorial, nunca realizado en España.

* * *

La =Colección Universal= publicará todos los meses
VEINTE números, o sean
unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repartidas
en ocho o diez tomos
de presentación elegante y de cómodo uso. Los 240 números
anuales de la
=Colección Universal= constituirán una copiosa y elegida
biblioteca de
unos 100 tomos.

La =Colección Universal= admite suscripciones por un trimestre, un semestre y un año. Para los suscriptores, el precio del número será de 0,25.

Suscripción trimestral	15 ptas.
-- semestral	30 --
-- anual	60 --

Para las suscripciones y pedidos de volúmenes sueltos, dirigirse a

Compañía Anónima CALPE

Consejo de Ciento, 416 y 418

Apartado: 89 BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

N.º 1-4.--=Poema del Cid=. Texto y traducción.--La traducción ha sido hecha por Alfonso Reyes, del Centro de Estudios Históricos.

N.º 5-6.--LOPE DE VEGA: =Fuente Ovejuna=. Comedia.--Edición revisada por Américo Castro.

N.º 7.--M. KANT: =La paz perpetua=. Ensayo filosófico.--La traducción ha sido hecha por F. Rivera Pastor.

N.º 8-10.--O. GOLDSMITH: =El Vicario de Wakefield=. Novela.--La traducción ha sido hecha por Felipe Villaverde.

- N.º 11-13.--LA ROCHEFOUCAULD: =Memorias=.--La traducción ha sido hecha por Cipriano Rivas Cherif.
- N.º 14-15.--J. ORTEGA MUNILLA, de la Real Academia Española: =Relaciones contemporáneas=.
- N.º 16.--P. MERIMÉE: =Doble error=. Novela. La traducción ha sido hecha por A. Sánchez Rivero.
- N.º 17-20.--STENDHAL: =Rojo y Negro=. Novela. Tomo I.--La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.
- N.º 21-24.--STENDHAL: =Rojo y Negro=. Novela. Tomo II.--La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.
- N.º 25-26.--J. W. GOETHE: =Las cuitas de Werther=. Novela.--La traducción, de D. José Mor de Fuentes, ha sido cuidadosamente revisada y corregida.
- N.º 27.--ANTONIO MACHADO: =Soledades, galerías y otros poemas=.--Segunda edición.
- N.º 28-29.--CERVANTES: =Novelas ejemplares=. Tomo I. «La gitanilla» y «El amante liberal».
- N.º 30-33.--L. ANDREIEV: =Sachka Yegulev=. Novela.--La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.

N.º 34-35.--C. CASTELLO-BRANCO: =Novelas del Miño=.--La traducción del portugués ha sido hecha por P. Blanco Suárez.

N.º 36-37.--CICERON: =Cuestiones académicas=.--La traducción del latín ha sido hecha por A. Millares.

N.º 38-40.--VILLALON: =Viaje de Turquía=. Tomo I.--La edición ha sido cuidada por A. Solalinde, del Centro de Estudios Históricos.

Y otras obras de Mme. de Stael, Antón Chejov, Estévez-Calderón, Trindade Coelho, Moratín, Plutarco, Barbey d'Aurevilly, Tácito, George Eliot, Massimo d'Azeglio, Kant, Leopoldo Alas (Clarín), César, Garcilaso de la Vega, Sterne, Schiller, Jules Sandeau, Montesquieu, A. Kuprin, etcétera.

Precio del número, 0,30 ptas.

ALGUNAS DE LAS OBRAS PUBLICADAS

Novela.

N.º 8, 9 y 10.--O. GOLDSMITH:
=EL VICARIO
DE WAKEFIELD=. Novela.--Traducción,
por
Felipe Villaverde.

N.º 14 y 15.--J. ORTEGA
MUNILLA, de la Real
Academia Española:
=RELACIONES CONTEMPORANEAS=.

N.º 16.--P. MERIMÉE:
=DOBLE ERROR=. Novela.--Traducción,
por A.
Sánchez Rivero.

N.º 17, 18, 19 y 20.--STENDHAL:
=ROJO Y
NEGRO=. Novela. Tomo
I.--Traducción, por
Enrique de Mesa.

N.º 21, 22, 23 y 24.--STENDHAL:
=ROJO Y
NEGRO=. Novela. Tomo
II.--Traducción, por
Enrique de Mesa.

N.º 25 y 26.--W. GOETHE:
=LAS CUITAS DE
WERTHER=. Novela.--La
traducción, de don
José Mor de Fuentes,
ha sido cuidadosamente
revisada y corregida.

N.º 28 y 29.--CERVANTES:
=NOVELAS
EJEMPLARES=. Tomo I.
"La gitanilla" y "El
amante liberal".

N.º 30, 31, 32 y 33.--L. ANDREIEV:
=SACHKA
YEGULEV=. Novela.--Traducción
del ruso,
por N. Tasin.

N.º 34 y 35.--C. CASTELLO-BRANCO:
=NOVELAS
DEL MIÑO=.--Traducción
del portugués

por P. Blanco Suárez.

N.º 44 y 45.--V. KOROLENKO:
=EL DIA DEL
JUICIO=. Novelas.--La
traducción del ruso ha
sido hecha por N. Tasin.

N.º 46 y 47.--S. ESTÉBANEZ
CALDERÓN:
=NOVELAS Y CUENTOS=.

N.º 52, 53 y 54.--ABATE
PREVOST: =MANON
LESCAUT=. Novela.--Traducción
del francés
por Enrique de Mena.

Viajes y Memorias.

N.º 11, 12 y 13.--LA ROCHEFOUCAULD:
=MEMORIAS=.
Traducción,
por Cipriano Rivas
Cherif.

N.º 38, 39 y 40.--VILLALON:
=VIAJE DE TURQUIA=.
Tomo I.--La
edición ha sido cuidada
por A. Solalinde, del
Centro de Estudios Históricos.

N.º 41, 42 y 43.--VILLALON:
=VIAJE DE TURQUIA=.
Tomo II.--La
edición ha sido cuidada
por A. Solalinde, del
Centro de Estudios Históricos.

End of Project Gutenberg's Novelas y cuentos, by S.
Estébanez Calderón

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK NOVELAS Y C
UENTOS ***

***** This file should be named 25074-8.txt or 2507
4-8.zip *****

This and all associated files of various formats wi
ll be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/5/0/7/25074/>

Produced by Juliet Sutherland, Chuck Greif and the
Online

Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the
old editions
will be renamed.

Creating the works from public domain print edition
s means that no
one owns a United States copyright in these works,
so the Foundation
(and you!) can copy and distribute it in the United
States without
permission and without paying copyright royalties.

Special rules,
set forth in the General Terms of Use part of this
license, apply to
copying and distributing Project Gutenberg-tm elect
ronic works to
protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and tradem
ark. Project
Gutenberg is a registered trademark, and may not be
used if you
charge for the eBooks, unless you receive specific

permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm

electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the indi

vidual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United

States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in para

graphs 1.E.8 or
1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the o

official version
posted on the official Project Gutenberg-tm web site
(www.gutenberg.org),
you must, at no additional cost, fee or expense to
the user, provide a
copy, a means of exporting a copy, or a means of ob-
taining a copy upon
request, of the work in its original "Plain Vanilla
ASCII" or other
form. Any alternate format must include the full P
roject Gutenberg-tm
License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing,
displaying,
performing, copying or distributing any Project Gut-
enberg-tm works
unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies
of or providing
access to or distributing Project Gutenberg-tm elec-
tronic works provided
that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits
you derive from
the use of Project Gutenberg-tm works calculat-
ed using the method
you already use to calculate your applicable t-
axes. The fee is
owed to the owner of the Project Gutenberg-tm
trademark, but he
has agreed to donate royalties under this para-
graph to the
Project Gutenberg Literary Archive Foundation.
Royalty payments
must be paid within 60 days following each dat-
e on which you
prepare (or are legally required to prepare) y-
our periodic tax
returns. Royalty payments should be clearly m

arked as such and

sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm

License. You must require such a user to return or

destroy all copies of the works possessed in a physical medium

and discontinue all use of and all access to other copies of

Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the

electronic work is discovered and reported to you within 90 days

of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free

distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm

electronic work or group of works on different terms than are set

forth in this agreement, you must obtain permission in writing from

both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael

Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE

PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free di

stribution of
electronic works in formats readable by the widest
variety of computers
including obsolete, old, middle-aged and new comput
ers. It exists
because of the efforts of hundreds of volunteers an
d donations from
people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunte
ers with the
assistance they need, is critical to reaching Proje
ct Gutenberg-tm's
goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm co
llection will
remain freely available for generations to come. I
n 2001, the Project
Gutenberg Literary Archive Foundation was created t
o provide a secure
and permanent future for Project Gutenberg-tm and f
uture generations.
To learn more about the Project Gutenberg Literary
Archive Foundation
and how your efforts and donations can help, see Se
ctions 3 and 4
and the Foundation web page at <http://www.pgla.org>
.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation i
s a non profit
501(c)(3) educational corporation organized under t
he laws of the
state of Mississippi and granted tax exempt status
by the Internal
Revenue Service. The Foundation's EIN or federal t
ax identification
number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is post

ed at

<http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 4557 Melan Dr. S.

Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered

throughout numerous locations. Its business office is located at

809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email

business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact

information can be found at the Foundation's website and official

page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby

Chief Executive and Director

gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg

Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide

spread public support and donations to carry out its mission of

increasing the number of public domain and licensed works that can be

freely distributed in machine readable form accessible by the widest

array of equipment including outdated equipment. Many small donations

(\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.